

CRIMEN & CIA.

B. M. Gill

**CAÍDA
MORTAL**



El pequeño David Fleming, de doce años, es hallado muerto en el fondo de un pozo durante una visita escolar al museo marítimo local. La versión de los hechos que ofrece la escuela es que fue un accidente, pero los argumentos esgrimidos no convencen al padre de la criatura. ¿David cayó accidentalmente o alguien le empujó...?

De esta novela el Daily Telegraph afirmó: «“Caída mortal” es una obra notable, tan buena como las de P.

D. James

... y cuenta con un brillante desenlace».



B. M. Gill

Caída mortal

Crimen & Cia. - 33

ePub r1.2

Titivilius 05.07.15

Título original: *Death Drop*

B. M. Gill, 1979

Traducción: Josep Sampere

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivilius

ePub base r1.2



1

EL DEPÓSITO DE CADÁVERES estaba en los sótanos del hospital. Fleming había imaginado un edificio de cemento, cerniéndose sobre alguna de las calles secundarias de Marristone. Esta localidad se erguía en lo alto de los acantilados de Kent, y se había curtido bajo los vientos salobres. Se percibía, al menos afuera, el sabor intenso de las algas y el olor a almendra de la aulaga. Las gaviotas arremetían en la brisa; sobre las manos de Fleming caían rociadas de sol frío. Sentía un frío perpetuo, como si caminara entre poderosas rompientes por un mar helado. La frialdad había comenzado a impregnarle en el transcurso de la conferencia que el director de la escuela le puso al despacho de Bombay. En el calor de una tarde india, había ido penetrando en sus poros, con cada palabra pronunciada.

—David ha tenido un accidente. Ha caído a la bodega de un barco en el Museo Marítimo.

—¡Dios bendito! ¿Está muy grave?

Silencio durante un par de minutos; después, titubeando, la voz de Brannigan había proseguido:

—En todo el tiempo que llevo en el Caserío de Marristone, nunca había tenido que comunicarle a un padre que su hijo...

Fue incapaz de soltarlo. La muerte de un niño de doce años era una obscenidad.

Fleming había tomado el primer vuelo a Inglaterra. Brannigan se había reunido con él en Heathrow; la última noche la había pasado en las dependencias de la escuela. Invadido más por la rabia que por el pesar, como si la herida siguiera bajo la fuerte anestesia de la

conmoción, aún ajena a sus sentidos, había escuchado el relato de Brannigan. Los muchachos habían estado a cargo de Hammond, uno de los profesores. Trabajaban en un proyecto de historia marítima y se les habían asignado tareas distintas a bordo del barco. A David le tocó realizar la suya en la parte de popa. Por algún motivo que sólo él conocía, se había dirigido hacia el extremo más bajo de cubierta, donde se encontraba la escotilla levantada. A estas alturas, Brannigan ya no miraba a Fleming.

—Se había vendado los ojos; un chiquillo de doce años interpretando una película de aventuras, tal vez. Tenía las manos libres. He interrogado minuciosamente a todos los presentes; en aquel momento, no había nadie cerca de él.

Fleming, que hasta entonces se había representado una zapatilla con suela de goma resbalando en una escalera metálica, sintió la nueva conmoción como una espada que se hundiese en sus entrañas. Si surgían pruebas de negligencia —o de algo peor—, le había dicho a Brannigan, iba a dismantelar la escuela ladrillo a ladrillo.

Brannigan, con la cara lívida, optó por concluir la discusión. Su comprensión y tolerancia, unidas a la nerviosa y exagerada hospitalidad de la señora Brannigan, eran mucho más de lo que podía soportar. Esa misma mañana, tras una noche en la escuela, había reservado alojamiento en *The Lantern*, una de las posadas del puerto de Marristone. Brannigan se había ofrecido a acompañarle al depósito, pero él, secamente, rehusó.

—Entonces deje que el doctor vaya con usted. Es una experiencia terrible para vivirla a solas. Había dispuesto que los tres estuviéramos allí a las once.

Era necesario ver al doctor. En este punto se mostró conforme.

Eran casi las once. Empezó a pasear, intranquilo, por el sendero del acantilado. El doctor se retrasaba. ¡Dios maldijera a todo el mundo en aquel lugar! Entonces oyó que un coche se aproximaba y volvió sobre sus pasos.

Había dos coches maniobrando en la zona del aparcamiento junto al depósito. El primero era un lustroso Dolomite de color marrón. El segundo, un oxidado Morris Minor negro. Quien estuviese en el interior permaneció allí. El dueño del Dolomite, un hombre corpulento, de escaso pelo, que vestía un traje de *tweed*

gris, salió a su encuentro y le tendió la mano.

—¿Señor Fleming? Lamento que haya tenido que esperar. Lo suponía en las dependencias de la escuela.

—¿En estas circunstancias?

—Tanto Brannigan como su esposa están profundamente afligidos.

—Es natural... La reputación de la escuela...

Lo dijo con rencor.

—Eso también; pero no es lo único. Ellos se ocupan de personas. Usted los trata injustamente.

—Entremos, ¿le parece?

Preston se dirigió con él hacia el depósito.

—No hay ninguna frase de condolencia apropiada. Lo siento. Todos lo sentimos. El único consuelo que puedo ofrecerle es que David murió en el acto sin dolor. La caída le rompió el cuello. Lo sé antes de la autopsia, pero ésta lo confirmará. No creo que el patólogo descubra algo más.

Abrió la puerta del depósito y llamó a Gamlin, que estaba en el despacho del corredor principal. Gamlin, que había estado fumando, apagó el cigarrillo en un envase de hojalata que alguna vez contuvo cinta adhesiva.

Fleming olió a tabaco y a formalina. El corredor estaba pintado de verde y tenía el suelo de piedra. Una doble puerta con cristales insertados les condujo a la sala principal. Se había persuadido a sí mismo para aceptar un sistema clínico de clasificación de cuerpos en cajones de metal, pero, de estar allí, permanecían discretamente ocultos. En un hueco al fondo de la sala, parcialmente tapada por un biombo blanco, había una camilla de hospital. La pequeña figura que yacía sobre ella estaba cubierta por una sábana. Por un momento, Fleming permaneció en mitad de la sala, sin poder avanzar.

—Lo verá tal y como lo recuerda —dijo Preston, sosegadamente—. Pero tómese el tiempo que desee.

Empezó a caminar de nuevo. Esta vez hacia la camilla. La sábana cubría la cara de David. La apartó lentamente. Tenía señales oscuras en las sienes, debajo del nacimiento del pelo rubio. Un leve corte sobre la ceja izquierda era un fino trazo malva. Las tupidas pestañas oscuras reposaban contra su piel tersa y pecosa, como si

durmiera. Pero aquella no era una cara dormida. Aquello no era nada. Algo amado. Algo desaparecido. David. No estaba allí. En ninguna parte.

Un rayo de sol atravesó la distante ventana y se posó sobre la camilla. Dotó a la piel de un color engañoso, como si la naturaleza intentase hacer correcciones.

Preston estaba a su lado.

—¿Quiere un sacerdote? No caí en la cuenta de que tal vez lo quisiera.

—No.

—¿Quiere quedarse un rato? Gamlin le traerá una silla.

—Unos minutos... No quiero silla. Tan sólo déjeme.

Permaneció inútilmente junto a la camilla. «¿Qué decir ahora, David? Tu mano es una rígida bola de hielo. La toco. Está más helada que la mía.

»Te amo. Dondequiera que estés.

»Todo sigue».

Por fin se volvió y caminó hacia la puerta principal, a través de algo semejante a una tundra siberiana de irrealidad. Una muchacha estaba allí. No le miraba a él, sino a David. Llevaba un toско ramillete de flores silvestres: campánulas y clavellinas. Se acercaba a la camilla; permanecía ante ella; colocaba las flores sobre la sábana blanca; aún permanecía ante ella. Ahora se alejaba, con su cara bañada de lágrimas.

En el exterior sintió la mordedura del viento y el lejano rugido del mar. Fue hasta el dique y se esforzó por recuperar cierta conciencia de su propia identidad.

Se volvió y miró hacia el depósito. El doctor y la muchacha permanecían junto a la puerta, esperándole..., pero otorgándole tiempo. Regresó junto a ellos. La muchacha, precariamente calmada, había dejado de llorar. Sus labios estaban tirantes de tensión, y evitaba mirarle.

Preston se la presentó.

—Ésta es Jenny Renshaw, la enfermera de la escuela. Conocía a David. Quiere que le pida disculpas por su forma de entrar..., de entrometerse en su dolor. Pero a ella le importaba el niño. Y tenía las flores.

Se acordó de la furiosa expresión de Gamlin. Flores silvestres en

un depósito..., pétalos sobre un cadáver. La había sacado de allí antes de que la cólera de Gamlin pudiera estallar en palabras. Sonriendo a la muchacha, añadió:

—Su misión es mantenerse cerca. Llevarle a usted a donde le apetezca ir.

Ella recobró por fin el habla y sus palabras surgieron apagadamente:

—O dejarle en paz. Si no puede soportar estar con alguien..., no tiene más que decirlo.

Su agudeza le afectó de tal modo, que casi consiguió sentirse humano. El rechazo que se había insinuado en su mente se convirtió en una desvaída aceptación. Él ignoraba que necesitase compañía humana, pero comenzaba a darse cuenta. La muchacha había llorado por David. Era la primera que había mostrado una auténtica emoción por David.

Había un vínculo.

Él le dio escuetamente las gracias.

Preston le dijo que debía firmar un formulario referente a la autopsia, que se practicaría al día siguiente. Volvieron juntos al hospital mientras Jenny aguardaba en el coche.

Ella tenía la impresión de que aquel hombre no estaba del todo vivo, como si anduviese y hablase porque los mecanismos de su cuerpo le impulsaban a hacerlo. La conciencia de su deseo de morir la hundía en algo mucho más profundo que la compasión.

Cuando él regresó, ella le preguntó adónde quería que le llevase. Brannigan le había dicho que intentara persuadirle para que volviera a la escuela, pero ella era lo bastante prudente como para no intentarlo. Le habían asignado el papel de embajadora. Ella no era de ningún modo responsable del accidente. Fleming apenas la consideraría un adversario, puesto que era el miembro más joven del personal, y el único no dedicado a la enseñanza. En el mejor de los casos, como decía Brannigan, él escucharía sus particulares argumentos; en el peor, la rechazaría. No habría hostilidad pública.

Fleming no sabía adónde ir.

—A cualquier parte. ¿Puedes conducir un rato? A cualquier parte.

Ella comprendió que no quería ir en seguida a *The Lantern*. No quería encontrarse con nadie, y ella tampoco. A aquella hora, la

carretera del acantilado estaba totalmente desierta. Ella conducía rápida y temerariamente. Cuando se hubo tranquilizado, aminoró la marcha.

Él no era tal como ella había esperado que fuese. No se parecía a David.

Detuvo el coche en un camino de tierra que se alejaba de la carretera principal.

—¿Así que él se parecía a su madre?

—Sí. Menudo, rubio...

Ella se preguntó qué palabras podía emplear para extraer el dolor de aquel silencio, pero no se le ocurría ninguna. Haría un año que la madre de David había muerto. Mencionarla había sido una falta de tacto.

—¿Por qué la ha enviado Brannigan?

Poco faltó para que ella dijera: «Para persuadirle de que volviese a la escuela», pero se contuvo a tiempo.

—Para facilitarle el transporte hasta que haga sus propios planes.

Para tender una cerca electrificada alrededor del tigre, pensó, y mantenerle a salvo de la prensa local. Había habido reunión de personal antes de las clases matutinas; en ella habían convencido a Hammond de que, por un día, no se dejase ver en los terrenos de la escuela. Brannigan le había dicho que se mantuviese alejado de Fleming hasta que su disposición de ánimo fuese más racional.

—Está muy conmocionado y dolorido para dar opiniones razonables. Va en busca de sangre... La mía, pero también la tuya, puesto que tú estabas a cargo de los muchachos.

Hammond había replicado bruscamente que su conciencia estaba bien limpia.

—Estoy de acuerdo; tú lo sabes, yo lo sé. Con el tiempo Fleming también lo sabrá. Exprésale tu condolencia y dale explicaciones cuando esté dispuesto a escucharlas. Pero hoy, no.

Después, siguieron hablando acerca del representante legal en las pesquisas judiciales. Se había convocado una reunión de rectores, durante la cual se esbozaría un plan de acción. La escuela, inmersa ya en un inestable ambiente económico que dañaba sus cimientos, necesitaba del mayor apoyo que pudiera obtener.

Alison Brannigan, una juez implacable, esposa del director,

había descrito a Fleming. «Andad con pies de plomo..., con pies de plomo».

Ha muerto un niño, pensaba Jenny al escucharles, y teméis tanto las consecuencias que no seguís un orden justo de prioridades. Con todo, el propio Brannigan era un hombre íntegro y compasivo. Sin embargo, nunca usaba la palabra compasión. Tal vez era una palabra demasiado blanda.

Ella le dijo torpemente a Fleming:

—David... Su muerte es una pérdida irreparable.

Su voz temblaba de nuevo, y él advirtió que apretaba los dientes. Él no podía hablar de ello, por lo que desvió la mirada. Había ovejas en el campo contiguo. Algunos fragmentos de lana se habían enredado en un arbusto espinoso. Sus balidos eran un grave contrapunto del sonido del viento. El mar, al otro lado del promontorio, se estaba encrespando. Quizá se gestaba una tormenta. Era un principio de junio con aires de diciembre. Lo percibía todo en su mínimo detalle, como si fuera un observador de la distancia.

—Tiene mucho frío, ¿verdad?

—Creo que sí. Ya ni me doy cuenta.

—¿Está dispuesto a que nos vayamos?

—¿Adónde?

—A algún sitio donde no haya nadie, como aquí. A cubierto, con un fuego encendido y algo de *whisky*.

—¿Tu casa?

—El piso de mis padres, en la calle Nelson. Se han ido un mes a España. En mi tiempo libre, es un buen refugio de la escuela.

Él estaba indeciso, pero no se le ocurría ningún otro sitio adonde ir. Un buen refugio de la escuela implicaba que ella no era la persona más idónea para hacer una apasionada defensa de aquel centro. Lo que dijera podía ser bastante veraz. Hasta ahora, la verdad era terreno virgen.

El piso, alto de techo y escasamente elegante, estaba provisto de un adecuado mobiliario victoriano. La chimenea de mármol gris se encontraba a punto para ser encendida; ella aplicó su mechero a las astillas de madera.

—Siéntese allí, junto a la estufa. La encenderé hasta que el fuego prenda. ¿Le apetece que le prepare algo de comer?

—No, ahora no. Pero por mí no te contengas.

—Tampoco tengo apetito... Sin embargo, una copa es otra cosa.

Ella regresó al cabo de cinco minutos con una botella de *whisky* y un tazón de agua caliente.

—Puesto que tiene tanto frío, sería más sensato que lo tomara caliente... Pero tengo hielo, si lo prefiere así.

Sacó dos vasos de un aparador.

—¿Cómo lo quiere?

—Hasta ahora me he mantenido sobrio.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué?

«Porque —pensó— he estado pisando territorio enemigo». El instinto le dijo que tal reserva ya no tenía sentido... Al menos allí.

Cogió uno de los vasos y se lo tendió a la muchacha.

—Lo tomaré solo.

Ella lo tomó bien diluido. Bebieron en silencio. Cada vez que volvía a llenarle el vaso él esbozaba un amago de protesta, que ella ignoraba. Fleming no se acordaba del momento en el cual ella se levantó y abandonó la habitación. No oyó la puerta principal cerrarse tras ella. Cuando regresó a media tarde, él estaba dormido en el sofá, con los zapatos tirados en el suelo y la corbata floja. Tenía la cara sucia y congestionada, como si hubiera llorado.

Como Jenny no regresara a la escuela a las tres, Brannigan telefoneó al piso de la calle Nelson. Se le antojaba bastante posible que Fleming hubiera declinado su compañía e ido a dar un prolongado paseo por su cuenta. En similares circunstancias, él habría hecho lo mismo. Era mucho suponer que los dos estuvieran juntos en el piso. Esperaba que no lo hubiese llevado allí. Era una desconsideración que ella no le mantuviera informado.

Cuando Jenny oyó sonar el teléfono, fue al vestíbulo y se quedó mirándolo. Siguió sonando; ella se apoyó en la pared con los brazos cruzados y no hizo ningún ademán de cogerlo.

Fleming, desvelado por el timbre, se levantó torpemente del sofá y fue hacia el vestíbulo. Responder al teléfono era un reflejo condicionado, incluso en un estado de semiestupor. Por unos instantes no consiguió recordar quién era Jenny. Un rayo de sol, procedente de la ventana con barrotes, en lo alto de la puerta,

refulgía como el fuego en su corto cabello rojo. Ella se apartó de su alcance.

El teléfono enmudeció.

—No has contestado.

Se encogió de hombros.

—Probablemente era una llamada al deber.

—¿El deber?

Aún no estaba del todo lúcido.

—La escuela.

Se acordó. Ahora el dolor tenía una textura distinta. La insensibilidad se había convertido en un sordo malestar. Ya no tenía frío. El calor había vuelto incómoda la habitación y sentía el cuerpo pegajoso de sudor. Había bebido en exceso... o tal vez no lo suficiente.

Ella le sonrió.

—El cuarto de baño es la segunda puerta a la derecha. Dúchese mientras preparo un poco de café bien cargado. Para más tarde, hay algo de potaje de carne guisándose tranquilamente en el horno.

—Estás siendo muy amable.

Las palabras surgieron de forma automática, pero las dijo de corazón. Cada instante vivido en lo que era el período más terrible de su vida, había sido soportable gracias a sus atenciones.

Cuando ella regresó a la sala de estar, él se sentía mejor, y capaz de articular las palabras con cierta claridad.

—¿Alguna vez te habló David de mí...?

Con franqueza, ella no pudo acordarse.

—David hablaba de algunos momentos, de lugares. Vivieron en Oxford, creo.

—Sí, por poco tiempo. Y luego nos trasladamos a Stroud, en Gloucestershire.

—¿A una casa de campo al borde de los Costwolds?

—Sí, eso es.

Cogió el café que ella le ofrecía y rechazó el azúcar.

—¿Te describió aquello?

—No exactamente. —Trató de encontrar las palabras precisas—. Una fiesta de chiquillos, con globos. No sólo una fiesta de chiquillos..., con globos..., sino la sensación acerca de un lugar. El aspecto que tenía mientras hablaba. Era su aspecto, no sus palabras.

—Super...

—¿Cómo? Sí, pero a esa edad todos dicen eso.

—¿Dijo David algo que recuerdes en particular?

Ella sopesó la pregunta antes de responder.

—A veces se presentaba en la enfermería, con alguna que otra excusa, y si no había nadie más solía hablar de esto y de aquello. Nada que recuerde en particular.

—¿Habló alguna vez de su madre?

—Sólo del mismo modo en que usted y ella formaban parte de la misma época... Los viejos tiempos, solía decir, como si fuera Matusalén.

Los viejos tiempos. Ruth. Durante su estancia en Gloucestershire ella había estado bien. Por aquel entonces su matrimonio también se había mantenido firme; un poco en declive, quizá, pero no de manera perceptible.

—¿Alguna vez mencionó Londres?

—Dijo que tenían un piso en Londres; que iba allí con ustedes en vacaciones..., cuando no estaba viajando con usted por todo el mundo. Usted le llevó a varios países exóticos.

—Sólo por cuestiones de negocios; la venta de suministros eléctricos en un mercado internacional. Él se hartaba de esperar. Una vez tuvo el sarampión en un hotel de Florencia... ¿No le mencionó eso?

—No. Creo que era selectivo. Se acordaba de las cosas buenas. ¿Quién decidió llevarle al Caserío de Marristone?

—Su madre... Durante los últimos pocos meses de su enfermedad. Sus hermanos fueron a Marristone. Supongo que en aquellos días sería un lugar próspero. De todos modos, ellos sobrevivieron.

Lo dijo con amargura.

Ella le contemplaba en silencio. Esperándolo.

Por fin llegó:

—Háblame de Marristone..., del Marristone de hoy.

Una visión de Brannigan emergió para hechizarla.

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo que no sepa yo. Cuando vine a dar un vistazo, parecía un sitio apropiado. Había una amplia escala de edades. No se cerraba por vacaciones, dado el número de familias que abastecer.

David era demasiado crecido para la escuela primaria, y no le habíamos inscrito en ninguna de las mejores escuelas privadas. Los hermanos de Ruth tenían un brillante historial académico. El hecho de que ahora la escuela fuese más reducida parecía un punto a su favor. Era una solución conveniente a un problema difícil. Obviamente, no examiné las cosas muy a fondo. David parecía contento. Nunca se quejaba. ¿Había algún motivo para quejarse?

Ella no respondió en seguida, sino que se levantó, encendió un cigarrillo y luego le ofreció el paquete. Él sacudió la cabeza.

«Los niños exaltados, ¿terminan por convertirse en niños apacibles?», se preguntó ella. La enfermería había sido un santuario para David..., pero no sólo para él. Una sala tranquila..., un poco maternal. ¿Era David algo distinto de los demás? Aquella expresión en sus ojos... Algunos de los otros también la tenían: ojos introspectivos. La única ocasión en que ambos habían pasado juntos un largo período fue recientemente, cuando él tuvo paperas. Ésa fue una genuina enfermedad física. Al final, parte de su antigua exaltación se había desbordado de nuevo, hasta el último día, cuando tuvo que regresar al instituto. Pero la enfermería significaba vacaciones... A ningún niño le gustaba trabajar. Todos ellos reaccionaban del mismo modo; bueno, tal vez no exactamente. Sin embargo, él palideció y se había vuelto muy reservado. ¿Motivo para quejarse?

Ella apartó el cigarrillo.

—Los niños resisten los internados. No es una forma de vida natural. Los hay que resisten mejor que otros. Cuando llegan los más jóvenes, niños de siete u ocho años, se ponen a llorar. Si la esposa del profesor hace bien su trabajo, les seca las lágrimas, les mima un poco y les hace sentirse mejor. Cuando son de la edad de David, de once a doce años, no lloran. Se resignan. Se endurecen tanto como les permite su naturaleza. Si son mayores, empiezan a darse importancia... Manejan a los otros chicos... Entonces forman parte de la jerarquía, de la parte superior. Cuando llega el momento de marcharse, dicen: «Marristone de mi alma, no me lo habría perdido por nada del mundo».

—No me has respondido. Estamos hablando de David, no de los niños en general.

Ella suspiró.

—Ya lo sé. No creo que pueda responderle. Si le hubiera dado clases cada día, tal vez podría hacerlo. Como enfermera, mis obligaciones son limitadas. Vi a David cuando estaba enfermo de paperas y le curé un par de veces después de algún partido de rugby. —Vaciló—. Y en una ocasión, tras una pelea sobre rugby. Había ido a ver a los States con usted y le dijo a un chico que el béisbol era mejor. El otro le golpeó. Yo creí que le había pegado demasiado fuerte y se lo conté a Brannigan. Brannigan dijo que era un asunto de poca monta para que le hubiese informado a él..., que debería habérselo explicado a Hammond, el profesor de David.

Fleming pensó que probablemente Brannigan tenía razón. A David le habían atizado en otras escuelas, por una u otra razón, y él había devuelto algunos golpes.

—¿No se ha dado ningún caso de intimidación de alumnos?

—No.

—¿Tampoco hay pandillas organizadas?

—Si las hay, permanecen en la sombra.

La respuesta le perturbó.

—¿Quién le pegó por lo del béisbol?

—Un muchacho llamado Durrant.

—¿De qué edad?

—Quince años.

—Tres años mayor. Tres años más pesado. ¿Qué hizo Hammond?

Había caído un poco de ceniza en sus tejanos. La sacudió.

—Se ocupó de él apropiadamente..., sea lo que fuere. Él no permitiría que Durrant abusara de David.

—¿Seguro? Ese hombre no me impresiona precisamente por su competencia.

Ella habló con cierta aspereza:

—Está empezando a parecerse a un abogado acusador. Me rompe el corazón que David haya muerto, y si pensara que hay un error en alguna parte, lo diría. Él se cayó. Fue un accidente. No puede ser nada más. Tiene que creerlo o llegará a volverse loco.

—¿Así que tú dirías que David era feliz en la escuela?

—Tan feliz como cualquiera de los otros. Usted sabe a qué me refiero.

Sus palabras le consolaron un poco, y le asaltó una parte de su

propia culpa. Aquello podría haber ocurrido en cualquier otra escuela. Podría haber ocurrido en cualquier parte.

Mientras estaban comiendo el potaje de carne, algo más tarde, Jenny se acordó del dibujo. David lo había hecho para ella durante su convalecencia de las paperas. Había permanecido junto a la ventana, sentado, con el bloc de dibujo sobre sus rodillas. Hacerlo le había llevado cerca de media hora. Después se lo entregó sin una palabra, mirando su cara, a la espera de alguna reacción. Ella se echó a reír espontáneamente, y le había extrañado que él no se riera con ella. Aquel dibujo le había parecido gracioso. Lo guardó, por si él lo reclamaba. Los chicos, especialmente los más jóvenes, tendían a poner a prueba su lealtad preguntándole si conservaba cualquier tesoro que le hubieran otorgado. Tales tesoros incluían castañas, una cola de rata, un imán y poemas de amor. Todos iban a parar a una bolsa y permanecían allí un tiempo prudencial. La bolsa estaba en el cajón de la cocina. Lo cogió. El dibujo estaba pringoso y arrugado, ella lo tocó un momento, con ternura, antes de sacarlo.

—Es algo que David dibujó para mí, cuando estaba con paperas.

Fleming tomó de las manos de Jenny el dibujo doblado, lo desplegó y lo extendió sobre la mesa.

—¡Dios Todopoderoso!

Se puso rígido, conteniendo las náuseas.

Estaba atónita por su reacción, alarmada por su palidez.

—Es un dibujo humorístico... Me lo dio con toda la seriedad del mundo..., sólo para divertirse.

Él no la oía. Había retrocedido seis años. Ruth y él de regreso a la una y media de la madrugada, después de que el coche se hubiera averiado en una desierta carretera secundaria. La casa de campo a oscuras. David gritando. La canguro se había marchado a medianoche. Él despertó, solo en la oscuridad. El ciempiés había caído sobre su almohada desde un tiesto de flores junto a la cama. Al despertar, había notado el peludo roce en su mejilla. Una habitación extraña y hostil..., el silencio... y una espantosa criatura en la cual desahogar su terror.

Habían seguido dos años de pesadillas, en las cuales el ciempiés, del tamaño de un hombre, era la bestia. Al día siguiente de cada noche de insomnio, él pintaba un ciempiés y escondía el dibujo, pero en lugares evidentes, donde pudieran encontrarlo. Él y Ruth

habían acordado descubrir los dibujos y romperlos. Se había convertido en un ritual. Él miraba mientras fingía no mirar. Con el tiempo, los dibujos y las pesadillas terminaron. Durante cuatro años no hubo más dibujos ni pesadillas.

Hasta el dibujo de ahora.

Un tosco e infantil ciempiés, sombreado con vigor, exageradamente desproporcionado y con abundante pelambrera, estaba tumbado sobre una diminuta cama. Al pie de la imagen, con letra grande y descontrolada de un niño de seis años, se leía:

OSO VEYUDO EN ESTA CAMA.

Oso Velludo era el nombre que Ruth le había dado al ciempiés después de quitarlo de su cara. Oso Velludo. Oso Velludo, Veyudo, como lo habría descrito David, a los seis años, escribió *veyudo*, y ahora, a los doce, lo repetía.

2

—¿

ME

DA SU PERMISO para a ir Marristone Port, señor?

Brannigan miró con cierta irritación a Durrant, que había llamado a la puerta de su despacho, y él le dijo bruscamente que pasara. El muchacho no era de su agrado, por ello tendía a tratarle con excesiva consideración, en un esfuerzo por apaciguar su conciencia. A cualquier otro chico le habría dicho con severidad que llevase su petición al departamento adecuado y no le hiciera perder el tiempo. A Durrant le dijo casi lo mismo, pero con mayor contención.

—Ya conoces el procedimiento, Durrant. Si necesitas ir a Marristone Port por cualquier motivo, pídeselo a tu profesor.

Durrant se mordisqueó el labio inferior.

—No puedo encontrar al señor Hammond, señor. No creo que esté en la escuela.

Brannigan consultó su reloj. Acababan de dar las cuatro. Si le quedaba algo de sensatez, Hammond no volvería hasta mucho más tarde. Por un momento había olvidado que Durrant estaba en la sección de Hammond.

—¿Por qué quieres ir al puerto de Marristone?

—Es el cumpleaños de mi madre, señor. Quiero comprarle una postal y un regalo.

Brannigan se preguntó si eso sería una variación sobre el tema del funeral de la abuela y concluyó que no. La madre de Durrant no

daría ni un maldito penique por su hijo, pero él se preocupaba intensamente por ella. Durante su primer año en el Caserío, se había fugado en dos ocasiones. La primera, a una casa vacía. Estuvo deambulando de noche por las calles de Leeds hasta que la policía le detuvo. La segunda, a una casa ni remotamente vacía. Su madre lo devolvió en persona al día siguiente. Su cólera fue mayor que su discreción, y no resultó difícil imaginar lo que el muchacho habría pasado. Después de esto, se estuvo quieto. Debió de aferrarse a cualquier ilusión que le quedara. Su padre, menos tenaz, dejó de verle hacía tiempo y se retiró de su camino. Le escribía una o dos veces por trimestre, y el muchacho le mandaba una respuesta por compromiso. Mantenían una relación cortés y distante.

—¿Cuándo es el cumpleaños de tu madre, Durrant?

—Mañana, señor.

Brannigan sintió la ansiedad del muchacho atravesar la sala en oleadas casi tangibles. Esperaba que su petición fuera rechazada. Probablemente se habría pasado mucho tiempo buscando en vano a Hammond hasta que, con desesperación, acudió a él como último recurso. Las tiendas cerraban a las seis.

Intentó recordar el nombre de pila de Durrant y por fin lo consiguió.

—A menos que seas un comprador relámpago, Steven, es probable que llegues tarde a la recogida del correo.

—Tengo mi bicicleta, señor. Llegaré en seguida al puerto de Marristone, y ya sé lo que quiero comprar.

—¿Algo que puedas empaquetar de prisa?

El encorvamiento de Durrant se hizo más pronunciado. Medía casi un metro sesenta cuando estaba erguido, pero en momentos de turbación perdía varios centímetros.

—Un libro de poemas de Keats, señor —dijo entre dientes.

Brannigan miró el secante de su escritorio y retocó su posición, centrándolo. Cuando levantó la vista, en su cara no había expresión alguna; se esforzaba por disimular su regocijo.

—Por lo general, el señor Hammond desempeña el papel de banquero de la escuela. Cuando no está disponible, ¿cómo te las arreglas con el dinero?

Durrant arrastró los pies.

—Quisiera saber si tendría un momento para ir al despacho de

la escuela y sacar cinco libras de mi cuenta.

Brannigan extrajo su cartera.

—No, no tengo tiempo. Puedes devolverme esto más tarde, después de que hayas visto al señor Hammond. —Sacó un billete de cinco libras—. ¿Es un libro reducido?

—Sí, bastante pequeño, señor.

Brannigan sacó una libra suplementaria.

—Si te queda algo de cambio —y algo de tiempo—, ve a la farmacia y cómprate una navaja de afeitar... ¿O ya dispones de una?

Durrant se guardó el dinero.

—Gracias, señor. No, señor.

Aunque forzada, la sonrisa de Brannigan reflejaba cierto afecto.

—Todavía no tienes un bigote desarrollado por completo, pero está en camino. Ya conoces las normas, Steven.

—Sí, señor.

—Pues procura cumplirlas.

Cuando Durrant se volvía para marcharse, él le llamó.

—Con quince años eres lo bastante crecido para ir al puerto de Marristone sin ningún tutor, y lo bastante crecido para conducir tu bicicleta con el debido cuidado y precaución. No es más que un aviso.

—Sí, señor.

—Bien, vete entonces, o cerrarán las tiendas...

«Y presta atención al aviso, por el amor de Dios», pensó Brannigan. Habría sido fácil denegarle el permiso, pero no podía envolver a los muchachos en algodón para protegerlos de todo posible riesgo. Estaban en pleno verano y había luz hasta primeras horas de la noche. Las carreteras permanecían razonablemente tranquilas. Entre cinco y seis se producía un ligero incremento del tráfico, pero no se trataba de la hora punta. Que Durrant acabara debajo de un autobús era una probabilidad entre un número imponderable de probabilidades: las mismas que en el caso del joven Fleming. La ansiedad que venía oprimiéndole desde el accidente le envolvió con más fuerza.

Ya fuera de los terrenos de la escuela, Durrant condujo con brío la bicicleta. No se hacía ninguna ilusión acerca de la aparente simpatía que le mostrara Brannigan. A él tampoco le gustaba. Le

veía como un comandante de Colditz y tenía varias agradables fantasías en las cuales él, Durrant, en el papel de un oficial británico al mando de un grupo de amotinados, conseguía colgarle, fusilarle o, con menos frecuencia, envenenarle. Al envenenamiento le faltaba dramatismo; sin embargo, era la variación sobre un tema. Sus fantasías sobre los amantes de su madre estaban más al día. Éstos eran vagas figuras sombrías, ni conocidas ni comprendidas del todo. Los veía como criaturas del espacio procedentes de alguna remota nebulosa —criaturas de la fatalidad— para que engrosaran y fuesen licuadas en inmensos recipientes químicos o electrocutadas en el olvido.

En esos momentos, mientras conducía su bicicleta hacia el puerto de Marristone, se hallaba a los mandos de un vehículo interplanetario. Los atisbos de la costa, a medida que descendía por la serpenteante carretera, eran escenas marcianas nimbadas de rojo. El esporádico reflejo del mar lo interpretaba como el destello de una nave enemiga aproximándose a mayor velocidad que la luz. Los coches que le adelantaban los consideraba cápsulas bajo su control, enviadas como fuerzas de apoyo en el combate. El tráfico de frente era un montón de deshechos espaciales que debían esquivarse cuidadosamente.

Miró por un instante el coche de Jenny, que subía por la colina en dirección a la escuela, pero su mente no lo registró como un coche conducido por Jenny. Ella le saludó con la mano, pero él siguió pedaleando, inexpresivo.

«Bestezuela salvaje», pensó Jenny. Le alegró no llevar a Fleming en el coche. Después de ver el dibujo, todos sus prejuicios contra la escuela se habían reforzado. Él había llamado a Brannigan exigiéndole una entrevista lo antes posible. Brannigan sugirió las seis en punto. Por prudencia, Jenny debería regresar sola y Fleming volver en taxi al cabo de un par de horas. Al despedirse, le había dicho sin rodeos que quería verla de nuevo.

—Eres la única persona en este maldito tinglado que significaba algo para David.

—Yo no diría eso. No puede descartar a todo el personal de esta forma. Son simples asistentes.

—Entonces, ¿por qué diablos no se dieron cuenta de lo que le ocurría?

—Pero no puede estar seguro de lo que le ocurría... Aquel dibujo...

Él la interrumpió.

—Demuestra una regresión de seis años... ¿Qué clase de agonía mental la desencadenó?

Ella guardó silencio. Si tenía razón, pelearía con él en aquella batalla, y renunciaría a la escuela si no había otro remedio. Entretanto, debía mantenerlo todo equilibrado, en espera de acontecimientos. Brannigan no podía despedirla por haberle entregado el dibujo a Fleming, pero tampoco la podía felicitar por su discreción. Si hubiera sabido que el dibujo iba a trastornarle de ese modo, habría hecho bien en ocultarlo. Si David estaba muerto, ¿de qué iba a servir aquello? Pero de haber ocultado el ciempiés, lo habría hecho para ahorrarle sufrimiento, no para encubrir la escuela. Un David había muerto. Había otros Davids.

Aparcó el coche junto al espacio de Hammond, que seguía vacío. Se preguntó adónde habría ido, y no pudo remediar sentir simpatía por él. Era un profesor competente, o al menos así lo decían los demás; ella no estaba muy enterada del aspecto académico de la escuela. Aunque era un estricto partidario de la disciplina, su actitud hacia los muchachos era más tolerante que la de otros.

La palabra «bondadoso» le resumía tan bien como cualquier otra.

Llamó a la puerta de Brannigan, y al entrar, éste se levantó y le acercó una silla.

—Lamento haber estado ausente tanto tiempo.

Tuvo que decirlo porque era lo que se esperaba de ella.

—En absoluto. —Decidió no mencionar la llamada telefónica—. En este asunto no hay ningún límite. ¿Fuiste con él al depósito?

Ella descubrió que era muy difícil hablar de ese punto. Se le hacía de nuevo un nudo en la garganta.

—Sí.

Él fue consciente de su angustia y se preguntó con cuánta desconsideración la habría tratado Fleming.

—¿Fue muy difícil?

—¿Angustioso, se refiere...? Sí.

Él aceptó la reprimenda. Tuvo que haberse producido cierto contacto entre ellos.

—¿No le importó que estuvieras allí?

—¿En el depósito? Ni siquiera me prestó atención. Después Sam Preston me lo presentó. Le dije que le llevaría adonde quisiera.

—¿Y él aceptó?

—No traía coche.

Deseó que ella se mostrara más comunicativa. No quería que la entrevista pareciese un interrogatorio.

—¿Y adónde quiso ir?

—Tan sólo a dar una vuelta. Subimos por la carretera de la costa. Quería estar tranquilo.

—¿Te habló de David..., de la escuela?

—Acababa de ver a David. Estaba muy afectado, muy alterado. Yo cuidé a David cuando tuvo paperas. Yo... le apreciaba... Él lo notó, y eso sirvió de ayuda.

—Me doy cuenta. —Brannigan se relajó ligeramente. Jenny había sido una juiciosa elección. Intentó hacer una síntesis—. Él aceptó que estuvieras bien dispuesta por David, y por lo tanto te aceptó a ti... ¿Sería esta la situación? —Sí.

—De modo que fue capaz de hablarte sin rencor. —Sí.

—¿Hasta qué punto culpa a la escuela?

—No estaba de reconocimiento en las líneas enemigas, señor Brannigan —dijo Jenny, ásperamente—. Lo siento. No lo sé.

Brannigan comprendió su aflicción, y contuvo un arrebato de cólera. Ella era joven. Había estado expuesta a un bombardeo emocional. El propio Fleming muy pronto le diría cuánto culpaba a la escuela.

El taxi de Fleming llegó a la escuela poco antes de las seis. Mientras pagaba al taxista, Brannigan salió a reunirse con él.

—¿Ha decidido alojarse en *The Lantern*, o el lugar no es lo que esperaba? Será bienvenido si quiere quedarse con nosotros el tiempo que desee.

—Gracias, pero *The Lantern* es perfectamente adecuado.

Había vuelto allí después de dejar a Jenny. Un periodista le interceptó en el vestíbulo, y él lo echó con cajas destempladas. Más adelante podría disponer de una historia para el periódico, le había dicho, pero hasta que no tuviera conocimiento de todos los hechos, no pensaba hacer ningún comentario.

Una vez terminados los cortesés preliminares, Brannigan le

preguntó si le apetecería ir a la escuela a tomar una copa, o prefería ir a su estudio, en el edificio principal.

—A su estudio. Esto no es una reunión social.

—Pero ¿puedo convencerle para que se quede a comer? Mi esposa se llevará una decepción si me dice que no.

—Lo siento. No.

Brannigan imaginó el suspiro aliviado de Alison. De modo que Fleming andaba todavía sin contemplaciones. Al menos él conservaría las suyas tanto como pudiera. Con beligerancia no ganaría nada.

El camino hacia el edificio principal se encontraba pasados los campos de juego y las pistas de tenis. Cuatro alumnos de último año estaban disputando una partida en la pista cercana a los arbustos, y un par de chicos más jóvenes hacían de recoge-pelotas. Brannigan se aproximó al cercado de tela metálica y llamó a uno de los jugadores.

—¿Tienen permiso Eldridge y Macey para no estar en clase?

Lambton se restregó la frente con una mano sudorosa.

—Sí, señor. Acabaron temprano, señor.

—¿Y hace eso voluntariamente?

—Oh, sí, señor. Desde luego, señor.

—Me parece una singular pérdida de tiempo —espetó Brannigan

—. Sería infinitamente más útil que les entrenarais en el juego. Pero supongo que, de todas formas, ya pensabais hacerlo.

Era una orden.

—Sí, señor. Tan pronto como terminemos este set, señor.

—Lo cual será pronto, espero.

—Después de dos partidas, señor.

Brannigan se volvió hacia Fleming. En cualquier otra ocasión, sin duda no habría intervenido. Se mantenía todo el tiempo a la defensiva, y la ira ardía lentamente en su interior. Había llevado la escuela durante un montón de años, y creía haberlo hecho bien. Si la recesión económica la estaba matando, no era culpa suya, como tampoco lo era la muerte del hijo de aquel hombre. Si Fleming se había propuesto cargarle con la culpa, no iba a quedarse tranquilamente con los brazos cruzados, esperando que se saliera con la suya. La noche anterior, de regreso a la escuela desde Heathrow, había captado intensamente el dolor de Fleming, y había

intentado expresarle todo su apoyo; sin embargo, el muro de hostilidad de Fleming les había separado y se había hecho más alto en el transcurso de la noche.

—He telefonado a *The Lantern* esta mañana, alrededor de la hora a que esperaba hubiera regresado del depósito. Quiero expresarle mi condolencia.

—Gracias —respondió con frialdad.

—Me dijeron que allí había un periodista.

—Me libré de él.

—Lamento que le molestara.

—No lo hizo. Le dije que no habría historia hasta que tuviera los hechos. Ésta es la razón por la que ahora estoy aquí.

Brannigan le llevó por el vestíbulo principal y después a su estudio. La sala, a pesar de su alfombra roja y sus cortinas, tenía un aspecto austero y estaba fría. En las paredes había fotografías de cada año escolar, desde mil novecientos cincuenta y siete. El hecho de que el número de escolares se hubiera reducido considerablemente, quedaba en evidencia por el tamaño de los marcos.

Brannigan tomó la silla del escritorio, vaciló, se levantó de nuevo, y fue a sentarse en una de las sillas de piel que había junto a la desnuda chimenea. Le indicó la otra silla, situada frente a él.

—Antes de empezar, ¿puedo traerle algo de beber? ¿Quizá *whisky* escocés?

—No, gracias.

De nuevo se hallaba en territorio enemigo.

Brannigan decidió tomar la iniciativa.

—He sido, y naturalmente seguiré siéndolo, comprensivo con su dolor, pero tengo la completa seguridad de que la escuela está libre de toda culpa. Si usted piensa de manera distinta, ha llegado el momento de discutir los pormenores. Hágame cuantas preguntas desee. Le responderé con honestidad y haré todo lo posible por contribuir a tranquilizar su ánimo.

—Tengo un montón de preguntas que hacerle —dijo Fleming, crispadamente—, pero en primer lugar quiero ver el trabajo de David. Supongo que habrá guardado sus cuadernos de ejercicios.

Brannigan dejó traslucir su asombro. En aquellas circunstancias, era la última petición que hubiera esperado.

—Sí, por supuesto, tengo todos sus libros.

Las ropas y pertenencias del muchacho estaban empaquetadas en su baúl escolar, pero el contenido de su pupitre se había colocado en una gran carpeta de cartón y encerrado en lugar seguro. Fue a buscarla y la depositó sobre su escritorio.

—Le sugiero que se siente aquí si quiere examinarla.

Fleming cogió la carpeta y la abrió despacio. Las libretas de la escuela eran verdes, con el escudo estampado en la cubierta. Bajo el escudo del primer libro que separó, se leía, escrito con la letra pequeña y un tanto angulosa de David: *David John Fleming, Escuela de Hammond, Aula 4 A; Historia*. Lo abrió, pero no hizo ningún intento por leer lo que veía. Ése era el David con vida, no el David muerto del depósito. Su mano sobre la página escrita tocaba la mano sucia, tibia e impaciente de David. David John Fleming; no sólo un nombre, sino la voz de David diciendo su nombre. Una voz alegre, con algo del acento norteno de Ruth. Guardaba un vivo recuerdo de los brazos de David rodeándole el cuello, cuando se habían abrazado en el coche antes de dejarle en la estación para que cogiera el tren escolar. Un abrazo privado antes del apretón de manos público en el andén. Muy reservado en compañía; muy británica su entereza. Un tranquilo «Adiós, chiquillo. Pensaré en ti». Un igualmente tranquilo «Mensaje telepático a las nueve en punto diciendo buenas noches. ¿Vale?», «Vale». Después, en voz alta, un lacónico «Ya nos veremos, papá». «Hasta pronto, David. Esta vez cartas de la India». «¡Super!». Los ojos demasiado brillantes, pero la palabra surgiendo sin el mínimo temblor: «¡Super!».

Una traicionera oleada de emoción se apoderó inesperadamente de Fleming, y por un momento fue incapaz de ocultarla. Brannigan advirtió los tensos músculos de su mandíbula antes de mirar a otra parte.

Transcurrieron algunos minutos antes de que pudiera devolverle la carpeta.

Los tres libros siguientes eran de matemáticas. Contenían problemas de promedios aptos para un niño de doce años, y estaban razonablemente usados. Él quería llevarse el cuaderno de redacciones para leerlo en privado. Sentía que, de leerlo en presencia de Brannigan, no podría fiarse de sí mismo. Eran la esencia de David. Frases —ecos de su voz— musitadas desde una

página, antes de que pudiera cerrar los ojos y recordar a partir de ellas. «Mi primer vuelo en un reactor fue con mi papá a Nueva York. Pasaron una película del Oeste, no muy buena. Para comer nos dieron salmón y lechuga en cajas con cuchillos y tenedores de plástico. La mujer del otro asiento estaba vomitando en una bolsa de papel marrón y ya no pude comer más después de verla». Papá había sido tachado con un rotulador rojo y sustituido por padre. Habían corregido una falta, pero habían dejado pasar otra.

Y más adelante: «La mejor mascota que he tenido nunca fue un jerbo. Lo tuve cuando teníamos una casa con un gran jardín en los Costwolds. Vivía en un cobertizo del huerto. Fue hace mucho tiempo, cuando yo era joven. A mi madre no le gustaba, pero ella no lo decía porque sabía que a mí sí que me gustaba. Una vez se escondió debajo del suelo de madera y mi padre lo encontró con una linterna. Mi madre dijo que se alegraba de que lo hubiéramos encontrado. Esto no fue honesto, pero fue amable». Fleming pasó la página y vio que la redacción se titulaba *Honestidad*.

Cerró el cuaderno y lo puso a un lado.

Honestidad.

—¿Cómo te van las cosas en la escuela, David?

—Muy bien, papá.

—¿Algún problema?

—No..., de verdad que no.

—¿Me lo explicarías si tuvieras alguno?

—Sí, claro que sí.

¿Había sido sincero? ¿Habría prestado la suficiente atención para percibir una nota de duda, de falsa alegría? ¿Habría deseado simplemente que todo anduviera bien, y aceptado con excesiva rapidez la palabra de David?

Seguramente conocía lo bastante bien a su propio hijo para darse cuenta de que estaba inmerso en un calvario de simulación.

Tal como él lo habría estado.

Pero aquellos cuadernos eran normales.

Dentro de la carpeta mayor había otra más pequeña con las palabras *Proyecto de historia marítima* escritas cuidadosamente. Contenía dibujos de embarcaciones de la Edad del Bronce egea y de birremes fenicios. Después había un esquema en papel milimetrado que mostraba las medidas de un barco vikingo. Éste le había valido

una alta puntuación y el comentario escrito en bolígrafo rojo: *Bien. Has realizado un buen estudio.*

Se dirigió a Brannigan.

—¿Cuántas veces fue David al Museo Marítimo?

Brannigan notó que él había recuperado el dominio de sí mismo. Su voz era neutra y sus ojos, inexpresivos.

—Los muchachos hicieron una visita preliminar antes de escribir sobre cada sección. La sección de barcos mercantes era la cuarta.

—¿Así que fue en la cuarta visita cuando se mató? —Sí.

Fleming cerró la carpeta y recorrió una y otra vez los cantos con los dedos, como si se sintiera reacio a abandonar algo que David hubiera tocado. Por último, la dejó a un lado.

—¿Cómo calificaría su trabajo?

Brannigan respondió con honestidad:

—Corriente. Podía hacerlo realmente bien si prestaba atención.

—¿Sería lo que podría esperarse de un niño de doce años?

—Sí. Como le he dicho, era corriente. No era brillante..., sólo tenía una buena y estable capacidad media. Del tipo que a veces aflora a principios de la adolescencia.

—¿Y no del tipo que se rezaga seis años y provoca una regresión al intelecto de un niño de seis?

Brannigan se alarmó.

—No le comprendo.

Fleming sacó el dibujo de la cartera y se lo tendió sin decir palabra.

Brannigan miró el ciempiés y la escritura infantil debajo: **OSO VEYUDO EN ESTA CAMA.**

—¿Qué se supone que es esto? ¿Una muestra de los primeros trabajos de David en el parvulario?

—Una muestra del trabajo más reciente de David... durante su estancia en la enfermería, cuando tuvo paperas.

—¡No lo creo!

La frase surgió como una explosión. Lo que Brannigan vio como un ataque totalmente inesperado, no sólo le desconcertó, sino que le dejó atónito. ¿A qué diablos estaba jugando Fleming? El dibujo que tenía en la mano era la obra de una criatura. No guardaba la menor semejanza con los cuadernos del escritorio. ¿Y qué era eso de la regresión? Fleming debía estar fuera de sus cabales si pensaba que

podía engatusarle tan fácilmente.

Se lo devolvió.

—Esto lo conserva desde hace mucho tiempo.

—Lo conservo desde hace unas horas. Esta tarde lo he visto por primera vez. David lo dibujó para Jenny hará una semana, su último día en la enfermería. Jenny me lo dio.

Brannigan sintió la sangre tamborilear en su cabeza. Presenció un completo caleidoscopio de posibilidades, incluyendo una en la que Jenny estaba confabulada con Fleming por la suma que consiguieran sacar a la escuela como indemnización. Después se fue calmando y los descartó. No lo comprendía, pero intentaría comprenderlo, y hasta que no lo hubiese logrado, evitaría formarse una opinión.

Le pidió a Fleming que explicase el significado del dibujo, y escuchó su relato sin interrumpirle.

—¿Y no había dibujado el ciempiés desde que tenía...? ¿Qué edad?

—Creo que la última pesadilla enlazada con el dibujo la tuvo a los siete años y medio, a punto de cumplir ocho.

—¿Le llevaron a un psiquiatra?

—No. Nosotros —su madre y yo— rompíamos los dibujos. Intuimos que eso era lo que él quería, y dio resultado.

—¿Opina que sufrió alguna conmoción que le llevara de nuevo a aquello?

—Una conmoción. O un largo período de amargura. No lo sé. Esto es lo que pretendo averiguar.

—Y usted cree que su estado anímico estaba alterado, tal vez hasta el extremo de que la caída en la bodega fue un suicidio... ¿Es eso lo que está diciendo?

—Pienso que es posible. Y si surgen pruebas de ello, entonces que Dios les ayude a usted, a la escuela y a todos los que están en ella.

De pronto, Brannigan fue consciente de la frialdad de la habitación. Contuvo un escalofrío. El aislamiento del mando era como una capa de hielo sobre sus hombros. De nada se le podía culpar en aquel asunto, pero, en último término, era responsable del personal y de los muchachos.

—Un tanto desconcertante; un ciempiés en la cama de David...

Es la explicación más fácil y verosímil.

Intentó decirlo sin alterarse, casi persuasivamente.

—El ciempiés estaba enlazado con el terror de despertar a solas en una casa oscura y extraña. Es un síntoma, no la enfermedad.

—¿Y cuál cree que es la enfermedad, en este caso en particular?

Fleming respondió terminantemente:

—Un prolongado período de intimidación, tal vez de ataque sexual.

Había esperado que Brannigan lo negara con inmediata brusquedad, pero su respuesta fue mesurada y reflexiva:

—Los dos viejos fantasmas del sistema. Sería un ingenuo si descartara tales posibilidades. Estoy dispuesto a investigarlas. Sin embargo, a menos que una u otra se confirme, sería aconsejable que usted no dijera nada a nadie.

—No diré nada siempre que la investigación se lleve a cabo sin prejuicios. Quiero mantenerme cerca para ver el resultado.

Brannigan se levantó.

—Muy bien, señor Fleming. Estará cerca. Es mi escuela y su hijo. El motivo de preocupación es común.

3

JENNY estaba en la sala de personal mirando una película en la televisión, cuando entraron Brannigan y Fleming. Por su expresión pudo advertir que la entrevista no había sido un cauteloso titubeo sobre delicados puntos de desacuerdo. Se habían blandido espadas en ambos lados. Si ahora permanecían envainadas, no era más que una tregua inestable.

Brannigan, aliviado al comprobar que Jenny estaba sola, indicó el televisor. Ella se levantó y lo apagó.

—Ha venido para preguntarme acerca del dibujo.

Como era habitual, ella se lanzó derecha al asunto. Deseó saber si Fleming se quedaría para recoger los pedazos. Los ojos de éste se habían alegrado cuando sus miradas se cruzaron, pero ahora permanecía de espaldas a la ventana, contemplándola sin decir nada.

Brannigan se sentó en el brazo de la silla más próxima. Sentía una extrema fatiga, como si estuviera luchando en un vendaval de fuerza ocho.

—Sí; tres preguntas. ¿Viste realmente a David dibujar el ciempiés?

—Sí. En la enfermería, el día que debía regresar a la escuela. Un día de la semana pasada.

—¿Sufrió alguna experiencia atemorizante o traumática poco antes de que lo dibujara?

—No. Por lo que yo sé, no. El último día estuvo algo callado, pero a ninguno de los chicos les gusta volver al trabajo. Pensé que

había hecho el dibujo —tan sólo una broma— para animarse.

—¿Por qué no me lo trajiste en seguida?

Ella sonrió levemente.

—¿Junto con la cola de rata y las castañas y la postal de san Valentín de Milford Minor? ¿En serio esperaba que reuniese todos los regalos de los chicos y se los pasara a usted?

La franqueza de Jenny bordeaba de vez en cuando la insolencia, pero Brannigan se hizo el desentendido.

—Lo consideraste de suficiente gravedad como para entregárselo al padre de David.

—De haber habido en mi bolsa cualquier otra cosa que me hubiera dado David, se la habría dado a su padre. Casualmente, resultó ser el dibujo de un ciempiés.

—Por la naturaleza del dibujo y la escritura, ¿no pudiste determinar que el niño estaba gravemente trastornado?

—No, no pude. Era un dibujo infantil, y una escritura infantil. Pensé que lo había hecho así para divertirse.

Brannigan miró a Fleming.

—¿Tiene usted algo que preguntarle a la enfermera Renshaw?

Había una cuestión que no se le había ocurrido antes.

—¿Tenías algún otro paciente en aquellos momentos, alguien que pudiera haberse metido con David y haberle inquietado de algún modo?

—Otros tres chicos que tenían paperas. Dos de ellos eran los gemelos Rillman, y el otro, Peter Sellick.

—De siete años de edad —dijo Brannigan—. Sin reparos a la hora de meter un ciempiés en una cama, pero nada más siniestro.

Le sugirió a Fleming que fuera a ver a la señora Robbins.

—Es una cuidadora, a falta de una palabra mejor. Su piso está junto a los dormitorios del pabellón de Hammond.

Era norma que todos los directores estuvieran casados, pero cuando a Hammond le abandonó su esposa a finales del trimestre de otoño, no se sintió capaz de rogarle que también se marchara. La señora Robbins, hermana viuda de Laxby, el profesor de música, la suplía temporalmente. La reducción del número de escuelas había hecho posible transformar dos pequeños dormitorios en uno individual para ella.

Le preguntó a Jenny si se encontraba en casa.

—Estaba aquí, mirando el primer informativo. Se fue al empezar la película. No tiene que llevar a los chicos a la cama hasta más tarde, pero no dispondría de tiempo para salir de los terrenos de la escuela.

Mollie Robbins no oyó a Brannigan llamar a su puerta. Estaba escuchando con auriculares el *Pierrot Lunaire*, de Schoenberg. Era una grabación que le había dado Laxby, y le había prometido ir luego, por la noche, a discutir la teoría de Schoenberg de la doceava nota. Había estado estudiando la música de la segunda escuela vienesa, y deseaba tomar nota de algunos elementos en su máquina de escribir tan pronto como hubiera llevado a los pequeños engendros a la cama. La primera impresión que tuvo Fleming de ella, cuando Brannigan abrió la puerta tras su segunda llamada inatendida, fue la de una enorme mujer con auriculares, vestida con una blusa, que les miraba con expresión de beatífico aturdimiento, la cual viró de inmediato al enojo. Desconectó la grabación y se quitó los auriculares.

Brannigan le presentó a Fleming.

Las últimas notas brumosas se desvanecieron de su memoria cuando le miró. Vio a un hombre alto y flaco, de aspecto cansado, que le devolvía la mirada como si tratara de sondear en lo más recóndito de su mente.

Ella apartó la vista nerviosamente. La interrupción de su interludio musical era lo bastante molesta —Dios sabía que ella necesitaba aquel respiro para ser capaz de proseguir con sus obligaciones—, sin tener que soportar lo que amenazaba ser una violenta y penosa entrevista con el padre del niño fallecido.

Brannigan le preguntó si podían sentarse.

—Por supuesto.

Ella otorgó unas breves y atentas palabras de condolencia a Fleming, quien se las agradeció con una ligera inclinación de cabeza.

Físicamente, ella le repelía. Trató de resistirse a sus nacientes prejuicios. El aspecto que tuviese era lo de menos.

Brannigan había esbozado un somero esquema de su cometido mientras se dirigían a su piso, y ahora dejó que Fleming tomara la iniciativa.

—El señor Fleming quiere hacerle algunas preguntas sobre

David. Ya conoce sus funciones de dormitorio y demás. Respóndale tan extensamente como pueda.

—Desde luego.

Cruzó las manos sobre su regazo, incómodamente consciente de sus uñas roídas. El resentimiento ardía en su interior. Éstos eran sus momentos particulares, una de sus fugas a un mundo que la música transformaba en civilizado. En su juventud había deseado convertirse en pianista de concierto. Un nervio cortado en su mano derecha había dado al traste con ello. ¿Qué pensaba él que era, un saco de grasa? ¿Una imbécil intelectual desbordante de carne? ¿Había él sentido alguna vez su espíritu reír y danzar con Rossini? ¿Creía que ella estaba encerrada en su interior con una bola y una cadena inamovibles?

Sus miradas se cruzaron y permanecieron fijas.

Fleming, consciente de un antagonismo idéntico al suyo propio, comprendió que debería bajar su guardia si quería hacer algún progreso con ella.

—Como cuidadora, probablemente ha establecido una relación bastante próxima con los muchachos. ¿Solían acudir a usted si algo les preocupaba?

Ella no estaba dispuesta a tranquilizarse tan aprisa.

—Las cuidadoras desempeñan su función en orfanatos y correccionales. Aquí, a la esposa del director se la alude como la señora lo-que-sea. Yo vine para sustituir a la señora Hammond cuando ella se marchó. Los chicos me llaman señora Robbins cuando están ante mí y Mary Lou a mis espaldas.

Fleming se preguntó si la señora Hammond se habría ido de forma permanente y, de ser así, por qué motivo. A estas alturas no podía inquirir semejante cosa.

Forzó una agria sonrisa.

—Un apodo puede ser una señal de afecto.

—Todo el personal tiene apodos. El mío rima con una serie de chascarrillos no precisamente afectuosos.

Fleming desistió de pretender ganársela.

—Así que... si surgía algún problema los muchachos tenían que arreglárselas por su cuenta lo mejor que pudieran.

Ella captó un atisbo de la expresión de Brannigan por el rabillo del ojo, y comprendió que más le valdría dejar de arriesgar su

puesto. La verdad era un lujo que no podía permitirse.

Se rindió.

—No... Ellos me confiaban sus problemas, naturalmente, y yo hacía lo posible por ayudarles. ¿Intenta decirme que algo preocupaba a David?

Él agradeció la brecha de su armadura, pero advirtió que se había producido muy de repente. Su antagonismo había sido honesto. Ella lo había apagado como una luz.

—Creo que podía estar sufriendo pesadillas. ¿Se habría enterado si se hubiera dado el caso?

Ella le miró mansamente.

—El dormitorio está al final del pasillo. Raras veces salgo de noche. Claro que me habría enterado.

Fleming miró el equipo de alta fidelidad y los auriculares. Se habría enterado, ¿a través de cuántos decibelios de marcha militar?

Ella adivinó lo que estaba pensando. Una buena y sólida pared de sonido era lo único que la mantenía cuerda en aquel lugar.

Señaló un montón de libros sobre una mesa junto a la ventana.

—Estoy estudiando los compositores del siglo diecinueve para un libro en el que trabajo, y mi puerta esta siempre entornada.

Recordó que lo había estado —afortunadamente— la noche en que el joven Fleming caminó en sueños. Apenas tuvo tiempo de quitarse los auriculares, precipitarse al exterior y atraparle antes de que se cayera de cabeza por las escaleras. Él se había despertado, lívido, sudoroso y sin habla y ella lo condujo de nuevo a su cama, advirtiéndole con feroces susurros que no volviera a hacerlo. Por lo que sabía, no lo volvió a hacer. No se lo había mencionado a Roy Hammond, y el día estaba ya muy avanzado para mencionárselo ahora a alguien, y mucho menos a esta figura acusadora sentada ante ella.

Fleming había visto el dormitorio de David en su primera visita a la escuela. Pidió verlo de nuevo.

—¿O los chicos están a punto de ir la cama?

Brannigan le dijo que los mayores estaban aún en clase, y que los más pequeños estarían en el primer turno de la cena. Le explicó que el horario de acostarse estaba escalonado.

—Los pequeños estarán levantados un buen rato. Hay mucho tiempo para echar un vistazo.

Por lo general, el dormitorio contenía diez camas. Fleming anduvo por la espaciosa y austera habitación y sólo contó nueve. La cama y el armario de David eran los segundos a partir de la puerta. Ambos habían sido retirados.

Brannigan notó que él lo había notado, pero no dijo nada. Los niños de esta habitación tenían de diez a doce años, y eran lo bastante crecidos para comprender las cosas, para sufrir miedo e impresiones. Por su bien, el mobiliario se había redistribuido con discreción.

La voz de Fleming era bastante controlada, sólo sus ojos le traicionaban.

—¿Había alguna otra persona a cargo de los niños?

Mollie Robbins, obviamente dejada con estas palabras poco menos que como inútil, enrojeció pero no abrió la boca.

—Los muchachos mayores disponen de sus dormitorios de estudio particulares a lo largo del pasillo —contestó Brannigan—; tres son tutores. Las habitaciones del señor Hammond están inmediatamente al pie del primer tramo de escaleras. Si se produjera alguna alteración, la señora Robbins lo advertiría. En su ausencia esta obligación recaería sobre el tutor de más edad. La responsabilidad global es del señor Harrimond.

Se volvió hacia Mollie y le formuló la pregunta que Fleming había decidido que era una pérdida de tiempo formular.

—Descontando las trifulcas habituales, ¿se dio algún caso de intimidación, de David o de cualquier otro niño?

Ella le dio la respuesta que creía que él esperaba:

—Aparte esporádicas batallas de almohadas..., una cosa así..., no.

—Recapacite un momento —la invitó Brannigan sosegadamente—, y si alberga la menor duda, dígalo.

Al devolverle la mirada, varias imágenes aparecieron en su mente. Un niño llamado Benchley tendido a la fuerza en la cama mientras tres de los otros engendros le metían dentífrico en la boca. El joven Kitson, a quien le sujetaron la cabeza bajo el agua del baño hasta que casi se volvió azul. ¿Y Fleming, el niño Fleming? Tan lleno de energía como los demás al principio, peleando como un demonio cuando tenía que hacerlo, y recientemente volviéndose menos perceptible. No sabría expresarlo de otra manera. Un

desvanecimiento de personalidad, un abandono. Con ello dejaba de ser un condenado fastidio. Percibió un remordimiento de ansiedad al preguntarse qué le habría pasado por alto. En el estruendo general de la batalla, los oídos de uno no estaban sintonizados con los gemidos de dolor.

Brannigan y el padre del niño esperaban una respuesta. En esta ocasión se la dio con honestidad:

—No vi a nadie hacerle daño.

Fleming dirigió una última mirada en torno al dormitorio. La sombra de las hojas de un arce pulsaban la pared frente a la ventana como pequeñas manos curiosas. Vio la habitación tal y como David la habría visto, y entonces se volvió bruscamente y salió al pasillo. La incertidumbre de aquella mujer, Robbins, le había atravesado como el crepitar de la electricidad estática. No había visto a nadie hacerle daño. No había visto nada de nada. ¿En qué estaba pensando Brannigan para darle a una mujer como aquella un puesto de responsabilidad? Para ella los muchachos eran un vale de comida..., nada más.

La autoridad definitiva, según Brannigan, era Hammond. Preguntó si podía verle.

Brannigan le explicó que llevaba todo el día ausente. Era posible que entretanto hubiera regresado, pero no tenía ninguna intención de mirar en su piso para enterarse. Primero necesitaba hablar con él y exponerle las implicaciones más profundas de la muerte del niño. Las circunstancias fueron trágicas, pero no se había dado ningún detalle inquietante.

Aparte de la venda.

Si el niño hubiera saltado con intención de suicidarse, podía haber usado la venda.

O pudo ser un juego.

Un accidente.

Mientras bajaba las escaleras con Fleming, expresó sus pensamientos en voz alta:

—Estoy convencido de que la muerte de David fue accidental. Hammond también lo está. Entiendo que desee hablar con él, y puedo concertarles una cita para mañana. A alguna hora de la tarde. Por la mañana debe atender sus obligaciones escolares.

Obligaciones escolares que incluían una entrevista con Tom

Lessing, el abogado, para sentar las bases generales de la línea de acción que debían adoptar.

—Mañana por la tarde, a las tres en punto, en la entrada del Museo Marítimo —dijo Fleming—. Él me llevará al barco donde murió David, y me explicará exactamente qué ocurrió.

No se trataba de una propuesta amablemente expresada, sino de una afirmación que no admitía debate alguno. Brannigan, intentando en vano encubrir su desazón, estuvo conforme.

—Y ahora, si desea entrevistar a algún otro miembro del personal o de los muchachos mayores, le llevaré al salón.

—No. Los demás pueden esperar.

Se daba cuenta de que Hammond era el protagonista; los demás configurarían simplemente una defensa combinada de la escuela. Iba a hacerle falta más energía de la que ya le restaba —y un mayor conocimiento de los hechos— para desarticular su cerco. Si alguno de ellos contribuyó a la muerte de David, lo descubriría a su debido tiempo.

Había esperado ver de nuevo a Jenny antes de abandonar los terrenos de la escuela, pero le constaba que decírselo no le haría ningún bien. Brannigan se ofreció para conducirlo a *The Lantern*, y él lo aceptó. Viajaron en ininterrumpido silencio, la carpeta de los trabajos de David en las rodillas de Fleming.

Roy Hammond regresó a la escuela antes de las once. Se encaminaba hacia su piso cuando Sherborne, el profesor de ciencias, se encontró con él en la escalera. Le dijo que Brannigan quería verle.

—Pero si no quieres ver a Brannigan, haz como que no te he dado el mensaje. Parece que la deliciosa Jenny le entregó a Fleming un dibujo del joven David, el cual revela que estuvo sufriendo las torturas de los condenados.

Intentó que sonara como una broma, pero sus ojos intranquilos reflejaron vergüenza.

Hammond, que había pasado media tarde con su esposa, envueltos en una amarga discusión durante la cual ella se había negado de plano a volver con él, permaneció inmóvil unos momentos, como dándose mentalmente ánimos tras el nuevo golpe.

No sabía de qué estaba hablando Sherborne, ni le importaba lo más mínimo no llegar a saberlo nunca. Debió haberse marchado después de que lo hiciera Laura. Había sido un idiota al dejar que se fuera con semejante despliegue de insulsa indiferencia.

Sherborne, esperando una respuesta, pero sin obtenerla, caminó indeciso escaleras abajo.

—Bueno, ya lo sabes. Si quieres saber algo más antes de ver a Brannigan, pregúntale a Jenny. Uno de tus muchachos está ahora en la enfermería con ella.

Le enfermería se hallaba entre la escuela de Hammond y la de Sherborne, y se llegaba a ella por un corredor del primer piso. Según el reglamento contra incendios, se establecía la preferencia de paso cuando era necesario, pero el corredor no se empleaba normalmente como atajo entre las escuelas, del modo en que ahora Sherborne lo había hecho. Hammond se preguntó vagamente qué andaría buscando fuera de sus propias dependencias.

Al acercarse a la enfermería, pudo oír a un niño berreando, e identificó el sonido procedente de Tim Sanders, quien era capaz de berrear con más entusiasmo que la mayoría. Tenía ocho años y se valía de cualquier legítima excusa para dar rienda suelta a sus protestas por haber sido abandonado y encarcelado.

Jenny le rodeaba con los brazos, ante la palangana, y le acallaba suavemente.

—Te has roto un diente y eso es todo. Apenas hay sangre. Piensa lo que habría ocurrido si no se hubiera quedado atascado en el fondo de tu boca.

Miró por encima del hombro cuando Hammond entró.

—¿No te lo ha contado Mollie?

—Contarme, ¿qué?

—Lo de este listillo..., el romperrécords, el rompedientes, el extraordinario chupacanicas...

El llanto de Sanders se convirtió en una risita aguda, entrecortada y jadeante.

—¿Qué habría ocurrido?

—¿Dónde habría ido a parar si no se hubiera atascado? Te habrías tragado la escurridiza muela..., eso es lo que habría ocurrido.

—¿Y me habrían abierto en canal para sacarla?

—Sí.

—¿Y me habrían mandado a casa para curarme?

—Oh, no amigo mío; te habrían mandado derecho aquí, a la enfermería conmigo.

Sanders, que ahora casi respiraba con normalidad, se limpió la boca con el dorso de la mano, y luego dejó que Jenny le secara tanto la mano como la boca con una toalla limpia. Ella terminó enjugándole suavemente los ojos, y fue recompensada con el indicio de una sonrisa.

—¿Estoy lo bastante malo como para quedarme ahora en la enfermería?

—De acuerdo; sólo por esta noche. ¿Puedes beber un poco de leche?

—¡Puf!

—¿Con sabor a chocolate?

Él sonrió con placer.

—¡Super!

—Les echas a perder —dijo Hammond, malhumorado.

Esperó impacientemente en la sala de asistencia, en tanto Jenny llevaba al niño a la pequeña cocina y le dejaba ayudarla a preparar la bebida. El dormitorio de la enfermería constaba de seis camas y era contiguo a su propia habitación. Ella lo acomodó en la cama; luego regresó a la sala de asistencia y descolgó el teléfono interior. Hammond escuchó la conversación, junto a ella, mientras hablaba con Mollie Robbins.

—Seis canicas en la boca del niño... Un desafío, supongo. Ya sabe cómo son, no lo dirán... No, no se ha hecho daño; al menos no demasiado. Tendrá que verle un dentista... Sí, me hago cargo... Sí, ya sé que lo hará. De cualquier modo, me encargaré de él por esta noche... ¿Un informe? Bueno, sí, tengo que hacerlo. No, nadie le ha hecho daño... No hay ningún responsable... Por supuesto que usted no puede.

Miró a Hammond.

—Sí, ya ha vuelto. Creí que le habría contado lo de Tim Sanders... Bueno, alguien lo ha hecho. No, no es médium.

Le tendió el teléfono a Hammond.

—Quiere hablar contigo.

Él hizo un gesto negativo con la mano, después se encogió de

hombros y tomó el teléfono.

—Está todo bien, Mollie. No es nada grave. ¿Ha apaciguado de nuevo al resto de muchachos?

Pudo oír su agitado resuello.

—Sí. No hubo ningún tipo de jaleo. Entré por casualidad. Él estaba haciendo comedia, con la boca abierta de par en par. Pensé que tenía la mandíbula desencajada. Pues no. Jenny le ha dado un poco de chocolate y le ha metido en la cama. Mañana por la mañana le tendrá de vuelta.

Colgó el receptor antes de que pudiera decir algo más. Su pánico era desproporcionado a lo que había ocurrido. Normalmente, ella habría dicho algo mordaz sobre el horrible niño o el mocososo y estúpido pequeñajo. Sus propios nervios, ya tensos, estaban a punto de romperse.

Le explicó lo que le había comentado Sherborne.

—Y me contó una peregrina historia sobre David Fleming y un dibujo. Brannigan quiere verme. Ponme al tanto, Jenny. ¿De qué va todo esto?

Ella encontró difícil explicárselo. Estaba en el mismo centro de una tierra de nadie. Por un lado sentía propensión hacia Fleming, y por el otro, solidaridad con Hammond. Los últimos días le habían envejecido. Su espeso pelo rubio le caía con dejadez por encima de su frente profundamente arrugada, y no dejaba de apartárselo con nerviosos gestos de impaciencia mientras ella le contaba lo del dibujo.

—¿Intentas decirme que el chico padeció alguna enfermedad mental?

—No, no es eso. —Sintió que se desplazaba casi por completo hacia el lado de Fleming—. La palabra es regresión. Nunca me he dedicado a la asistencia psiquiátrica, pero los dos sabemos que David era absolutamente normal.

—¿Así que lo dibujó para divertirse?

—Eso pensé, pero no así su padre. Y cuando Brannigan lo vio, tampoco tuvo esa opinión. Lo vieron como un grito de ayuda.

—¿Para que le rescataran de las torturas de los malditos?

Ella se alarmó.

—¿Qué?

—Palabras de Sherborne, no mías.

—Pudo haber sufrido una conmoción —dijo ella suavemente—. Brannigan me preguntó si la habría sufrido. Le dije que no. Creo que es más probable que estuviese intimidado. Y si tuviera que elegir a alguien de tu escuela capaz de ponerle astillas bajo las uñas, ya sé quién sería.

—¿Así que sugerirías a Durrant como chivo expiatorio?

Su cólera iba en aumento.

Ella contestó con idéntica vehemencia.

—No sugeriría a nadie, y no diría nada a menos que lo supiera; pero si lo supiera, no le protegería de su castigo. Aún hay otros niños por aquí, niños que necesitan protección. Es en ellos en quienes pienso.

—No es muy propio de ti que le tomes injustamente ojeriza a algún niño.

—¿Niño? ¿A los quince años? Cuando me mira, sus ojos me desnudan.

—Tu trabajo hace que te muevas entre muchachos adolescentes... Él no es el único.

—Tal vez. Pero ninguno de los otros me pone la carne de gallina.

El enojo le había calentado las mejillas y respiraba aceleradamente.

Él hizo un esfuerzo deliberado por enfriar la discusión.

—Sólo te pido que seas justa. Durrant, que tú sepas..., que yo sepa, tuvo aquella única pelea con David. Si vas a empezar a meter ideas sobre Durrant en la cabeza de Brannigan o, peor, en la cabeza de Fleming..., ellos hincarán sus dientes en él como un zorro en un conejo. Si tiene que haber un chivo expiatorio..., en ese caso, al menos yo soy un hombre, me parece.

—No tengo ninguna intención de meter ideas en la cabeza de nadie. Sólo te digo lo que pienso. Lo que siento.

Él prosiguió, sosegadamente:

—El muchacho es poco atractivo. Su madre es una fulana. Su padre reconoce su existencia por obligación, nada más. La poca estabilidad que tiene se la proporcionamos nosotros. No vayas removiendo el terreno que pisa.

—Pero te he dicho...

Desistió de intentar justificarse a sí misma. Él tenía derecho a

defender a Durrant. Si no lo hiciera, su concepto de él habría cambiado.

Cuando se hubo ido, ella dio un vistazo a Tim Sanders. Dormía pacíficamente. Se acordó de que era la cama que una vez acogiera a David. A sus doce años, ella no lo había arropado como ahora a aquel chico, pero sintió por él idéntico afecto al verle dormir. Había un poco de sangre y saliva en la comisura de la boca de Tim. Cogió de la mesilla de noche un pañuelo de papel, y se la limpió. ¿Qué había intentado demostrar?, se preguntó. ¿Que su capacidad de retener canicas en la boca era superior a la de algún otro? ¿O alguien le había obligado en contra de su voluntad? ¿Por qué los niños no hablaban? ¿Por qué perpetuaban el mito del honor del silencio? ¿Por qué no se delataban entre ellos? ¿Por qué no reclamaban la ayuda de los adultos, con voz alta y clara, cuando la necesitaban? ¿Por qué David había hecho un dibujo y le obligó a que lo aceptara? ¿Por qué no había gritado, bramado, armado un escándalo, hasta que el mundo entero lo hubiera sabido?

Obedeciendo a un impulso irresistible, regresó a la sala de asistencia y sacó la guía telefónica. Eran casi las once y media. Pudiera no haber nadie en la recepción de *The Lantern* para atender la llamada, pudiera no haber supletorio en el cuarto de Fleming... Había una docena de razones de peso para no hacer la llamada, pero las dejó todas de lado y la hizo.

Él estaba sentado en la cama, con los cuadernos de redacciones de David, cuando sonó el teléfono.

El sonido, como un puente entre dos mundos, le devolvió al presente después de su deambular por otro mundo que había acogido a David. Las redacciones, a veces reveladoras, a veces reservadas, mostraban a un David que él apenas conocía. Un David conformista en el rebaño, que buscaba el anonimato de lo que él tomaba por el modelo. Autor favorito: Scott. Falso. Cualquier obra literaria anterior a la mitad de siglo le daba fiebre de puro aburrimiento. Pasatiempo favorito en vacaciones: escalar los Cairngorms. Falso. El día que le llevó, se puso tan pálido de vértigo y miedo, que nunca más repitió la experiencia. ¿Por qué no había mencionado montar el *pony* de la granja? Había sentido la misma adoración por su *pony* que por su jerbo, y no consideró pueril mencionar este último. ¿Realmente quería dedicarse a la

investigación científica —lo pronunciaba «investigación»— cuando se hiciera mayor, o no era más que una idea respetable que había pillado al vuelo? ¿Cuándo empezó a perder su atractivo la Marina? Igualmente respetable. El piloto de avión y el oficial de la Marina, y en los últimos tiempos, el científico. Los dos primeros entusiasmos en que había estado inmerso, y sobre los cuales le había comprado libros adecuados. En circunstancias normales —si él realmente lo hubiera pretendido—, las próximas vacaciones las habría pasado con un científico en ciernes. ¿En qué campo? En el suyo propio, quizás. Electrónica. Una necesidad de saber —y la realización que nunca conocería— le frustraba hasta el extremo del dolor físico. No se sentía tan sólo afligido, sino también despojado. Otros habían caminado con su hijo hasta el mismo borde del olvido. Habían conocido sus pensamientos más recientes. Le habían vigilado, escuchado, tocado. Varias semanas de su vida permanecían para él, su padre, veladas, impenetrables, para siempre en la incógnita.

—¿Por qué, en nombre de Dios, se había vendado los ojos en aquel barco?

Cuando fueron a escalar, él no se había atrevido a mirar hacia abajo, desde más de siete metros de altura. ¿Se habría colocado la venda sólo porque, de otro modo, nunca hubiese reunido la valentía suficiente para saltar? ¿Pero su vía de escape no habría sido una vía de escape diferente? ¿No habría escogido otro método que le asustara menos? ¿Y qué era tan terrible que no pudiera enfrentarse a ello? El curso estaba a punto de terminar...: unas semanas más y habrían estado juntos.

Suicidio impulsivo.

Les ocurría a otros niños.

Pero ¿David? Sano. Normal. Feliz.

¿Feliz?

Cuando ocurrió, él estaba solo. Eso decía Brannigan. Pero Brannigan podía equivocarse.

Si no fue suicidio... ¿Asesinato, entonces?

El teléfono había estado sonando unos minutos antes de que él lo cogiera.

La voz de Jenny.

—Lo siento. ¿Le he despertado?

Si tenía que ser alguien, le alegraba que fuese ella.

—No; estaba despierto.

Ella habló desmañadamente.

—Tenía ganas de desearle buenas noches, y...

Él esperó.

—¿Sí?

—Mañana tengo la tarde libre... de las cinco en adelante. Estaré en la calle Nelson.

—Sí; bueno, claro... Gracias.

Tenía la mente confusa. No sabía lo que estaba diciendo. Cuando se sintió dispuesto para hablar, ella ya había colgado.

4

A LA MAÑANA SIGUIENTE soplabá un viento frío procedente del mar, que arrastraba tenues ráfagas de lluvia. Fleming, que había dormido poco, pasó las dos horas entre las seis y las ocho paseando por la carretera de la costa. Era una mañana nublada, carente de color. La tierra y el mar se confundían en una combinación de grises desvaídos, como dibujados a lápiz. Sólo el viento, cargado de sal, estaba vivo.

El viento era auténtico, frío en sus poros, incómodo, sonoro y borrascoso. Perturbaba el mar, encrespándolo en olas que rompían, siseantes como serpientes, contra las rocas bajas.

En *The Lantern* servían el desayuno a partir de las ocho, en un pequeño comedor frente al bar. De acuerdo con su nombre, faroles de hierro forjado flanqueaban la chimenea, y uno de cristal con parteluz colgaba en mitad de la estancia. Fleming escogió una mesa detrás de la puerta, donde no se vería obligado a conversar con ninguno de los otros huéspedes. Había comprado un periódico local durante el camino, y lo leyó con escasa atención mientras le servían el desayuno. El mundo, con todos sus problemas, le importaba tan poco como una mosca zumbando contra el cristal de una ventana. Todo le traía sin cuidado.

Pasó por alto el párrafo al pie de la tercera página.

«El señor John Fleming, el padre del niño que murió trágicamente en el Museo Marítimo, llegó a Marristone Port el domingo. Informó a nuestro reportero de que hablaría con

él más adelante, cuando dispusiera de toda la información sobre el caso. Hoy será practicada la autopsia, y la encuesta judicial tendrá lugar el viernes. El señor Fleming permanece alojado en *The Lantern*, tras haber pasado una sola noche en la escuela del Caserío de Marristone».

Brannigan, a la mesa, leyó la noticia en voz alta a Alison, mientras ella le servía la segunda taza de café. La noticia era bastante inocua, aparte de «una sola noche», lo cual estaba cargado de intencionalidad.

Sus rollizas mejillas se tiñeron de irritación.

—Tú lo trajiste aquí, e hicimos lo posible para que se sintiera como en su casa. Pudo haberse quedado y contar con nuestro apoyo. No tenía por qué ir a *The Lantern*. Es irremediablemente agresivo. Creo que no está del todo en sus cabales.

—¿Lo estarías tú, si fuera tu hijo? —replicó Brannigan serenamente.

Ella aceptó la precisión.

—Posiblemente, sí, si tuviéramos un hijo. Pero yo contendría mis sentimientos. No andaría todo el tiempo buscando lo peor. No pondría en fila a todo el personal de la escuela y llamaría a los bomberos sólo porque un niño jugaba despreocupadamente y se cayó.

—O saltó... o le empujaron.

—¡Tonterías! No puedes creer una cosa así.

Él se esforzaba al máximo para no creerlo. De no haber visto el dibujo, habría llegado al convencimiento de que fue un accidente. Deseaba que Hammond pudiera haberlo visto. Su descripción resultaba mucho menos contundente que verlo en realidad. Hammond le había escuchado sin emoción aparente. Se diría que conservaba un perfecto dominio de sí mismo, o tal vez estaba aprendiendo el modo de no dejar traslucir sus emociones. Había aceptado ver a Fleming en el Museo Marítimo, con un seco «¡De acuerdo, si es esto lo que quiere!», pero persuadirle de que viera a Lessing había sido más difícil. «No necesitas consejo legal a menos que te acusen...». «¿Quién demonios está acusándome?». Brannigan le había contestado: «Nadie... todavía. Él representa a la escuela. Ya te he explicado que la escuela debe tener un representante. Le he

pedido que venga aquí y mantenga una charla informal contigo».

Brannigan se había puesto en contacto con Lessing tras dejar a Fleming en *The Lantern*, la noche anterior. Lessing había accedido a ir a las dependencias de la escuela a las once.

Había una cuestión que Brannigan quería dilucidar antes de que llegara Lessing. Era bastante probable que la petición no diera resultado, pero debía intentarlo. Esperó hasta que Alison hubo llevado las cosas del desayuno a la cocina, y entonces cerró la puerta para que ella no oyera nada. Marcó el número de la consulta de Sam Preston.

Preston estaba sentado en su escritorio, ante el padre del muchacho, cuando sonó el teléfono. No podría haber sido más inoportuno, pero al menos Fleming no adivinaría la identidad de su interlocutor. Le dijo bruscamente que ya le llamaría él.

El dibujo estaba en la mesa, entre ambos.

El doctor repitió lo que empezara a decir cuando sonó el teléfono.

—Comprendo su ansiedad. El patólogo averiguará si se produjo asalto sexual. De cualquier forma, ya lo descubriría sin ninguna ayuda de mi parte, pero me pondré en contacto con él esta mañana, si es esto lo que desea.

—Es eso lo que deseo. ¿Cuándo podré saberlo?

—El informe pasa directamente al juez de primera instancia, pero en este caso, siendo usted el padre del niño y el pariente más próximo, tiene derecho a ser informado. Lo sabrá hoy, más tarde.

Tomó de nuevo el dibujo y lo examinó. Si el chico había sufrido un asalto, aquel dibujo era dinamita. Un fiscal, utilizando el apoyo de un psiquiatra profesional, podía mandar la escuela al infierno.

Depositó el dibujo en la mesa.

—¿Solicitó en su momento el consejo profesional de un psiquiatra?

—No. ¿Cuál es ahora su opinión médica sobre el asunto?

«Negligencia por su parte, pero suerte por la de Brannigan», pensó Preston.

—Me dedico a la medicina general; no soy cirujano. Lo único que puedo hacer es aconsejarle que se muestre imparcial hasta que sepa qué rumbo toman las cosas. No se precipite en sus conclusiones. El chico podría no haber sido tocado.

—¡Dios mío, si lo ha sido!

—Quizá. Pero no se lance a pensar lo peor.

Extrajo su bloc de recetas y escribió en él.

—Compre esto en una farmacia. Le hará más soportable el período de espera. Y le ayudará a dormir.

Fleming devolvió el dibujo a su cartera. Se incorporó despacio y cogió la receta. No pensaba usarla, pero sería grosero decírselo. Preston lo comprendió. «¡Malditas píldoras! —pensó—. ¡Maldita situación!». Pero era lo mejor que podía hacer. Acompañó a Fleming a la puerta, y después llamó a Brannigan.

—Si está a punto de preguntarme lo que pienso, está a punto de pedirme... Pues no; los resultados de la autopsia permanecerán *sub judice*.

Brannigan intuyó la situación.

—¿Fleming ha estado con usted ahora mismo?

—Sí.

—Es obvio que le ha enseñado el dibujo.

Preston guardó silencio.

—¿Ningún comentario?

—Lo siento.

—También yo. Pero debía intentarlo.

—Estrictamente entre nosotros —dijo Preston—, ¿cree que el patólogo encontrará algo?

Brannigan habló con cansancio:

—Estrictamente entre nosotros, no lo sé. Si lo encontrara, entonces quien haya sido probablemente no se subirá al tejado y gritará *mea culpa*. El dibujo me preocupa tanto como a Fleming. ¿Estamos los dos exagerando su importancia?

Sam, luchando entre la benevolencia y la verdad, salió un poco por la tangente.

—Si la autopsia no demuestra nada, entonces el veredicto de la encuesta sería favorable. No tiene sentido preocuparse con antelación.

Tom Lessing, algo más tarde aquella misma mañana, vino a decir lo mismo. Era un antiguo alumno de la escuela y el tiempo había suavizado sus recuerdos. En ella había adquirido cierto conocimiento carnal, y despertado la heterosexualidad. Había sido intimidado hasta límites próximos a la locura, y se había intimidado

también por su cuenta. La musculatura defensiva, y ofensivamente, desarrollada durante su adolescencia se le había reblandecido hasta perder su vigor. La escuela le había proporcionado las calificaciones necesarias para entrar en la universidad, y si hubiera tenido hijos les habría enviado allí sin pensarlo dos veces. Para él, ésta era la mayor recomendación. En general, su opinión era que Brannigan se tomaba el asunto con demasiada gravedad. Era lógico disponer de representación legal, pero aún lo era más mantener el sentido de las proporciones. Hammond ya estaba enfermo de muerte sin que Brannigan incrementase su agonía.

Lessing intentó mantener una conversación despreocupada.

—Todo se reduce a tu deber de custodia contractual. Si cometiste un error en el cumplimiento de ese deber —que no lo creo—, se puede emprender una acción contra ti por incumplimiento de contrato y por agravio por negligencia.

Esbozó una sonrisa. Hammond y Brannigan le miraron fríamente. Lessing levantó su mano carnos.

—De acuerdo. Me lo tomaré en serio, pero si tú hubieras vadeado las turbias aguas de los tribunales de justicia como yo lo he hecho, no dejarías que este lamentable asuntillo te preocupara tanto. Agravio. Deja que te lo explique. Un agravio es una falta civil, no una falta criminal. Digamos que llevaste a un puñado de muchachos a aquel barco, y entonces dejaste que siguieran con lo que estaban haciendo mientras tú te largabas al *pub* más próximo a echar un trago. El hijo de Fleming se cae. Bueno, incurriste en negligencia. Tendrías una razón por la que estar aquí sentado, sudando.

Hammond, sin reparar hasta entonces en que estaba sudando, se limpió subrepticamente las manos en los brazos de felpa de su silla.

—¿Te largaste a alguna parte?

—No.

—Correcto. Muy bien. No había pensado ni un momento en que lo hubieras hecho. ¿A cuántos muchachos llevaste al barco: ocho, dieciocho, veintiocho, cincuenta?

—Ocho. Ya te lo dije.

—Sí, ya lo dijiste. Un número razonable. Mantuviste a los tres más pequeños cerca de ti, y dijiste al resto que se fuera a tomar viento, ¿correcto?

—Les dije que no fueran a ninguna otra zona de la cubierta sin mi permiso.

—El joven Fleming, ¿fue a pedirte permiso?

—No, no fue.

Lessing se arrellanó en su asiento y sonrió.

—Pero tú, dotado del don de la clarividencia y de la facultad de ver a través de las paredes, sabías bastante bien que él se proponía desobedecerte, así que les dijiste a tus tres pequeños que se arrojaran de la pasarela mientras tú ibas en busca de Fleming.

Hammond permaneció en silencio.

—No se tiene en pie —dijo Lessing—; simplemente no se tiene en pie. ¿Te llamarías a ti mismo un hombre responsable, Hammond?

—Sí, creo que sí.

—¿Crees que pasarías la prueba de la previsión razonable?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que la ley puede ser una burrada, pero no es una burrada redomada. Te protege cuando todas las circunstancias están a tu favor, y te manda al diablo cuando no lo están. En este caso, creo que hiciste todo lo humanamente posible para vigilar a los chicos a tu cargo.

—¿Y qué hay de la venda? —inquirió Brannigan.

—Bueno, demonios, si un chiquillo quiere jugar al Capitán Garfio y se rompe el cuello, ¿qué va a hacer Hammond? ¿Ir y pegarse un tiro? El chico se escabulló y se puso a jugar. Murió. Una tragedia. Lo siento. Pero vosotros me preguntáis sobre Hammond, y yo os digo que creo que Hammond tiene razón. Él desempeñó sus funciones lo mejor que supo. Si el chico hubiera obedecido sus órdenes, ahora estaría vivo.

Brannigan, que había hablado del dibujo, lo mencionó de nuevo, pero Lessing se negaba a especular.

—Esto no se halla dentro de mi esfera. Me parece un simple y ordinario accidente. Si el juez no dictamina un veredicto de muerte accidental, me quedará enormemente perplejo. Aun cuando fuera suicidio, no veo que alguien pueda pillar a Hammond por eso. Como he dicho antes, él no es un télépata. Si el salto del niño fuese premeditado, ¿cómo iba Hammond a saberlo? Lo que necesitas, Hammond, son unas vacaciones. Este accidente te ha hecho trizas el

juicio. Necesitas largarte por unos días y descansar. El Caserío no es perfecto, pero ¿qué escuela lo es? Sin embargo, es mucho mejor que la mayoría, y cuando el gobierno británico empiece a distribuir los fondos como es debido, con toda justicia vuestros números comenzarán a cuadrar de nuevo. El Caserío de Marristone tuvo un pasado endemoniadamente bueno, y le aguarda un futuro aún mejor una vez se calme esta leve agitación de las aguas del río.

Brannigan dio un vistazo a Hammond. Si Lessing había relajado su tensión, entonces todo iba bien. Le explicó a Lessing lo del encuentro en el Museo Marítimo con Fleming.

—Él me lo pidió. Yo estuve conforme, en beneficio de Roy. ¿Tal vez creas que Roy no debiera ir...?

—¿Roy? Ah, Hammond. —Lessing sonrió tenuemente, pero sus ojos se entornaron pensativos—. ¿Tú quieres ir..., Roy?

Hammond, a quien le disgustaba en grado sumo que emplearan su nombre de pila, dijo que no; creía, sin embargo, que no ir parecería un mal síntoma.

—No tengo nada que ocultar.

Era como un disco rayado, pensó, que no parara de repetir eso.

—No, desde luego que no. Pero si te encuentras con Fleming, ¿crees que podrás dejarlo claro? Si no puedes, entonces quédate al margen.

—Creo que puedo dejarlo claro.

Lessing se encogió de hombros.

—Entonces, ve. No tienes por qué hacerlo. Si yo fuera tú, no lo haría. Pero no creo que peligre tu puesto por ir. Todo depende de cómo lo lles. —Alzó una inquisitiva ceja a Brannigan—. ¿También tú vas a ir?

—Creía que podía ser aconsejable.

—Bueno; si vas, no estés tan preocupado. Ningún general ganó nunca una batalla esperando perderla.

—¿Una batalla?

—Bueno... No..., una falsa analogía. No es ninguna batalla. No es ningún caso. Eso es lo que creo. Sin embargo, el rencor puede engendrar su propio género de conflicto. El barco es un punto de encuentro particularmente evocativo, un poco como meter el dedo en la llaga, diría yo, para todos. Tened cuidado.

Antes de abandonar la escuela, Lessing dio por su cuenta un

nostálgico paseo por sus terrenos. Alex Peterson, el padre de Alison, había sido director en su época y Brannigan, uno de los profesores. Peterson había dirigido el lugar como un general que equilibra la estrategia con la fuerza de las armas. Carecía de la sensibilidad de Brannigan. Si aquella situación se hubiera producido en su época, habría rehusado rotundamente pensar siquiera atribuir la culpa a cualquier otro que no fuera el mismo niño. Habría descartado la farsa psicológica del ciempiés en la cama, aduciendo que no eran más que tonterías. Se habría mostrado amablemente compasivo con el padre del muchacho, pero habría dejado clarísimo que la escuela se había eximido de sus obligaciones hacia su hijo. Habría sido enérgico —inflexible—, y tan duro como la ocasión requería. En el fondo, Brannigan era blando. La capacidad de comprender el punto de vista de otras personas era útil en algunas situaciones, pero no en aquella. Brannigan necesitaba cultivar un ojo interno. Alison lo sabía todo acerca del interés propio. Lo había heredado de su padre.

La frialdad de la mañana se estaba mitigando, y el cielo comenzaba a despejarse. Oyó el chasquido de una pelota de críquet contra el rastrillo, y enfiló el sendero de grava bordeado de tejos, hacia el terreno de juego. No había sido del todo malo en el críquet, aunque no recordaba que fuera un gran aficionado. Incluso el olor de la tierra de los alrededores le evocaba su juventud. Por esos días, el profesor de deportes era un ex futbolista profesional, delgado como un galgo e igualmente rápido, un hombrecillo llamado Patell y apodado *el Rodillas*. El profesor actual no podía ser muy diferente. Era tan hirsuto como todos los jóvenes de hoy, macizo, pesado, ligeramente panzudo y con un lento balanceo de brazo cuando lanzó. Sin embargo, la pelota llegó. El chico de la pala le asestó un golpe, falló, y el palo central se desplomó ruidosamente sobre la hierba. Innis, consciente de ser observado, le hizo a Lessing un gesto con la cabeza; éste alzó la mano, saludándole, y siguió caminando.

Los días de deporte de su época —en los años cincuenta—, habían sido acontecimientos esperados, en los cuales chico-conocía-chica: las hermanas de los otros muchachos. Muy correcto. Aparte de una putilla con la que se había acostado en una hondonada del extenso prado. Por aquellos días, el prado estaba pulcramente segado, sin contar la tupida hierba al otro lado de la muralla de álamos. Ahora la hierba tenía varias pulgadas de altura, e incluso

crecían ortigas. Se abrió camino por entre la espesura, en la supuesta dirección de la hondonada. No podía recordar la cara de la chica, ni su nombre. Ni siquiera se acordaba del acto, excepto que, por su parte, había sido el primero con una chica, pero sospechaba que ella no era la primera vez que hacía aquello con un chico. Ella olía a hierba húmeda y soleada.

Incluso ahora, aquél era un buen sitio. El Caserío de Marristone, como su prado, había ido un poco a menos, pero seguía siendo un buen sitio. Si la hierba no le estuviera empapando los calcetines, iría hasta la hondonada y se quedaría un rato allí. Era una lástima que hiciera un día tan húmedo.

Permaneció unos momentos mirando hacia la muralla de álamos, y reconstruyendo la imagen de lo que había ocurrido al otro lado, antes de darse la vuelta y encaminarse de nuevo al sendero.

Durrant, con la mano sobre la boca de Corley, levantó cautelosamente la cabeza y le miró irse. Los dientes del niño se cerraron de repente en sus dedos y brotó la sangre.

—¡Pequeño bastardo salvaje!

La mano izquierda de Durrant sustituyó a la derecha y apretó con más fuerza. El niño, ahogándose, intentó escabullirse. Su estómago empezó a revolverse y un chorro de bilis verde brotó por entre los dedos de Durrant. Sintiendo a su vez náuseas, Durrant le soltó y Corley, vomitando aún, se arrojó a un lado y echó a correr.

Lessing, alarmado, vio a un niño de unos diez años salir dando tumbos de la maleza y correr ciegamente en su dirección. Tenía los ojos medio cerrados y estaba pálido. El vómito le manchaba los contornos de la boca y la pechera del jersey. La corbata del uniforme escolar se agitó en torno a su muñeca derecha y luego cayó al suelo.

—¡Eh! —llamó Lessing—. ¿Qué pasa?

El niño se volvió bruscamente, como si Lessing le hubiera lanzado un gancho a la mandíbula. Jadeante, se desvió hacia el campo de criquet.

Lessing recogió la corbata y examinó el lazo. Un nudo corredizo. Aparentemente, apropiado para un par de muñecas. El chico había conseguido liberar una mano. Esta vez Lessing se aventuró en la hierba húmeda, pero cuando llegó a la hondonada, allí no había

nadie. Se detuvo y miró la hierba aplastada. Había restos de vómito en una hoja de acedera, y junto a ella, una diminuta gota de sangre. Súbitamente, su boca se llenó de amargura. Aquel había sido su lugar, su lugar de juventud. Ahora, siempre lo vería de aquella otra forma: con disgusto, con inquietud. ¿Qué demonios le había ocurrido al niño? ¿Y cómo demonios el otro había huido tan de prisa? No tenía ni la menor duda de que algún otro había intervenido. Inspeccionó rápidamente la zona, y no encontró nada.

Manoseó la corbata, pensando en el joven Fleming. ¿Un niño jugando?

Pero ahora el niño no había estado jugando.

Enfermo de miedo. Tan sólo una expresión, un momento antes; pero ahora cobró significado.

John Fleming tenía una defensa para sus argumentos o podía tenerla.

Pensándolo bien, sería mejor que no la tuviera. Una manzana podrida tardaba algún tiempo en echar a perder las demás. Después de la encuesta, a Brannigan podían advertirle que empezara las investigaciones para encontrar esa manzana podrida, y lo antes posible.

Mientras tanto... Desanudó la corbata y la tiró en lo más profundo de un seto apropiado.

5

EL REVERENDO

SIMON

SHULTER

sólo llevaba su alzacuello los domingos, pero aquella mañana hizo una excepción. Tenía un aspecto estrafalario, con sus tejanos y su chaqueta deportiva azules, pero el alzacuello establecía su identidad y suprimía un montón de explicaciones innecesarias. Detuvo a Fleming cuando regresaba a *The Lantern* después de su visita al doctor, y le propuso que tomaran una copa juntos.

—Esta mañana he leído en el periódico la noticia de su estancia en el pueblo, y he venido en seguida. Los chicos del Caserío de Marristone asisten a mi parroquia. Conocía a David. Habíamos tenido un par de charlas acerca de la confirmación.

La primera reacción de Fleming fue una brusca negativa, pero se la tragó. Allí estaba otro extraño que conoció a su hijo. ¿Confirmación? ¿David? La religión nunca había representado ningún papel en su vida. Ruth hizo los trámites con su pastor local para bautizarle, y él conservaba un vago recuerdo de la ceremonia, en la iglesia protestante de Ruth. Después de eso, nada.

Aceptó la copa, una pinta de cerveza. Shulter pidió lo mismo. Tomaron sus bebidas junto al hueco de la ventana, donde el sol desvaído brillaba a intervalos, y deslumbraba al incidir en las gafas con montura de oro de Shulter, hasta que se vio obligado a cambiar de lugar en la mesa.

Estaba acostumbrado a la aflicción, pero no a la de esta

naturaleza, y pronunció vacilante el habitual discurso de condolencia.

Fleming le escuchó cortésmente hasta el final. Pérdida irreparable. Era extraño como incluso un sacerdote joven, que había salido hacía pocos años de la escuela de teología, se aferraba a los desgastados clichés. Aquél tenía dificultad con las erres... No un defecto exactamente, sino una erre excesiva que no sonaba tal y como debiera. «Mi más sentido pésame», iría seguido de «la voluntad de Dios».

—Le he soltado la parrafada de costumbre. Me temo que no tengo el don de lenguas. No hay palabras para una cosa así. Yo tengo un hijo. Si le hubiera ocurrido a él, me sentiría como usted se siente. Creo que a duras penas puedo llegar a tocar el borde de lo que usted siente.

Permanecieron sentados en silencio.

Fleming fue el primero en romperlo.

—Ahora le están practicando la autopsia.

—Intente no pensar en ello.

—¿Cómo puedo evitar pensar en ello?

—Ya lo sé. Pero nunca algo es tan malo como imaginamos. Lamento no haber estado con usted en el depósito. Brannigan o Preston debieron habérmelo dicho.

Levantó su copa de cerveza y contempló cómo el sol mandaba al olvido centelleantes esmeraldas de espuma. No tenía ninguna duda de que Fleming estaba representándose la autopsia hasta su menor detalle, y no sabía qué hacer para detenerle. Ahora era el momento de hablar del cuerpo y el espíritu, y él sabía que no iba a atreverse. Eso era real y descarnado. Cualquier palabra que dijera en aquellos momentos, expresaría un fervor beato más que la dolorosa verdad, y el débil hilo de comunicación que empezaba a tenderse entre ambos se rompería. Fleming se levantaría y se iría, y él iba a apuntarse otro error. Su trabajo era estar allí. Que Dios le ayudara. Literalmente, que Dios le ayudara. No sabía cómo ayudar a Fleming.

—¿Habría aceptado la confirmación? —Hizo la pregunta por decir algo. La respuesta era lo de menos.

—No lo sé. Supongo que sí.

Estas palabras eran como un salvavidas, y Fleming se sujetó a él.

«Sigue —pensó—, háblame. Háblame del David vivo».

—El Caserío de Marristone es una escuela confesional anglicana, como usted sabe. La confirmación es corriente, si los padres están de acuerdo. Le pregunté a David su opinión sobre el tema, y me dijo que le parecía bien si le parecía bien a usted. Noté que había un estrecho vínculo afectivo entre los dos.

—Sí.

—Él no aceptaba las cosas así como así. Cuestionaba el Credo. ¿Por qué tenía Cristo que descender al infierno? Quería anotaciones a pie de página para todo. Y después la Trinidad. ¿Quién o qué era el Espíritu Santo? Más o menos me acusaba de haber inventado el Espíritu Santo. —Shulter sonrió ligeramente—. Tenía una mente muy literal. ¿Usted no lo sabía?

—Cuénteme más cosas.

—Imparto clases sobre las Escrituras varias veces por trimestre, no pensando en el programa de exámenes, sino únicamente para instruir a los muchachos. Forma parte de la tradición del Caserío de Marristone. Mi predecesor lo había pasado por alto y me parecía una lástima. Recuerdo que pregunté a la clase de David cuál era su personaje bíblico favorito, y David me sorprendió al decirme que Zaqueo. Había tenido agallas, me dijo, para trepar a aquel árbol con la muchedumbre intentando expulsarle.

Fleming levantó su cerveza hacia él. Formuló la pregunta con cierta inquietud:

—¿Notó que David fuera rechazado... por los demás muchachos?

La obvia sorpresa de Shulter le tranquilizó.

—Nada de eso. Era un chico simpático.

—¿No tenía enemigos evidentes? ¿Ningún chico de su clase a quien temiera?

Shulter, consciente de que las llanuras del dolor habían adquirido la incerteza de las arenas movedizas, empezó a pisar con cuidado. ¿Enemigos? ¿Qué chico no los tenía? Un enemigo de un día o de una semana se transformaba en un amigo de un día o de una semana. El Caserío de Marristone no era un país terrorista. Fleming hablaba de niños.

—No puedo imaginar que su hijo temiera a alguien. Por lo menos, seguro que a nadie de mi clase de Escrituras. Si le preocupa

algo en concreto, creo que debería usted ser más explícito.

Escuchó, intranquilo, mientras Fleming le contaba lo del dibujo. Consolar al prójimo formaba parte de su ministerio, así que le dijo:

—Creo que está leyendo más de lo que debiera. Él había estado enfermo. La medicación puede tener extraños efectos secundarios. Tal vez sufriera una pesadilla inducida por las drogas, y luego hiciese el dibujo.

—Tal vez. El doctor Preston no sugirió esa explicación. Quizá intentaba proteger sus píldoras tanto como usted intenta proteger la escuela.

Había amargura en estas palabras. Y también injusticia, pensó Shulter. Si él intentaba proteger a alguien, era precisamente a Fleming. Lo que hubiera ocurrido había terminado por completo. La aceptación por parte de Fleming de la muerte del muchacho era el necesario primer paso hacia la curación. El bálsamo de la fe cristiana sólo podría aplicarse cuando la herida estuviera preparada para ello. Formularle la próxima pregunta sería como restregársela con sal, pero resultaba imprescindible.

—No pretendo proteger la escuela. Sólo me pareció que podía haber una causa fisiológica, más que psicológica.

Se resistió a la pregunta y al cabo de un rato la soltó rápidamente:

—Esta mañana quería verle para preguntarle qué piensa acerca del funeral.

Fleming sintió una oleada de conmoción penetrar en su carne. Su mente no le había llevado tan lejos. Shulter, consciente de que estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa, deseó que estuvieran en cualquier otro sitio, y no en un bar. Desplazó la silla; de este modo Fleming quedó parcialmente a cubierto de miradas indiscretas.

Fleming, dominándose de nuevo, percibió la inexpresada solidaridad. Imaginó a Shulter al otro lado de la rejilla de un confesionario. Una callada presencia. Sólo que la Iglesia anglicana no tenía confesionarios, ¿verdad? David no había recibido educación anglicana ni católica. Recibió un bautismo protestante. ¿Qué piadoso gremio se haría cargo de la ceremonia del entierro?

Shulter prosiguió delicadamente con el aspecto práctico:

—Le acompañaré a la funeraria. Me gustaría ocuparme por usted de toda esa parte, pero me temo que es algo que debe hacer usted

mismo.

—Lo comprendo.

—Es probable que el funeral tenga lugar a principios de la semana que viene; unos días después de la encuesta. A menos que usted decida disponerlo de otro modo, me encargaré yo del oficio religioso, si me lo permite.

—No soy miembro de su Iglesia.

—Eso no importa.

—Ni siquiera creyente.

—Tampoco importa.

De repente, Shulter se acordó de unas palabras de David...; no se las dijo a él, sino a otro muchacho estando él presente, aunque David pensaba que no podría oírle: «Me parece que tienes que volar bien para tomar muchísima confianza; ¿no crees que es eso lo que él entiende por fe?». No estaba seguro de si convenía repetir o no esas palabras a Fleming. Eran tan apropiadas para aquella situación concreta, que Fleming podía creer que se las había inventado. Se arriesgó.

Fleming reconoció a David en las palabras. Confianza. Fe. En aquel momento, palabras vacías. David había confiado en él, y él, por su parte, había confiado en que la escuela cuidara de su hijo. La clase de fe que consolaba tras la derrota le era incomprensible. Deseó que no fuera así. Deseó poder ir ahora con Shulter a su iglesia y descargar ese peso ante las gradas del altar. Deseó tener la fe sencilla de un campesino, o la suerte de fe que David buscaba.

Advirtió que Shulter quería preguntarle algo más, pero dudaba en hacerlo. Esperó, y la pregunta surgió con cierta vacilación:

—La escuela cuenta con una pequeña capilla. Hubo un tiempo en que se empleó para servicios religiosos. Está consagrada. ¿Querría que el cuerpo de David reposara allí hasta el funeral? ¿O prefiere que le lleven a la funeraria?

La respuesta de Fleming surgió sin la mínima vacilación:

—A cualquier parte menos a la escuela. Ese maldito lugar acabó con él.

Shulter estuvo a punto de protestar, pero lo pensó dos veces. El odio de Fleming superaba la razón. Esperaba que no tuviera una causa justificada.

Hacia las tres, el día empezaba a ser espléndido. El viento de la

mañana había dispersado las nubes y, aunque la lluvia caía de vez en cuando, destellaba en la luz del sol. El agua de la cala, encauzada desde el puerto, fluía con una suave cadencia de respiración, acariciando los viejos barcos del Museo Marítimo, haciendo que también ellos se mecieran y respiraran y murmurasen como viejos que sueñan.

Una fragata portuguesa, pintada de carmesí y azul intensos, alborotaba el agua de sus costados, salpicando carmesí y azul más pálidos. Junto a ella, el viento jugaba con las velas de una lorchá oriental. Una antigua barcaza del Támesis y un *jagt* danés se movían al unísono, con crujir de cuadernas.

Los vapores de ruedas resistían el viento, pero respondían al agua con ritmos pausados, que evocaban remotas salomas. La extraordinaria paz del lugar fue rota de pronto por el grito de una gaviota, que se posó sobre una esbelta chimenea. De las cercanías, una docena de gaviotas se lanzaron en picado, chillando y fustigando el agua con las alas.

El reducido grupo reunido junto a la puerta de entrada aguardaba en silencio y miraba las evoluciones de las gaviotas. Hammond, un poco apartado de los demás, deseaba haber persuadido a Brannigan para que le permitiera ir solo. En el último minuto, Brannigan decidió aligerar la entrevista convocando también a cuatro de los muchachos mayores. Pretextó que, de todas formas, Fleming también querría hablar con ellos, y que la entrevista podía celebrarse igualmente en el barco donde ocurrió el percance. A sus quince años, Durrant era el más joven y menos impresionable. Masters, Welling y Stonley, con dieciséis años y pico, eran lo bastante mayores para afrontar la situación. En un año o dos saldrían al mundo. Fleming, cualesquiera que fuesen sus sentimientos, no sería severo con ellos. Quedaba sobreentendido que, en su presencia, tampoco sería muy severo con Hammond.

Hammond supuso que Fleming vería a los muchachos como guardaespaldas y añadiría el desprecio a sus restantes emociones. Sentía cansancio —incluso cierto desamparo—, como si la ansiedad de los últimos días hubiera supurado lentamente como el pus de un tumor. Su mente se negaba a evocar con detalle lo ocurrido; en su lugar, fragmentos de la información que les había dictado a los muchachos emergían a la superficie como desechos en el puerto. El

Sirius, en su viaje por el Atlántico, había alcanzado un promedio de 6,7 nudos. El *Comet*, un promedio de 6,7 en las aguas costeras británicas. Ambos habían superado los 4,7

nudos del *Clermont*. Las hélices de Shorter y Smith, de principios del siglo XIX, fueron las precursoras de la doble hélice de Ericsson, a mitades de la misma centuria.

—Está cruzando la calle por el paso de peatones.

Fleming vio a los cuatro muchachos antes de advertir a Brannigan y Hammond. Su inmovilidad, mientras le miraban acercarse, era casi hipnótica. Se sintió igual que un avión detectado por un radar; después, resistiéndose a la atracción de sus ojos, miró más allá y vio a Brannigan y a un hombre más joven, que debía de ser Hammond.

Así que era ése. Alto, ligeramente encorvado de hombros, con abundante pelo rubio mal cortado, facciones huesudas, boca amplia... y ojos poco reveladores.

Brannigan les presentó rápida y nerviosamente, apartándose de Hammond casi en el acto, e hizo que los muchachos se adelantaran.

—Éstos son los muchachos mayores que estaban en el barco aquel día. No creí necesario ni conveniente traer a los más pequeños... Éste es Welling.

—¿Cómo está usted, señor?

Welling se atrevió a hacer lo que no hizo Hammond. Le tendió la mano.

Fleming la cogió. El muchacho carecía de la habitual torpeza de la adolescencia. Tenía un porte de elegante brillantez. Masters era distinto, así de físico como de carácter. Era bajo y moreno, y hablaba entre dientes, inaudiblemente. Su intensa turbación hizo vibrar a Fleming una cuerda de simpatía. Esta vez le ofreció la mano y el muchacho se la estrechó. Stonley, inclasificable y callado, inclinó rígidamente la cabeza y luego se apartó con rapidez, de manera que Durrant pudiera adelantarse. Fleming recordaba el nombre.

—Durrant.

—Sí, señor. ¿Cómo está usted, señor?

Había cierta arrogancia en su tono, algo en la expresión de sus ojos que parecía relacionarse con otra situación. Fleming miró a un muchacho alto, desgarbado y bastante feo, que había vapuleado a David por haber manifestado su preferencia por el béisbol. Pero no sólo esto; notaba algo más. Durrant le devolvió la mirada y vio simplemente a un enemigo. El método de su exterminio se le ocurriría con el tiempo. Su imaginación se cebaba ya en ello.

—¿Tú eres el muchacho que se opone al béisbol, Durrant?

La rápida lengua tocó el grueso labio inferior.

—Sólo en este país, señor. Él insistió un poco.

—¿Y tú le pegaste... un poco?

—No muy fuerte, señor.

Fleming se apartó de él y miró de nuevo a Hammond. Señaló a los muchachos.

—¿Idea suya?

Brannigan habló antes de que Hammond pudiera responder:

—No..., totalmente mía.

—No veo el porqué.

—Usted quería una investigación. Los muchachos estaban allí. Ellos podrán decirle lo que vieron o no vieron.

Tuvo que aceptarlo. Se preguntó qué clase de lealtad podría obtener Hammond. Tenía de nuevo la intensa sensación de hallarse detrás de líneas enemigas. Estaban construyendo un muro de protección alrededor de Hammond. Su grado de vulnerabilidad dependía de los muchachos y del mismo Brannigan.

—Podemos reunirnos a solas más tarde, si es eso lo que desea...

—dijo Hammond, con voz ronca—. No he intentado darle mi pésame. Cualquier cosa que diga es probable que usted la interprete mal. Si le digo que lamento que David muriera —y lo lamento, profunda y desesperadamente—, usted lo juzgará como una aceptación de culpabilidad. Yo no acepto nada. No hubo negligencia alguna.

Fleming guardó silencio.

Brannigan, deplorando la actitud de Hammond, pero sin sorprenderse por ella, sugirió que entrasen en el Museo. Había comprado ya las entradas, incluyendo una para Fleming. Un grupo de estudiantes suecos de ambos sexos entró al mismo tiempo. Hablaban en voz alta y jovial, incomprensiblemente, y miraron con

cierta curiosidad al grupo de muchachos y hombres que no hablaban en absoluto.

Su jefe, que sabía un poco de inglés, se acercó a Brannigan.

—¿Dónde está la posición de los barcos pequeños? ¿Me lo diría, por favor?

Brannigan, alegrándose cobardemente de su presencia, pero lo bastante enérgico como para esforzarse en quitárselos de encima, respondió con brusquedad:

—¿Las maquetas? En aquella nave, al final de la escalera.

—Los barcos pequeños de los tiempos primitivos, pero no las maquetas. El catamarán y los árboles con el centro agujereado y la balsa de bambú.

—Están en la nave contigua, la que hay junto a aquélla. Están numerados en tu catálogo.

—¿Van también en esa dirección, por favor?

—No. Nos interesan los buques botados.

—Y a nosotros también. Alguien que nos ayudase con la interpretación estaríamos mucho contentos de tener.

—Lo siento —repuso Brannigan, con firmeza—. No conviene que vengáis con nosotros. Encontraréis funcionarios en cada sección. Preguntádselo a uno de ellos.

El sueco se reunió con su grupo. Les habló veloz y amargamente.

—Cómo hacer amigos e influir en la gente —le dijo aparte Welling a Masters.

Brannigan acertó a oírle.

—En otras circunstancias, Welling, tu crítica estaría justificada.

—Lo siento, señor. Comprendo la situación. No pretendía criticar.

—¿No? ¿Divertirte, quizá?

—No, señor. Ha sido un comentario estúpido, señor. Lo siento, señor.

Había ocasiones, pensó Brannigan, en que el muchacho de ojos honestos, lengua fácil, encomiásticamente trabajador y que figuraba entre los-seis-primeros, le resultaba más irritante que el propio Durrant..., lo cual era mucho decir. Durrant había saltado cuando Fleming mencionó el incidente del béisbol, más o menos como un toro al verse sorprendido por la muleta del matador; pero, progresivamente, su expresión se había vuelto de nuevo taciturna.

El que Fleming manejara esa muleta en particular, también había sorprendido a Brannigan, desconcertándole sobremanera.

El viento empujó una bolsa de caramelos vacía contra el tobillo de Durrant. La recogió, hizo una pelota, y la arrojó al agua. Las olas la atraparon, lanzándola contra el casco pintado de negro de un queche con el velamen amarillo.

—Allí hay un cubo de basura —dijo Hammond, irritado.

Durrant, sin reparar en que se dirigían a él, no contestó. A lo largo de los años, había adquirido la habilidad de desconectarse de la realidad y penetrar en un ambiente más interesante y agradable. Su creciente fuerza psíquica y rara imaginación se fusionaban dentro de lo que él veía como una central eléctrica en una ciudad extraña. Él podía poblar esa ciudad tanto y como deseara, y dominar a sus habitantes; algunos en la realidad y otros en la fantasía. Ahora su mente se concentraba en Fleming. Brannigan, como un comandante de Colditz con pesadas botas, era en comparación un enanito. En torno a Fleming había un aura de sangre. Sentía con deleite un leve deslizamiento de temor. Este enemigo se hallaba en el mundo interior de su cabeza, y él estaba en el mundo exterior. Empezó a oler de nuevo el agua del puerto, y vio que la bolsa de caramelos había rodeado la proa y desaparecido.

Brannigan se aproximó a Fleming.

—Habría sido mejor haber venido después de la hora de cierre, sin nadie por en medio. Aún puedo disponerlo así, si prefiere que lo haga.

Fleming lo vio como una falta de resolución.

—Sigamos con ello. Ahora.

Sorprendentemente, Hammond pasó muy cerca de Brannigan y se puso al frente, Caminaba unos pasos por delante de todos, con la cabeza hundida entre los hombros y los brazos oscilantes. El viento le agitaba el pelo, trazándole una raya en la parte posterior de la cabeza, de modo que su cuero cabelludo aparecía blanco contra el bronceado de su cuello. Cuando se detuvo y se volvió, el viento impulsó su pelo a la inversa y él tuvo que levantar la mano, con un ademán irritado, y alisárselo.

—Es aquél. El *Mariana*.

Señaló un carguero con una chimenea verde y amarilla. Tiraba perezosamente de su amarra, como en un indiferente intento de

liberarse.

Fleming vio el nombre en la proa, encerrado en un estrecho rectángulo pintado de rojo. *Mariana*. Era absurdamente gentil. Como una cámara de ejecución tapizada de seda.

Ahora que estaba allí, deseó hallarse en cualquier otra parte. La realidad de la muerte de David, como un cuchillo clavado, tenía grados de penetración. Soportar el dolor y, por añadidura, mantener la calma, exigía de su fortaleza mucho más de lo que era capaz. En aquellos momentos, el instinto le impulsaba a darse la vuelta y marcharse. Había visto y oído todo cuanto podía aguantar. No quería nada más.

Consciente de que le temblaban las manos, las colocó a su espalda y se sujetó las muñecas con fuerza.

Brannigan estaba a su lado. Había compasión en su voz:

—No hay ninguna necesidad de abordarlo. Hammond puede explicar las posiciones de los muchachos desde aquí.

—Lo abordaremos.

Hammond se dirigió hacia la pasarela. Su voz adquirió el timbre ligeramente alto que usaba en clase:

—Cada vez que llevo a un grupo de muchachos a un barco, caminamos a su alrededor en grupo para apreciar su trazado general. Después, cada muchacho, aparte de los más jóvenes, que se quedan conmigo, se va a trabajar en la parte del proyecto que le haya correspondido. Sugiero que ahora caminemos en grupo alrededor del barco; a continuación los muchachos pueden ocupar sus posiciones individuales y usted les puede interpelar uno a uno, si es eso lo que desea hacer.

—Eso es lo que deseo hacer. Pero su grupo con guía puede esperar. Ahora quiero ver la bodega donde ocurrió.

¿En qué diablos pensaba Hammond?, se preguntó Fleming. ¿Un lento montaje hasta un gran final? Puente. Cubierta de botes. Cubierta inferior. «Y ahora prepárate, Fleming, mientras redoblan los tambores».

Se le ocurrió que podría matar a Hammond en un abrir y cerrar de ojos. Emocionalmente, era capaz.

Sus miradas coincidieron.

Hammond se encogió de hombros.

—De acuerdo. No intentaba aplazarlo. Era una repetición de la

rutina habitual. Intento presentarlo todo exactamente tal y como ocurrió. —Se volvió hacia los muchachos—. Quedaos aquí. No vale la pena que vengáis también.

La escalera de cámara era corta y empinada. Fleming fue detrás de Brannigan y Hammond. Sentía la barandilla húmeda bajo sus manos, no sabía si del sudor de los otros o del suyo propio. El olor de cubierta era de alquitrán y ácido carbónico.

—Hay tres escotillas —explicó Hammond—. La más a proa está condenada. El alquitranado sobre ella estaba entonces y sigue ahora. La otra, por donde cayó David, está debajo mismo de la cubierta de popa.

Les condujo allí.

Su actitud casi fue despreocupada.

—Ésta es. No hay tapa. No la había entonces ni la hay ahora. Podría arrancarle daños y perjuicios al Museo Marítimo por no taparla.

Reparó en la expresión de Brannigan y no le importó. Las palabras correctas escapaban de él. A tales alturas, unas palabras de pésame serían como ofrecer leche a una cobra.

Fleming se acercó a la escotilla y miró abajo, hacia la oscuridad de la bodega. Se prolongaba unos cinco metros. David había estado allí —o cerca— con los ojos vendados. El borde de la escotilla le habría llegado a los muslos. Un paso en falso no le habría precipitado al vacío. O había trepado o le habían empujado. Las palabras que habían estado debatiéndose durante días en un rincón de su mente surgieron en un susurro:

—No lo entiendo.

Las repitió para sí: «No lo entiendo».

Brannigan, con la cara tan lívida como la del mismo Fleming, le miró en silencio.

Sólo Hammond parecía tranquilo.

—Después del accidente, bajé a la bodega... por esa escalera de hierro. No está bien iluminada, pero tengo una linterna. ¿Quiere bajar?

Fleming se volvió hacia él.

—¿Accidente? ¿Ha dicho accidente? Fíjese en la altura del borde la escotilla. Sólo usted me dice que sus manos no estaban atadas.

—Sus manos no estaban atadas. Pudo haberlas apoyado en los

bordes de la escotilla..., quizás estuvo haciendo flexiones. Los niños no poseen un intenso sentido del peligro...; se las dan de valientes. Pudo haber interpretado alguna escena de osadía de su cosecha. David era imaginativo.

—¿Lo era? ¿Y qué más era?

Lo dijo en tono calmado y muy ecuánime.

—No le comprendo.

—¿Era infeliz? ¿Estaba enfermo? ¿Alterado? ¿Asustado?

—¿Se refiere al dibujo?

—Le expliqué lo del dibujo —repuso Brannigan rápidamente—. Creo, tal vez, que su importancia...

Fleming le interrumpió. Siguió dirigiéndose a Hammond:

—No sé qué le ocurrió a mi hijo..., pero pretendo saberlo. Imaginativo, dice usted. Un número de circo al borde de la bodega. ¿Usted lo cree, honestamente? ¿Puede seguir ahí ahora mismo, y mirarme y decir que lo cree?

Hammond movió las manos con impotencia.

—Cualquier cosa que yo crea no influirá en usted lo más mínimo. Se ha propuesto pensar lo peor. Lamento que David muriera. Ya se lo he dicho antes. Si lo digo otras cien veces, sus prejuicios contra mí no cambiarán.

—Está claro que no. Usted era responsable de su seguridad. ¿Dónde diablos estaba cuando debería haber estado precisamente aquí?

—Vigilando a tres niños pequeños, y confiaba que el resto hiciera lo que se le había mandado.

—¿Y qué le había mandado hacer a David?

Hammond señaló la cubierta de popa.

—Subir allí y tomar notas de los mecanismos del timón.

—Eso es pedirle mucho a un chico de doce años.

—Un chico de doce, uno de ocho... producen según su capacidad.

—El dibujo mostraba una regresión a los seis años. ¿A qué nivel de edad correspondía el trabajo de los mecanismos del timón que le encargó?

A Hammond le abandonó algo de su agresividad.

—No me presentó el trabajo. Ni siquiera intentó hacerlo. Supongo que ahora sugerirá que él dio un salto suicida porque le

impuse una tarea imposible.

—Conque por fin se ha atrevido a usar la palabra suicidio... Tenga cuidado...; podría cometer una indiscreción.

Brannigan les interrumpió con cierta energía:

—De este modo no ganamos nada. Ninguno de nosotros sabe lo que le ocurrió a David. Estamos aquí para tratar de reconstruir la escena, basándonos en lo que sabemos, y con la ayuda de los otros muchachos. ¿Continuamos? ¿O quiere bajar a la bodega?

—Quiero bajar a la bodega. —Y añadió—: Yo solo.

Brannigan sostuvo la linterna de Hammond mientras él descendía. Hammond fue hasta la borda y miró al agua. El sol ponía un ribete de plata en las olas. Sentía un agrio malestar en la boca y el pecho tenso, como si Fleming le hubiera pateado las costillas; sin embargo, aún era consciente de que el sol brillaba, y las aguas sombrías en la orilla del puerto eran de un intenso azul cobalto.

Intentó no pensar en Fleming en la bodega.

Intentó no pensar en el hijo de Fleming.

La bodega olía a sal, a madera curada y a cuerda. En lo alto, la escotilla era un recuadro de luz. La luz, como agua vertida, fluía ligeramente y se evaporaba en la profunda oscuridad.

Fleming se agachó y tocó las cuaderñas, casi exactamente bajo la escotilla. Su mente se negaba a ver a David tendido allí, muerto. La completa identificación con él no era posible. Su propio inconsciente le protegía de lo que no podría soportar. Había llegado al límite de su existencia independiente, y no podía rebasar ese límite. David había muerto. Él estaba inexorablemente vivo. Como un acto de contrición por sus propias limitaciones, quiso tenderse en las cuaderñas donde David había yacido, pero se contuvo. Brannigan estaba en alguna parte allí arriba, en la luz. La agonía privada debía preservarse en la intimidad.

En cuanto hubo subido otra vez por la escalera, a Brannigan le sorprendió su aparente calma.

Brannigan le ayudó a salvar el borde de la escotilla.

—¿Está usted bien?

—Sí.

—Entonces, volvamos con los muchachos.

Los muchachos, como invitados abandonados en una fiesta macabra, permanecían, inquietos, donde los habían dejado.

Brannigan sintió remordimientos de conciencia por haberles metido en aquello. Una entrevista en la escuela habría sido menos traumática. Allí, en su propio ambiente, habían parecido lo bastante adultos y lo bastante enteros como para asistir a la reconstrucción... Ahora ya no le convencían tanto.

Hammond le miró, esperando que tomara la iniciativa, pero como no lo hiciera, se encargó él mismo.

—Todos recordáis dónde estabais el día que David se cayó. Empezaremos contigo, Stonley. La sala de máquinas, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Acompaña allí al señor Fleming.

Brannigan dijo que él también iría.

—¿No se opone? —preguntó Fleming.

—No. Los muchachos están bajo su responsabilidad.

La réplica surgió cargada de doble sentido.

Los labios de Brannigan se tensaron, pero no dijo nada. Stanley bajó la escalera de la sala de máquinas con cierta soltura, pero, una vez allí, pareció congelarse en la inmovilidad.

Fleming, con súbita compasión, intentó acabar pronto.

—¿Cuánto tiempo estuviste aquí abajo?

—No lo sé. No me di cuenta del tiempo. Estaba dibujando.

—¿No viste a David en ningún momento?

—Desde que llegamos, no. Teníamos diferentes tareas quehacer.

—¿Le oíste gritar?

—No.

—¿Oíste gritar a alguien?

—No.

—¿Cuándo supiste que David se había caído?

—Oí voces en la cubierta. Supuse que algo iba mal.

—¿Fuiste a alguna zona cercana a la bodega?

—No.

Stonley tenía las manos en los bolsillos. Sacó el pañuelo, y un cigarrillo a medio fumar cayó a tierra. Lo cubrió con el pie.

Brannigan lo vio pero no hizo ningún comentario. Stonley no había incendiado el Museo Marítimo... aún. Una crisis a la vez era suficiente. Miró a Fleming inquisitivamente.

—¿Hay algo más que quiera preguntar?

Fleming pensó que sí, pero dudó que fuera prudente hacerlo. Es

probable que Stonley se helara aún más entre la maquinaria y no encontrara palabras para responderle. Ensayó otra pregunta:

—Si tuvieras que describir a David en una o dos palabras, ¿qué dirías de él?

—No le comprendo, señor.

—Ya sé que era unos años menor que tú, así que no podíais haber tenido mucho contacto. ¿Puedes ser lo bastante objetivo con respecto a él para decir si te produjo alguna impresión... o nunca te fijaste especialmente en él?

—Oh, sí que me fijé en él, señor.

Con el pie, Stonley arrastró la colilla hacia sí, y permaneció más relajado.

—Me daba la sensación de que era... —Se detuvo, buscando la palabra—. No sé cómo decirlo... Alguien apartado de la manada, no un animal de rebaño.

—¿Te refieres a que andaba solo..., que caía mal a los otros chicos?

—No. A ellos les gustaba. Jugaba con los otros niños de doce años..., pero a veces se quedaba solo y no parecía importarle.

«Te fijaste en él con bastante atención», pensó Fleming, y la inquietud se apoderó de él.

Las respuestas de los otros muchachos a la misma pregunta fueron más superficiales. Welling, en la cabina del puente, dijo: «Alegre y contento, señor. —Y añadió—: Absolutamente».

Masters, en el camarote del capitán, se ruborizó con turbación hasta las raíces de los cabellos, y salió con un «Muy bien».

Ningún muchacho había visto caer a David.

Durrant, en el castillo de proa, era el que más lejos había estado de la bodega, y fue el último de los muchachos entrevistados.

Se apoyó contra el cabrestante, mientras Fleming y Brannigan se acercaban. Sus pasos en la cubierta eran apagados, pero él los aumentaba en su imaginación, hasta que los latidos de su corazón se convirtieron en el retumbar de botas militares. Un escalofrío de emoción, casi orgásmico, se extendió por su carne.

Volvió hacia Fleming una cara adecuadamente grave, e ignoró por completo a Brannigan.

—¿Quiere hacerme algunas preguntas, señor?

Con un súbito impulso, Fleming intentó una aproximación

distinta. La situación, con aquel muchacho en particular, era diferente.

—Cuéntame lo que sepas.

Durrant sintió el impacto del desafío como un puñetazo. Sus músculos se tensaron; luego, lentamente, soltó el aire.

—Me gustaría poder contárselo, señor, pero no estaba allí, así que no lo sé.

Las olas producían tenues chasquidos contra la proa, y en el viento había voces lejanas.

—Dime qué hiciste desde el momento en que viniste aquí para realizar tu tarea, hasta que David se cayó.

Durrant miró por encima de la cabeza de Fleming. En su mente, el arco azul del cielo se oscureció y se transformó en una uniforme bóveda de acero. El aire salino se volvió fétido y difícil de respirar. El torno detrás de él adquirió el aspecto fríamente amenazador de un instrumento de tortura. Un dolor exquisito fluyó por sus muñecas, en el lugar que tocaban las cuerdas.

—¿Estás bien? —era la voz de Brannigan.

Él miró al segundo inquisidor con mal disimulado desdén.

—Oh, sí, señor...; sólo un poco trastornado cuando pienso en ello, señor.

—Aún no me has contestado.

No había ninguna indulgencia en esa voz. Durrant se orientó de nuevo.

—Mi tarea consistía en hacer un dibujo del castillo de proa y del cabrestante. No dibujo muy bien, así que no pude ir muy de prisa. Apenas estaba a la mitad, cuando oí gritar a David.

Ésta vez, fue Fleming quien sintió el impacto físico de la conmoción. Ninguno de los otros muchachos había oído nada.

—La bodega está a popa, al otro extremo del carguero; ¿cómo pudiste oírlo desde aquí?

—El viento traslada el sonido, señor. Si escucha ahora, podrá oír a aquel grupo de suecos hablando en aquel carguero de allí.

Era cierto. Los otros muchachos habían estado en áreas cerradas.

—Sigue. Le oíste gritar. ¿Qué gritó?

—Uno no grita nada cuando se cae, señor. Fue una especie de grito amortiguado.

Miró para comprobar si había derramado sangre y advirtió con

satisfacción que sí.

Fleming, ahora pálido, se obligó a seguir:

—¿Qué hiciste entonces?

—Bueno, naturalmente, señor, fui a ver qué pasaba. Había bastante luz para ver a David tendido en la bodega. Su cabeza parecía estar de un modo raro sobre sus hombros. No se movía.

—¿Y después?

—Llegó el señor Hammond. Me dijo que me quedara donde estaba. Bajó para mirar. Cuando volvió a subir, fue hasta la borda. Pensé que iba a vomitar.

—¿Habló contigo?

—¿Después de ir hasta la borda? Puede que lo hiciera, señor, pero no lo recuerdo. Cuando has sufrido una conmoción, nada de lo que digas tiene mucho sentido. Creo que dijo algo de llamar a un médico... O pudo haber sido el señor Sherborne.

—¿El señor Sherborne?

—Uno de los otros profesores. Sus chicos estaban en el barco de al lado; aquel donde ahora están los suecos.

Fleming miró hacia el otro buque.

—¿Así que tres de vosotros estabais junto a la escotilla, inmediatamente después?

—No. El señor Sherborne estaba entre la gente que comenzó a venir. Es como en un accidente, señor. No hay nadie, y luego se junta una multitud. No ves venir a las personas, pero de algún modo se enteran y vienen.

—¿Y qué ocurrió después?

—El señor Hammond no parecía saber qué hacer, así que el señor Sherborne se hizo cargo. Nos puso bajo la responsabilidad de Welling, puesto que él es el muchacho mayor. Le dijo que nos llevara a la cafetería hasta que uno de los otros profesores pudiera acompañarnos a la escuela. Nos sentamos a un par de mesas y esperamos. Oímos la sirena de una ambulancia... o pudo ser la policía. No podíamos verlo desde donde estábamos. Uno de los más pequeños fue hasta la puerta por si podía ver algo, y Welling le tiró de las orejas.

—Cuando miraste a la bodega por la escotilla, antes de que Hammond bajara, ¿pudiste ver las manos de David?

—Sí, señor.

—¿Estaban atadas?

—No.

—¿Cómo estaba tendido?

—Sobre el estómago... con los brazos extendidos a ambos lados. De esta forma.

Durrant se echó en el suelo sobre su estómago y lo demostró. Permaneció menos de un minuto en esa posición, pero el tiempo suficiente para oler el alquitrán de la cubierta y sentir el áspero roce de una astilla en la mandíbula. Apretó la cara contra ella y cerró los ojos. El terror a la oscuridad le engulló. Nadó con valentía a través de él. La abertura de la escotilla de escape se apretaba contra su cuello, afilada como una hoja de afeitar. Rodó sobre sí mismo, y su cabeza tocó uno de los zapatos de ante color pardo de Brannigan.

Se incorporó torpemente.

—Así es como estaba tendido, señor.

—¿Estás seguro acerca de sus manos?

—Absolutamente seguro.

—No hay mucha luz en la bodega. ¿Con cuánta claridad pudiste verlo?

—Lo bastante claro para distinguir ese detalle. La figura era negra sobre fondo gris. Tenía el pañuelo alrededor de los ojos. Si alguien va a ser ejecutado, entonces le atan las manos.

Los maliciosos ojos miraron a Fleming y midieron con satisfacción el grado de dolor que le infligió la imagen.

—¡Por el amor de Dios! —protestó Brannigan.

Durrant se volvió hacia él.

—Bueno, eso es lo que piensa su padre, señor.

—¿Qué crees que le ocurrió, Durrant? —le preguntó Fleming serenamente.

—Creo que se aburría, señor..., así que empezó a jugar. Si te vendas los ojos, confundes las alturas y las distancias. Pudo haberse inclinado sobre el borde de la escotilla y perder el equilibrio.

Sonrió de repente, y su cara se inundó de pureza y sencilla amabilidad.

—Realmente creo que es así como ocurrió, señor.

Fleming se apartó de él y comenzó a caminar, alejándose. Brannigan le alcanzó.

—¿Satisfecho? Su explicación ha sido verosímil.

Fleming miró por encima del hombro para asegurarse de que Durrant no podía oírle:

—¿Qué le pasa a ese muchacho?

—¿A qué se refiere?

Fleming no estaba seguro de a qué se refería, pero no tenía ninguna duda en cuanto a lo que había percibido. En algunos momentos de la entrevista, Durrant era por completo el típico quinceañero; en otros, no estaba allí en absoluto.

Se preguntó si Brannigan tendría problemas de drogas en la escuela, pero se reservó el pensamiento. Era evidente que Durrant no estaba bajo los efectos de una droga, y sus fugas eran intermitentes y por cortos períodos.

Intentó responder a Brannigan.

—No es como los otros muchachos.

Brannigan, sabiendo que era cierto, se negó a admitirlo.

—No hay dos muchachos iguales. Durrant no tiene un historial muy estable. Ello puede reflejarse en su actitud.

—¿Cómo se comporta con los otros chicos?

Brannigan contestó la verdad:

—Por lo que sé, muy correctamente. Nadie se ha quejado nunca.

Hammond les estaba esperando en la cubierta de botes. No preguntó nada sobre las respuestas de los muchachos, y fue Brannigan quien le ofreció la información.

—El único que oyó algo fue Durrant.

—Ya. Como le dije en su momento.

Hammond sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Brannigan mencionó la colilla de Stonley:

—No le he dicho nada. Te lo dejo a ti. Es probable que ahora esté fumando tranquilamente en la sala de máquinas.

—Es el menor de nuestros problemas.

—Eso es lo que he pensado. —Brannigan se prestó a reunir a los muchachos él mismo—. Mientras, el señor Fleming y tú tenéis una charla... Si ambos están dispuestos.

Hammond se encogió de hombros.

—Es el objeto del ejercicio. Podemos hacer que Masters salga del camarote del capitán y hablar allí.

El camarote estaba lleno de muebles de caoba pulida y felpa roja, todos fijados al suelo. Masters, que había estado fantaseando

acerca de un viaje por los mares de la China, lo abandonó con cierta desgana y se reunió con Brannigan y los demás muchachos.

Hammond se sentó en el camastro y Fleming en la silla de caoba española, vistosamente tallada, que había junto a la mesa plegable. El cigarrillo de Hammond era turco y fuerte.

—¿Así que usted y Durrant fueron los primeros en llegar allí?

—Sí. Llegamos con unos minutos de diferencia. Fue una experiencia traumática para el muchacho.

—Imagino que se lo tomaría mejor que muchos.

—Si usted fuera profesor, señor Fleming, se cuidaría de no hacer juicios precipitados. No puede evaluar con tanta ligereza el carácter de un muchacho.

—Comparto su opinión; pero no estamos aquí para hablar de Durrant. ¿Hasta qué punto conocía a mi hijo?

—Obviamente, no lo bastante como para leer sus pensamientos...

«¡Bastardo hipócrita y despreocupado...!», pensó Fleming, que luchó por aplacar su cólera.

—¿Hablaba a veces con él?

—Naturalmente. Soy... era su profesor.

—Antes dijo que era imaginativo. ¿En qué sentido?

—Cada escuela pone en escena su propia representación de Navidad. Su contribución a la nuestra fue notable. No usamos todas sus ideas, pero sí algunas.

Fleming conservaba un vago recuerdo de David mencionando una obra teatral navideña. Los celos de que aquel hombre estuviera más enterado del tema que él mismo le aguijonearon como una avispa, y tuvo que rechazarlos conscientemente.

—He leído sus redacciones. En una de ellas manifestaba su propósito de ser investigador científico. ¿En qué campo de investigación?

Hammond se sorprendió.

—¡Dios mío, no lo sé! ¿Tiene algo que ver?

—¿Para que se suicidara? No. Para conocerle mejor..., sí. Usted habló con él. Estaba a su cargo.

—Como no se cansa de repetir.

—Y seguiré repitiéndolo.

Hammond pensó: «¿Qué quieres de mí, Fleming? ¿También mi

sangre...?». Se sentía exhausto.

Fleming no sabía lo que quería de Hammond...: una débil y humillante confesión de negligencia, o un estallido de beligerancia por el cual toda la cólera podría desbordarse en un elemental intercambio de insultos.

—¿Por qué razón mi hijo podría haberse suicidado?

—Por ninguna razón. No creo que lo hiciera.

El silencio fue largo y pesado. Al moverse, el barco crujía un poco. De la distancia llegaron apagadamente voces que hablaban en sueco; acto seguido, como el gradual aumento de volumen de una radio, se hicieron más nítidas al otro lado de la puerta. Ésta se abrió de repente, dejando paso al fresco aire salado y al resplandor del sol. El joven sueco barbudo percibió el ambiente del camarote del mismo modo que un marinero se da cuenta de la atmósfera amenazadora de una tormenta que se aproxima. Musitó una disculpa:

—Les molesto. Lo siento. Me voy.

Hammond se levantó del camastro.

—Tienes tanto derecho a estar aquí como nosotros. —Se dirigió a Fleming—: ¿Desea decir algo más?

—En estos momentos, no.

Él también se levantó. En el exterior, donde se encontraba el sueco, el aire era suave y fresco. Allí dentro, la proximidad lo hacía amargo y rancio. Esperó hasta que Hammond hubo salido, dio una vuelta por cubierta y luego lo siguió a una distancia deliberada.

Brannigan, que observaba ansioso, los vio como el cazador y la presa. Ambos estaban pálidos, pero no mostraban signos externos de tensión. Brannigan fue a reunirse con ellos. Primero habló con Hammond:

—¿Has ayudado a aclarar un poco las cosas?

Hammond le miró sin responder. Se acercó a Fleming.

—Siento que el grupo de suecos les molestara.

La mentira surgió de forma tan palpable que lamentó haber hablado.

Los ojos de Fleming se clavaron contemplativamente en él.

—Estoy haciendo gestiones para disponer de representación legal en la encuesta. Una abogada de Londres, amiga de la familia. Conocía a mi esposa y a mi hijo.

—Si lo cree necesario...

—En efecto. ¿Quién representa a la escuela?

Brannigan le dio la información a regañadientes:

—Un abogado local, con un buen conocimiento de la escuela y las circunstancias.

—¿Un antiguo alumno, tal vez?

Era un disparo a ciegas, y Fleming comprobó con sorpresa que había dado en el blanco. Brannigan, a punto de decir algo, tuvo que contenerse.

—¿Y el juez? ¿Es también un ex alumno?

Lo dijo con zalamería.

—No.

—Lástima —replicó Fleming con intenso sarcasmo—, pero no puede ganárselos a todos.

El resentimiento de Brannigan rebasó el límite y se convirtió en cólera.

—Sus insinuaciones son difamatorias y totalmente injustas. ¡Por Dios santo, no somos inhumanos! ¿Cuál es el remedio? ¿Qué quiere que hagamos?

«Lo imposible —pensó Fleming—: devolverme vivo a David».

6

JENNY VIO el Fiat azul detenerse junto a su casa, pero le prestó escasa atención. La calle se usaba como aparcamiento, tanto para quienes vivían allí como para los que acudían a la sala de bingo de la esquina.

Se había pasado dos horas en el piso preguntándose si Fleming se presentaría. Recibir aquella equívoca y un tanto alarmada respuesta a su invitación, la noche anterior, la había hecho sentirse turbada y grosera. Casi había decidido quedarse en la escuela, pero se dijo que era su tarde libre y tenía derecho a ella.

Fleming se preguntó por qué parecía tan desconcertada cuando le abrió la puerta. Le hizo pasar, con un bastante fatuo:

—Así que ha venido.

—Tú me lo pediste.

—Podía haberse negado.

—¿Y por qué?

Entró en la sala de estar, con la que ahora ya estaba familiarizado. Había considerado ese lugar —a intervalos durante el día— como un refugio. Jenny como persona se había retirado a una sombría esquina de su mente. En aquellos momentos, ella volvía a ser de carne y hueso, humana y humanizante. Permanecieron de pie, mirándose el uno al otro. Llevaba una falda marrón estampada con un volante a la altura de los tobillos. Se le habían descosido unos centímetros de costura, y él se lo señaló.

—Vas a tropezar con esto.

—Ya lo coseré en algún momento. El Fiat... ¿es suyo?

—Temporalmente. Es de alquiler.

—Conviene que se haya organizado. Tengo el Morris en el garaje para una revisión. He venido en autobús.

Se sentaron uno enfrente del otro, encubriendo con palabras una creciente conciencia física. Le habló de su visita a Preston por la mañana, y después, de su encuentro con Shulter.

—Fue muy atento. Tomó una copa conmigo en el bar de *The Lantern* mientras se llevaba a cabo la autopsia.

Ella avanzó cautelosamente sobre hielo quebradizo.

—¿Conoce el resultado de la autopsia?

—Telefoné a Preston antes de venir aquí. Consiguió enterarse para mí de lo que necesitaba saber. No había pruebas de agresión sexual.

Al repetir ahora las palabras a Jenny sintió el mismo alivio que experimentara cuando Preston se lo comunicó.

—Es una preocupación menos —dijo Jenny—; quizás el dibujo no significaba nada, después de todo.

—Oh, sí, significaba algo; pero doy gracias de que no significara eso.

Le habló del resto del día y de su encuentro con Hammond y los muchachos.

—¿Es Durrant esquizoide?

La pregunta no la sorprendió.

—No lo sé.

—Veo que no te apresuras a defenderle.

«No —pensó ella—; ya hay muchos otros para hacerlo, incluyendo a Hammond y a Brannigan». Construían un muro protector de excusas en torno a él.

—¿Por qué piensa que es esquizoide?

Le contó la entrevista en el barco.

—Puede que esquizoide sea una palabra errónea. Tú, que eres enfermera, ponme al tanto de la palabra correcta.

—¿Malintencionado?

—No tan sencillo.

Ella no estuvo de acuerdo. Una comunidad más o menos numerosa era probable que incluyese al honrado, al altruista, al ingenuo y al malintencionado. Seguramente, Durrant no era peor que una docena de otros, pero se daba el caso de que su

personalidad le crispaba más los nervios. Tampoco le caían bien uno o dos de los altruistas. Resultaba cómodo tachar a Durrant de esquizoide, aunque resultaba poco equitativo. No era ciertamente una evaluación profesional. Ella no sabía nada del tema.

—Se supone que es el producto de unos padres bastante horribles. El Caserío de Marristone es el factor de equilibrio; un buen ambiente.

—¿Seguro?

—Tirando a regular, diría yo..., como todos los que están en él.

Él le sonrió, pero no fue una obvia sonrisa de cumplido.

—Si tiene hambre, hay comida.

—Más tarde... Háblame de Hammond.

Ella deseó que Fleming no colocase sobre sus espaldas la carga de un análisis de personalidad.

—No conozco a la gente más de lo que usted la conoce. Usted ha visto hoy a Hammond. Hábleme de él.

Él se negó a que la pregunta le volviera de rebote.

—No; primero tu versión. Le has conocido más tiempo que yo.

Ella intentó ser imparcial.

—No sé nada de su historial, pero me da la impresión de que es el tipo de hombre que fue a una escuela como el Caserío de Marristone por su cuenta. Se adaptó al molde con bastante facilidad. Pero no su esposa. Por ese motivo se separaron. Puso la escuela por delante de ella, y ahora creo que se arrepiente. En estos momentos lo veo como un solitario. Me ha hecho un par de propuestas amorosas, sin éxito.

—Entonces, ¿es normal?

Ella buscó una nota de humor y no la encontró.

—Ah, ya veo. Heterosexual como el opuesto de los otros. Bueno..., sí. Sí, sin ningún género de dudas. De todas formas este problema ya no existe, ¿verdad? David no fue violado.

—No. Pero aún no hay ninguna explicación para el dibujo. Durrant me inquieta. La indiferencia de Hammond me irrita de tal manera que podría...

Advirtió su expresión y se detuvo.

—A él no le es indiferente. Está conmocionado y preocupado. Ya me figuro que usted lo trató con dureza, ¿de qué otra forma podía tratarle? Probablemente al reunirse con usted puso todas sus

defensas a punto. Todo el mundo quiere sobrevivir, Roy Hammond incluido.

—Sobrevivirá.

Lo dijo con amargura.

—Sí. ¿Y por qué no? David ha muerto... Incluso usted sobrevivirá a eso. Tiene que hacerlo, es ley de vida.

Percibió que su defensa de Hammond le había enojado, pero no le importaba. Aquel día estaba más normal que la víspera. Su rabia había de consumirse en algún momento. Físicamente, tenía mejor aspecto. Su pálida y fría apariencia de dolor era menos manifiesta. El día anterior le ayudó, literalmente, a superar una crisis, y luego, al enseñarle el dibujo, le precipitó de nuevo a ella.

—Si el dibujo fuera mío, lo rompería —dijo—. Es algo enfermizo. No muestra a David tal y como era. Ni siquiera puede considerarse una prueba. No sufrió ningún ataque sexual. No puede usarlo en la encuesta. Deshágase de él como se deshizo de los otros. Esto es lo que él habría querido.

Guardó silencio unos minutos. ¿Cómo demonios sabía ella lo que David quería? ¿A quién demonios intentaba proteger?

Ella notó su retirada, y luego, lentamente, percibió que ponía en duda su propia reacción e intentaba recuperar el contacto.

—Es la última de sus pertenencias que tengo.

—Pero no lo último que él quisiera que usted tuviese. Tiene sus redacciones, sus cuadernos.

—Es un grito de ayuda.

—¿Es así como quiere recordarle? ¿Implorando ayuda? Él también se reía, ¿sabe? La mayor parte del tiempo las cosas le fueron bien.

—La mayor parte del tiempo. ¿Y el resto del tiempo...? Por Dios, ¿me estás pidiendo que ignore el resto del tiempo, los últimos días? Tengo que descubrir el porqué.

—Angustiarle por ese dibujo no le facilitará las cosas. Puede que nunca lo descubra. ¿Qué hará? ¿Llevar el dibujo a todas partes durante el resto de su vida diciendo «mi hijo de doce años hizo esto»...?

La cólera estalló en su interior, como una profunda explosión subterránea.

—¿Para quién haces esto...? ¿Para Hammond? ¿Brannigan?

¿Cuál de ellos te ha metido en el asunto?

Su estupefacción fue evidente, y la cólera la invadió con idéntica brusquedad.

—No se lo pido en nombre de nadie. Guarde el maldito papel. Duerma con él bajo la almohada. Vuélvase loco silenciosamente pensando en él. Ponga a David en alguna especie de sepulcro demencial. Yo le conocí tal y como era. Le recuerdo como un chiquillo simpático y normal. Si fuera su madre diría: de acuerdo, te he oído, haré lo que pueda. Aclarado esto, quitémoslo de la cabeza. —Su voz tembló—. Pero no, no me haga el menor caso. Yo no soy su madre. Soy la enfermera de la escuela que le ha atraído hasta aquí con artimañas para persuadirle de que rompa su insignificante pedacito de prueba. ¿Prueba de qué, por Dios santo? Mire, señor juez, señoría o como se llame, ésta es una prueba concluyente de que David se suicidó.

Hizo una pausa para recobrar el aliento.

La cólera de Fleming se había agotado. No sabía qué hacer para aliviar el dolor de la muchacha. Podía sentirlo en su propia garganta mientras ella luchaba con las palabras.

—Estaba protegiéndole.

—Ya lo sé. Lo siento.

—Guárdese su pesar. Estoy harta de él.

Golpeaba a ciegas, por decir algo, sin pensarlo.

—Lo comprendo.

—Ah, ¿sí? ¿Es capaz de salir de usted mismo el tiempo suficiente para comprender algo? Somos los enemigos, no lo olvide.

—Tú no.

—Oh, sí. Hace unos minutos me ha puesto en el mismo saco que a los demás. Hammond. Brannigan. La escuela. Los que mataron a David. ¿Qué cree que somos? ¿Una banda de asesinos?

—Alguien...

—Oh, sí, alguien, tal vez. Y, por otra parte, tal vez no. ¿No quiere creer en un accidente? Podría haberlo sido, ¿sabe? Puede que no tuviera cuidado; los chicos son así... Se caen. ¿Qué tiene de malo esta explicación? ¿No es lo bastante dramática? Alguien tiene que pagar, ¿es eso, verdad? ¿Qué clase de valor en metálico atribuye a David?

Se levantó antes de que él pudiera responder y salió de la

estancia. Las cálidas lágrimas de dolor y rabia se habían desbordado y le corrían por la cara, hasta las comisuras de su boca. La vergüenza no constituía una parte pequeña de sus emociones, y lo que había dicho era detestable. Entró en el dormitorio y se echó de bruces en la cama, apretando la cara contra la almohada.

No oyó que él la seguía. La forma en que ella estaba tendida le recordó a David en la bodega, y le puso las manos en la espalda, para ahuyentar la imagen. Y entonces la imagen desapareció y lo único que vio y sintió fue a ella. Hasta estos momentos había tenido su impulso sexual por muerto o anestesiado. La explosión de ira había sido como la violenta ruptura de un caparazón. Los convencionalismos protectores se habían desvanecido. Se proponía disculparse de nuevo, intentar subsanar el daño que le había causado. Pero ahora ya no recordaba tales propósitos.

Sus manos se tensaron en los hombros de la muchacha, y la atrajo hacia sí.

Ella intentó apartarle.

—¡No soy una maldita puta!

Y entonces ella dejó de luchar, deseándolo también. Ni el amor ni el odio formaban parte de esta situación.

Hicieron el amor sin asomo de ternura, pero ésta intervino después, cuando yacían juntos. Le tocó los pechos, y luego llevó las manos hasta sus muslos, recorriéndolos con amplios y acariciantes movimientos.

—Sí —respondió ella, queriendo decir «otra vez».

Se había acostado con otros antes, pero no habían significado nada. Pero ahora, sumergida en un aura de rabia y dolor, su iniciación a un completo despertar había sido magnífica.

La segunda vez, él la tomó sin prisa, suavemente; luego se apoyó sobre el codo y la contempló. Con Ruth y con todas las mujeres antes y después de ella, los preliminares sexuales habían sido civilizados. En ninguna circunstancia había empleado la fuerza para obligarlas. Se preguntó si habría retrocedido en caso que ella hubiera prolongado su resistencia. Sabía que debiera sentirse consternado, no eufórico, y tratar de hilvanar algún tipo de excusa.

Ella le puso los dedos en los labios.

—No.

—Cuando te seguí hasta aquí, de ningún modo pretendía...

—Ya lo sé.

Se tendió de nuevo a su lado y la abrazó. Físicamente se sentía distendido y fatigado de un modo placentero. David, verdaderamente muerto, había ingresado en un olvido temporal. Permanecieron así largo rato, satisfechos por completo.

No volvió a pensar en David hasta que más tarde la acompañó en coche a la escuela. Había sido un curativo limbo, desprovisto de recuerdos y placentero en grado sumo, y tuvo que abandonarlo en contra de su voluntad y con un irracional sentimiento de traición. Que pudiera olvidar a David en un acto de amor con una chica a quien apenas conocía, revelaba una faceta de su naturaleza de la que no había sido consciente. Hizo una recapitulación mental de todo cuanto le condujera a ello, y se acordó del dibujo.

—Me gustaría dártelo, y dejar que lo rompieras. Un regalo de paz para David. Pero no puedo. Tal vez sea una prueba sin valor, o tal vez no. No puedo arriesgarme a destruirlo. Ni siquiera por ti.

Ella aceptó que su estado de ánimo estuviera de nuevo en declive. El dibujo había sido el detonante de una reacción emocional que había demolido las barreras; lo que hiciera con él era asunto suyo. Ella lamentaba su existencia, pero también la agradecía.

—Nunca me había acostado con un hombre sin conocer su nombre de pila —dijo ella con sorpresa.

Después de un breve sobresalto, él sintió la repentina lucidez del humor desbordándose en una risa extrañada.

—John.

—Bueno —replicó ella con tono jocoso—. Gracias por la presentación.

Él le explicó que al día siguiente iría a Londres para entrevistarse con su abogada.

—Regresaré mañana por la noche, pero es probable que demasiado tarde para ponerme en contacto contigo. Te veré pasado mañana.

—Estaré trabajando en la escuela.

—Cuando estés libre. —Se apeó y le abrió la portezuela del coche—. Si lo deseas... Si esta noche... —titubeó torpemente con las palabras, sin estar seguro de como expresárselo.

Ella habló con tranquilidad:

—Esta noche ha sido... inesperado... y...

—¿Y?

—Bueno, y natural, y me alegro de que ocurriera. Acabas de dejarme en el Caserío de Marristone, no en un convento de monjas.

—Estiró el cuello y le besó—. Puede qué incluso te quiera un poco.

Echó a andar rápidamente por la avenida, sin darle tiempo a responder.

Entrar en Londres después de los días en Marristone, fue como entrar en un escenario con una orquesta atonal en plena actividad. El ruido asaltó a Fleming mientras conducía, y el tráfico le indujo a concentrarse.

Thirza, en asociación con otros dos, tenía una oficina en Regent Street. Era un semisótano, de aspecto exterior poco atractivo. El interior hablaba de dinero. La sala particular de Thirza, apartada de la pequeña área de recepción, estaba amueblada con antigüedades. La recordó contándole a Ruth con cierto orgullo que su escritorio le había costado unas mil libras. Ella siempre se había sentido propensa a hablar de dinero, cosa sorprendente, puesto que nunca le había faltado. Crayshaw, Bradley y Corsham había sido una firma familiar durante casi medio siglo. Su padre, Reginald Crayshaw, la había convertido en un socio minoritario inmediatamente después de que obtuviera su licenciatura en derecho. Ahora, quince años más tarde, a los treinta y ocho, ella había heredado su parte y recibía un tercio de los beneficios, lo cual era considerable.

Cuando hicieron pasar a Fleming, ella estaba leyendo una copia del informe sobre la muerte de David, que su secretaria le había mecanografiado después de llamar al *Marristone Herald* por la mañana. La arrojó precipitadamente a un cajón y se incorporó para saludarle.

—Quedé terriblemente afectada. No sabía nada hasta que telefoneaste. Puede que saliera en los periódicos, pero no lo vi.

Paradójicamente, su solicitud y preocupación hicieron el encuentro más fácil de lo que había esperado. Ahora se presentaba un caso en el que tenía que llegar a un acuerdo con alguien; ahora debía facilitar las cosas a otra persona. Nunca había sido una mujer expresiva. Sus dos maridos habían llegado y se habían ido sin dejar

el menor rastro emocional, y ella había recuperado su nombre de soltera. La valoración que Ruth hizo de ella —introspectiva, orientada al trabajo, pero una buena y verdadera amiga— se basó probablemente en que Thirza se guardaba para sí misma sus problemas matrimoniales y nunca se metió en el territorio de Ruth. Cualquier otra mujer, en un encuentro de aquella naturaleza le habría dado, si no un amable y rápido beso en la mejilla, al menos un cálido y afectuoso apretón de manos.

Él tomó asiento en la silla que Thirza le indicó. Habló con soltura.

—Me alegro de volver a verte. Ha pasado mucho tiempo.

—Doce meses; no, algunos más, casi dos años.

Advirtió que ella se había hecho algo en el pelo, o bien se le estaba encaneciendo prematuramente. Tenía un aspecto atractivo, con sus ojos oscuros y su piel cálidamente bronceada. Llevaba un vestido de seda color verde oliva, plisado con delicadeza desde el cuello hasta el borde, abrochado en la garganta con seis pequeños botones. La comparó con Jenny. En materia de vestir y en todas las demás eran extremos opuestos.

Consciente de su examen, que la hizo sentirse un tanto halagada y confusa, esperó que las cosas cobraran impulso. Él parecía enfermo, pero eso era de esperar. Su autocontrol resultaba notable, pero ella le conocía bien de los viejos tiempos para dejarse engañar. Le constaba que adoraba a su hijo.

—Bueno —dijo ella—. ¿Whisky? ¿Café? ¿O no te apetece nada en estos momentos? ¿Y una comida bien temprano? .He reservado una mesa.

—Thirza... La herida ya se ha cerrado. No voy a turbarte con una exhibición de sangre.

—No..., pero comprendo lo que sientes. No sirvo para decir cosas así.

—Tómalo como si ya las hubieras dicho.

—Una comida, pues. ¿Dentro de media hora? ¿A las doce?

—No tengas miedo de hablar conmigo. David está muerto. Yo puedo decirlo.

—Sí.

Ella guardó silencio. Sus dedos acariciaron un pisapapeles de cristal; un rayo de sol incidió sobre él y proyectó contra su boca un

reflejo tembloroso, como de plata fundida. Corrió hacia atrás la silla y abrió el cajón del escritorio.

—Me las ingeníé para conseguir esto. —Sacó la nota mecanografiada—. Supuse que el periódico local informaría del suceso.

Fleming lo leyó.

—¿Me comprenderías si te dijera que me encantaría ver la escuela arrasada hasta sus cimientos?

De modo que las cosas cobraban impulso y el viento era huracanado.

—¿Haces responsable a la escuela?

—Por supuesto. Le mandé allí de buena fe. Ellos le mataron.

Todos los vestigios de la defensa que sostuvo Jenny en favor de la escuela se habían desvanecido. Si su odio a la escuela tenía connotaciones paranoicas, aceptaba el hecho de su paranoia. En nombre de David, permanecía al pie del cañón.

Thirza había sido educada para no dejar traslucir su asombro.

—Quieres decir... ¿que no crees que fuera un accidente?

Le explicó lo de la venda en los ojos de David. Y después sacó el dibujo del bolsillo y lo colocó sobre su escritorio. Ella notó que, mientras la ponía también al corriente de esto, mantenía los ojos cuidadosamente apartados del papel, como si fuera algo obsceno que le provocase náuseas.

—Quiero que lo guardes y lo utilices en la encuesta, si puede utilizarse, para demostrar el estado mental de David.

Ella dudaba que pudiera usarse. Sin apoyo psiquiátrico profesional, su peso era mínimo.

—La muerte debida a un error de custodia contractual puede reportarte una indemnización, pero no me veo capaz de hacer un pronóstico sobre el asunto sin disponer de los hechos completos.

Las palabras de Jenny de atribuir un precio a David volvieron a él.

—No quiero una indemnización, maldita sea. Si hay dinero por en medio, irá a parar directamente a una sociedad benéfica. Si puede probarse —intentó explicar— que la escuela o alguien de ella fue responsable de la muerte de David, entonces tengo intención de devolverles la pelota. Un niño muerto es ya suficiente. Especialmente cuando ese niño es mío. La escuela se sustenta en su

reputación. Si puede probarse que ha dado un paso en falso, de la forma que sea, procuraré que no siga en pie mucho tiempo.

—Tienes una gran capacidad de odio, John. —Y añadió, antes de que pudiera contestar—: Directamente proporcional, supongo, a tu amor por David. Es lamentable que esto haya ocurrido tan poco tiempo después de lo de Ruth.

—¿Consideras que mi reacción es anormal?

—No; en estas circunstancias, perfectamente normal.

—Así pues, ¿me representarás en la encuesta?

—Desde luego, pero a mi manera. Tendrás que dejarlo a mi criterio. Recurriré al dibujo si me parece oportuno. ¿Tienes idea de lo que es una encuesta? Un simple interrogatorio llevado a cabo en un juzgado de primera instancia. Después puede llegar más lejos. La intensidad de tu dolor no desviará ni influirá el curso de la ley. Aunque tú no estés muy lúcido, todo el mundo lo estará... incluyéndome a mí.

Puso el dibujo en un sobre de papel manila y lo depositó en el primer cajón a la derecha del escritorio.

—Ahora cuéntamelo de nuevo. Todo. Hasta el mínimo detalle. Pongo en marcha un magnetófono, pero no dejes que te inhíba. Limitate a ignorarlo.

Tras cierta vacilación y torpeza preliminares, inició su relato. La mayor parte del tiempo ella no le miro; sólo de vez en cuando le echaba una mano. Cuando hubo terminado, supo que la había invitado a luchar por una causa perdida.

Era más prudente no decírselo.

—¿Y bien?

—Hammond podía haberte tratado con más cortesía.

—¿No tienes nada más que decir?

—Podría cantar un dúo de odio contigo. Y lo haría si te hiciera sentir mejor. Pero legalmente... Bueno, no lo sé. Te daré todo el apoyo que pueda.

Si ella no podía mostrar más entusiasmo por el caso, pensó Fleming, igualmente podría desplegar su bandera en el otro bando. No le cabía la menor duda de que lo haría lo mejor posible. Era una mujer fundamentalmente honesta y cualificada en grado sumo. Él imaginaba que nadie más mostraría entusiasmo alguno. La implicación emocional era suya. No podía esperar que alguien más

la compartiera.

Le llevó a un pequeño restaurante austríaco. La decoración era elegante y extremadamente cara. El mantel de Jenny, como su falda, tenía un borde descosido. Su cocina era vieja y confortable, y el sol entraba en ella.

Thirza, de forma desconcertante, penetró en sus pensamientos.

—En la actualidad..., ¿tienes a alguien?

Él no quiso comprometerse.

—No vivo con nadie.

—Yo tampoco. En lo que se refiere a las relaciones permanentes, soy propensa al desastre. Considero que la soltería es apacible en extremo. —Sostuvo la copa de vino a contraluz—. ¿Te has fijado en cuánto sedimento hay aquí? ¿No crees que deberíamos devolverlo?

—Estás cambiando de tema. ¿O quieres en serio que la devuelva?

Ella dejó la copa en la mesa y sonrió.

—No vale la pena preocuparse. Estoy cambiando de tema. Cuando ahora mismo te he hecho esa pregunta, parecías desconcertado. ¿Te quedarás en Londres esta noche?

—No. No había planeado quedarme. Emplearé esta tarde para llamar a la oficina central. Salí del despacho de Bombay sin dejar siquiera un aviso. Se las arreglarán, por supuesto, pero necesitarán estar informados de lo que ocurre y de cuándo es probable que vuelva.

—¿Y cuándo será eso?

—El funeral tendrá lugar un día de la semana que viene.

—¿Servirá de algo si estoy allí contigo...?

—Eres muy amable.

No era ni una aprobación ni un rechazo.

—¿Cómo te las arreglaste durante las vacaciones de David?

—Viajó conmigo la mayor parte del tiempo. Y he alquilado un piso pequeño aquí, en Londres. La mayoría de su ropa y sus pertenencias están allí. Habré de empaquetarlas.

Ella sugirió que podían encontrarse en su piso, a primeras horas de la tarde, y hacer juntos el trabajo. Sabía que después del funeral sería el momento preciso, pero si iba a ayudarle en la encuesta, le haría falta un conocimiento más profundo de Fleming y de los acontecimientos, y ésa era una forma de obtenerlo. Pasarían más o

menos una hora juntos. Ver las cosas de David le desentumecería emocionalmente. Si ella quería llegar a alguna parte, necesitaba una respuesta visceral. La situación no consistía sólo en representarle en la encuesta; se trataba de averiguar el mejor modo de calmarle a través de ella.

Fleming llegó al piso de Marylebone media hora antes que ella. Estaba situado en la segunda planta de una casa victoriana, y la primera reacción de David no había sido entusiasta. Se había acostumbrado a un jardín y a un paisaje verde. Una vez que tuviera una base permanente, le había dicho, conseguiría de nuevo una casa para los dos. Entretanto, aquélla tenía que servir. David había preguntado cuánto tiempo era «provisional», y él había contestado que un año o dos. Un año o dos, había dicho David, era «sobrevivable». Podía aguantar muchas cosas —incluso aquella— por un año o dos.

El recuerdo de la conversación era sorprendentemente nítido. Desde la muerte de Ruth, David había tenido que aguantar muchísimo. El piso. La escuela. Y siempre la promesa de un futuro que nunca llegaba. Resultó una amarga ironía que, aquella tarde, le hubieran ofrecido un puesto permanente en la oficina de París. Thomson se había extrañado cuando él le pidió tiempo para pensarlo. Sí, le dijo a Thomson, ya sabía que había presentado varias solicitudes para un empleo que no requiriese viajar... y sí, le gustaba París. Pero quería tiempo para pensarlo. Thomson le había concedido una semana. Él no añadió «hasta después del funeral», pero estaba implícito en su tono de voz. «Para entonces —había dicho su mirada— habrás recuperado la sensatez y te quedarás con la ganga que te han ofrecido». El empleo conllevaba un aumento sustancial de sueldo. Si se lo hubieran ofrecido sólo unos meses atrás, él y David se habrían establecido en un ambiente confortable, y David estaría asistiendo a un *lycée* local.

Y estaría vivo.

El piso desprendía un rancio olor a vacío, y estaba por completo cubierto de polvo. Entró en todas las habitaciones y abrió las ventanas. El dormitorio de David estaba adornado con maquetas de aviones. Tres Spitfires, suspendidos del techo con hilo blanco, recibieron el impulso de la brisa que entraba por la ventana abierta, y quedaron enredados entre sí. Una frágil hélice pintada de rojo se

soltó del armazón y planeó en espiral hasta el suelo. Se agachó y la recogió. Habían dedicado un sábado lluvioso a construir ese avión. David se había manchado las manos de cola y encendió un fósforo para derretir un poco de masilla. La cola prendió y le chamuscó la palma de la mano. Tardó dos semanas en curársele. Durante ese par de semanas, bajo la dirección de David, él se había encargado de las áreas más precisas y delicadas del modelismo. El Messerschmitt de encima de la cómoda había sido casi totalmente obra suya. David se aburrió a la mitad y se fue a leer un libro. «No está mal para un principiante», fue su comentario al verlo terminado. Su sonrisa contenida chispeó en sus ojos, como si la risa fuera una luz brillando de repente.

Deseó que Thirza no acudiese. Aquél era un lugar privado. Suyo y de David.

Pero cuando ella se presentó, aceptó su intromisión y se amparó detrás de una correcta y falsamente despreocupada apariencia. Cogió su gran maleta de piel de cerdo y la puso sobre la cama de David.

—Es su ropa de invierno, que está en la cómoda y el armario ropero. El resto de sus cosas está en la escuela.

No podía soportar mirarla, y le dijo que iba a comprar el periódico de la tarde.

—Volveré pronto.

Le concedió a Thirza una hora.

Cuando regresó, la maleta estaba en el vestíbulo, cerrada y sujeta con correas. Reprimió un impulso de tocarla. Ella le llamó desde la sala de estar.

—He preparado un par de copas. *Bourbon*. Parece que no tienes nada más.

Pensó en el *whisky* de Jenny.

Deseó que Jenny hubiera hecho la maleta. La suya no tendría aquel aspecto. Estaría estropeada, llena de bultos, y todo habría sido guardado en ella con amor.

—Gracias. En un minuto estoy contigo.

Fue al dormitorio y comprobó, con irracional alivio, que los aviones seguían allí. Ella le siguió.

—Necesitarás una caja de cartón grande para éstos. No se me ha ocurrido traer una.

—Ya me ocuparé yo.

Ella pasó junto a él, esbelta y elegante con el traje pantalón blanco que se había puesto y abrió un armario en la cabecera de la cama.

—Aquí hay un microscopio. Parece bueno. ¿Te gustaría que lo vendiese por ti?

—¡Por el amor de Cristo!

Ella no pudo entender por qué eso tenía que atravesar su armadura cuando no parecía haber nada más que pudiera hacerlo. Era una lástima que se hubiera ido mientras ella estuvo embalando. Le había imaginado sentado en la cama, hablándole, mientras ella trabajaba.

—La ropa irá a una sociedad benéfica infantil —dijo en tono reposado—. También podrían emplear el dinero del microscopio, si estás de acuerdo.

Él aceptó. Deseó que dejara de hablar de ello.

—Y hay una colección de sellos. ¿Tiene algún valor o no?

—No.

—El microscopio. ¿A qué iba a dedicarse? ¿A tu especialidad?

—Investigación científica, pero nadie sabe a qué especialidad.

Sugirió que tomasen la copa. La cena no figuraba en el programa, pero en tales circunstancias sería grosero no invitarla. Había sido muy amable. Le representaba en la encuesta. Era una vieja amiga.

El pensamiento le hizo reparar de pronto en que hacía sólo dos días que conocía a Jenny.

El tiempo era un payaso que permanecía en su cabeza y efectuaba ademanos ofensivos. Le ofrecía el puesto de París... ahora. David había vivido doce años. La tibia y familiar carne de Jenny sólo fue tibia y familiar por unas pocas horas.

La necesitaba.

En mitad de su conmoción y su dolor, la necesitaba.

No debería pensar en nadie sino en David, pero andaba por un laberinto como concebido por un psicólogo conductista, y se esforzaba por llegar al centro, donde estaba ella. Si alguien podía enseñarle de nuevo el camino hacia la cordura, sería ella quien lo hiciera.

—Encontré esto en el bolsillo del *anorak* de David —dijo Thirza

—. Le tendió una foto, con los bordes muy manoseados. Era de Ruth, de pie en un jardín invernal, con nieve en las botas. Boris, el cachorro de setter que le cuidaban a un vecino, estaba de patas sobre su impermeable de color pardo, dejando huellas húmedas. En el dorso, David había escrito con un lápiz de color azul: *Cruce de mamá con Boris*.

No era una foto de Ruth especialmente atractiva, pero había captado el instante. Recordó la risa. David quiso gastar las dos últimas fotos del carrete. La otra fue de él y Ruth juntos después de haber encerrado a Boris en la casa. David había enfocado mal y la foto salió borrosa.

—No es una buena foto de Ruth.

—Es una foto alegre.

—Le pone mala cara al perro.

—Después se rió.

—Háblame de ella, John. Y también de David. Necesito estar segura de que lo comprendo. Me has dado tu visión de los hechos. Si crees que David era desgraciado, tengo que saber más cosas acerca de él —acerca de ti—, sobre su reacción ante la pérdida de Ruth. Creo que puedes estar convirtiendo la escuela en un chivo expiatorio. Debo saber más cosas.

Él la miró indeciso.

—Se estaba reponiendo. Hasta este último curso... se estaba reponiendo. Entonces algo ocurrió. Hizo aquel maldito dibujo para dar a entender que algo ocurría.

—Y se lo dio a la enfermera de la escuela.

Su tono era seco.

—La cual se preocupaba por él.

—¿Cómo una madre suplente?

Puede que ella fuera demasiado joven, quizás incluso a los ojos de David.

—No lo sé.

—Pero podrías saberlo hablando de ello.

—No puedo.

Lo dijo de forma terminante. Ruth. David. Jenny. Eran como tres retratos en su mente. Se alojaban en una estancia privada, a la que Thirza no tenía acceso. Debería representarle en la encuesta lo mejor que pudiera. Él se guardó la foto en un bolsillo.

—Si el plazo te resulta demasiado corto o si, francamente, no te sientes dispuesta a seguir con ello...

Ella le interrumpió.

—Quiero ayudarte. Si la escuela tiene la culpa, pronto lo sabremos; entonces lo llevaré adelante. Pero si no la tiene, también deberás aceptarlo. Vaya como vaya, deja de culparte a ti mismo. Ningún padre podría hacer más.

Rechazó la invitación a cenar, aduciendo que prefería algo más ligero y tranquilo en el *pub* de la esquina. La conversación también había sido ligera y tranquila, y ella había fracasado en sus intentos de abrirse camino hacia algo más profundo. Consciente de sus intenciones, había sido cauteloso con la bebida, alegando que tenía que conducir como excusa para no propasarse. Ella no era, de ningún modo, territorio enemigo, pero tampoco deseaba que se dedicara a sondearle amablemente. Ya disponía de los hechos, pero si esperaba una explosión emocional, podía permanecer allí sentada hasta la hora de cierre. Jenny había visto su angustia y su rabia, y sufrido lo peor de ambas. No podía perder los estribos con alguien más.

Thirza sugirió que sería mejor que pasara la noche siguiente en Marristone Port.

—Aunque la encuesta no empiece hasta la tarde, prefiero no exponerme al denso tráfico del viernes por la mañana y llegar con retraso.

Él estuvo de acuerdo.

—Pero *The Lantern* no cuadra con tu estilo. La posada *The Strand*, en la zona oeste del puerto, parece más cómoda.

Con un ademán desmañado y tímido, le tocó el dorso de la mano con el dedo índice.

—Si a ti no te resulta demasiado miserable, seguro que la encontraré perfectamente aceptable. Resérvame una habitación en *The Strand* si *The Lantern* está completa, pero primero inténtalo en *The Lantern*.

Le prometió que así lo haría y que, de cualquier modo, cenarían juntos allí. Deseó haber puesto algo de entusiasmo en la invitación. Thirza era una mujer muy amable y atractiva. Si Ruth hubiera estado controlando la presente campaña, su espíritu habría esbozado una sonrisa de aprobación. Se preguntó fugazmente qué

habría pensado de Jenny.

Eran las diez en punto cuando se despidió de ella en Knightsbridge. La noche de junio era prematuramente oscura y caía una suave llovizna. En cuanto llegó a las afueras de Marristone Port, la lluvia se había vuelto intermitente y la luna brillaba sobre los oscuros caminos vecinales. No advirtió al niño Corley, que se apretó contra la pared cuando pasó el coche. Corley se había tapado la cara con la gorra escolar y hundido las manos en los bolsillos de su impermeable para que no fuera visible ni un resquicio de piel blanca. Esperó a que Marristone se perdiera de vista para deshacerse de la gorra y empezar a buscar un camión que fuese en dirección contraria. Lograr que un automovilista le recogiera en un coche particular, probablemente tendría como resultado que le devolvieran a la escuela o le asesinaran. Contemplaba ambas posibilidades con idéntico horror. Pero encaramarse en la caja de un camión que viajase más o menos hacia Somerset —sin que el conductor supiera que había subido—, no sería particularmente peligroso. Con tal de que pudiera encontrar un camión aparcado, o uno que subiera dificultosamente una colina... Caminó a tientas en la oscuridad, dándose cuenta, en el transcurso de la noche, de que los camiones aparcados y los camiones lentos no se distinguían por su abundancia. Y el único que pudo haber abordado iba en la dirección que no le interesaba.

LA AUSENCIA DE
CORLEY

, como él mismo había previsto, no se descubrió hasta la hora del desayuno. Travers, uno de los tutores de mayor edad de Sherborne le dio a éste la noticia. Sherborne, después de una rápida inspección del terreno, volvió a las dependencias de la escuela e informó a Brannigan.

Brannigan, en pleno desayuno con Alison, se puso furioso.

—¡Dios mío, sólo nos faltaba esto!

Había pasado una noche agitada tratando de convencer a una insomne Alison de que todo iría bien en la encuesta del viernes.

Ante las noticias de Sherborne, su cara adquirió una palidez amarillenta y siguió sentada mirándole, tras dejar a un lado su bandeja del desayuno. Brannigan intentó controlar su propia reacción.

—No puede estar muy lejos —le dijo bruscamente a su esposa. Y después a Sherborne—: Regresaré con usted a la escuela. —Al pasar junto a Alison dejó caer la mano en su hombro y se lo apretó suavemente—. Es probable que no sea más que una travesura. No te preocupes.

De camino al edificio principal, Sherborne le dio todos los detalles que conocía.

—Mi mujer y yo nos fuimos a la cama poco después de las once. Ella había hecho la revisión del dormitorio a las diez; no parecía necesario repetirla. Por entonces, todos los chicos ya estaban

acostados.

—O tal vez se lo pareció —objetó Brannigan, taciturno—. Ya conoce el viejo truco de la almohada.

—¡Bueno, diablos, ella no andaba pinchando a los chicos! Esto no es un reformatorio, señor director. ¿Acaso hay algo de qué huir?

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

El mal humor de Sherborne empezó a bordear la beligerancia.

—Puedo estar *in loco parentis*, pero no soy Dios Padre. Mi mujer y yo nunca hemos ahorrado esfuerzos para cuidar a los muchachos. No hay una escuela mejor llevada en todo el colegio. Me he pasado aquí más tiempo que cualquier otro. La experiencia sirve para algo. Corley no podría haber estado mejor atendido.

Recorrieron el vestíbulo principal.

—No estoy criticándole —dijo Brannigan—. Si se ha ido, será por alguna razón. Es una lástima que no confiase en usted o en la señora Sherborne.

Se acordó de la sordera de la señora Sherborne. Su marido no era un profesor muy abordable, según el punto de vista de los muchachos, y se exigía mucha constancia para que ella, bienintencionada como sin duda era, prestara oídos a cualquier asunto. En general, era mejor que Mollie Robbins en la escuela de Hammond. El padre de Alison, sin pensarlo dos veces, no habría tenido el menor escrúpulo a la hora de elegir un personal más adecuado. Al incompetente y a la sorda se les habría dicho que abandonasen sus puestos. Estaba claro que Sherborne, a sus casi sesenta años, también habría dimitido. En los escasos minutos que llevaba atravesar el vestíbulo principal y entrar en su despacho, habría repoblado mentalmente la escuela con un personal joven, brillante y esmerado. En su sueño imposible siempre había dinero para pagarles, y el mismo edificio escolar se erguía, sólido y sin fisuras, sobre cimientos inamovibles.

Tomó asiento detrás de su escritorio y le dijo a Sherborne que continuara.

—¿Dejó alguna nota?

—No.

—¿Entró en el guardarropa a buscar su maleta?

—No caí en la cuenta de comprobarlo.

«¡Pues compruébalo, coño!», pensó Brannigan, pero lo expresó

con mayor corrección.

Convocó a todos los profesores y a los tutores de más edad y les mandó a registrar la escuela y los campos de deportes. Entretanto, Sherborne regresó para comunicarle que se había ido sin su maleta.

—Todas sus prendas están allí, excepto su ropa de diario y su impermeable. Ha dejado la cama sin hacer. Es probable que esté escondido en alguna parte de los campos de deportes.

Su voz, ronca de ansiedad, sonaba poco convincente.

—¿Y por qué tendría que hacer una cosa así?

—¿Por qué los chiquillos hacen cualquier cosa?

—Tiene once años. No es un crío. Es lo bastante crecido para razonar sus actos.

Sherborne sintió un dolor vascular en la parte posterior de su pierna izquierda, y se vio obligado a coger la silla más próxima y sentarse unos minutos. Cuando el dolor remitió, le recordó a Brannigan que Durrant había regresado dos veces a su casa sin ningún motivo.

—Nadie le intimidaba.

Brannigan pensó que nadie se atrevería, pero no lo dijo en voz alta. Durrant estaba un paso fuera del círculo, y siempre lo estaría. Corley era un chiquillo normal y corriente.

David Fleming había sido un chiquillo normal y corriente.

Lo había sido.

La ansiedad, que había estado acrecentándose como agua contra un dique, empezó a abrirse paso peligrosamente. Hizo un esfuerzo por contenerla.

Los grupos de búsqueda regresaron sin éxito al cabo de media hora.

A las nueve y cuarto telefoneó al padre de Corley a Bridgwater. Alison entró en su despacho y se sentó en la silla junto al hueco de la ventana. «Échale la culpa al chico —le instó silenciosamente—. No se lo comunique con tanto cuidado, tan a la defensiva. Deja brotar tu cólera. El chico te traiciona a ti, no tú al chico. Es afortunado al tener la oportunidad de estar aquí. Si te arroja a la cara esta oportunidad, entonces es un mocoso idiota y estúpido. Mi padre le habría arrancado el pellejo, pero tú no lo harás, ¿verdad?...», suponiendo que lo pillen. Razonarás amablemente con él, como haces con todos. Eres blando, ése es tu problema. No

puedes dirigir una escuela como una academia de baile para señoritas o una clínica de reposo. La compasión es tu ruina. ¿Por qué compadecer a alguien? Nadie te compadece a ti...». Las palabras cruzaban su mente a toda velocidad, por lo que no pudo oír lo que Brannigan decía; entonces se obligó a escuchar.

Aún estaba disculpándose, aún consolando.

—Trate de no preocuparse. Los chicos a veces actúan por impulso; quizás una pelea con otro muchacho, no lo sé... Sí, desde luego que tengo intención de llamar a la policía... No, no creo que fuera aconsejable que viniese. Probablemente no ha ido muy lejos, pero siempre existe la posibilidad de que se dirija a casa. Es más aconsejable que se quede ahí y me avise cuando llegue... Sí, naturalmente, le mantendré informado. Siento tener que darle una noticia tan perturbadora. Pronto podré darle otra buena, espero... Sí, estoy de acuerdo, es un muchacho muy sensato y simpático... No, estoy seguro de que no se habría marchado sin motivo... Se lo aseguro... Es natural que esté preocupado... Intente conservar la calma, en bien del muchacho... Cuando se presente, procure no excitarse... Dele recuerdos y manifiéstele mi solidaridad a la señora Corley, y garantícele que estamos haciendo todo lo posible para encontrar al muchacho..., para encontrar a Neville.

Colgó el teléfono, sudando un poco. Había amañado la conversación, evitando cuidadosamente usar el nombre del chico hasta que su padre lo mencionó. Neville. Él nombre había huido de su mente. No hablaba muy a favor de la calidad de la custodia el que el nombre de pila de un chico fuera tan esquivo como la semilla de diente de león en la brisa.

Deseó que Alison dejara de mirarle de aquel modo. ¿Qué esperaba que hiciese? ¿Azotarse las botas con una fusta mientras comunicaba la noticia?

—Y ahora... ¿qué? —preguntó ella con voz cansada—. ¿La policía?

—La policía. Y después el coronel Goldthorpe.

—Y también el resto de directores, supongo. Es como vivir en los días de la inquisición. ¿Por qué arrastrarlos a esto?

—Es mejor que se enteren por mí directamente.

—Es mejor que nadie se entere en absoluto. Podrías haber aguardado una hora más antes de decírselo al padre del muchacho.

Y antes de llamar a la policía.

Se agarró a su paciencia.

—Un niño ha desaparecido, un niño está en peligro...

—Y la escuela está en peligro. Lo ha estado desde que el hijo de Fleming murió.

La ignoró y comenzó a marcar el número de la comisaría de policía de Marristone. El inspector Grant se puso al aparato, y de él obtuvo el apoyo que necesitaba. La escuela sería registrada —esta vez profesionalmente— y también el campo circundante. Se alertaría a todas las patrullas tan pronto como él tuviera los datos personales del muchacho. Se personaría en la escuela al cabo de quince minutos. En tales casos, por lo general se encontraba al niño con bastante rapidez. Grant hizo que sonara muy fácil, como algo corriente. Brannigan imaginó una hilera de Corleys a lo Flautista de Hamelin, avanzando por el campo y tropezando uno por uno con la voluminosa barriga de Grant.

También se había mostrado muy frío y flemático en el caso de David Fleming. En aquella ocasión le habían obsequiado con un hecho consumado; ahora había la posibilidad de hacer algo.

En cuanto colgó el teléfono, volvió a sonar en seguida.

—¿Es el director, el señor Brannigan?

—Sí.

Pensó que era la señora Corley, y sintió una sacudida de consternación. Hablar con el padre del muchacho ya había sido bastante malo.

—Soy Lorena Durrant, la madre de Steven.

La voz chillona debería haberle resultado familiar, y ahora que volvía a oírla le refrescó el recuerdo de varias conversaciones irritantes sostenidas con ella tiempo atrás.

—Buenos días, señora Durrant.

Su mirada se cruzó con la de Alison, y por primera vez aquel día los unió la solidaridad.

—Buenos días. —Soltó el saludo como si expulsara una avispa por una ventana, y luego entró rápidamente en materia—: El martes fue mi cumpleaños. Recibí un extraordinario regalo de Steven. Realmente, no consigo recuperarme de la sorpresa.

«¡Dios mío! —pensó Brannigan—. Está refunfuñando a causa del libro de Keats». Recordó la turbación de Durrant cuando

permaneció en el umbral de su despacho y pidió permiso para bajar al pueblo a comprarlo. ¿Por qué, en nombre de la cordura, le telefoneaba para quejarse? Y en aquel preciso momento.

Intentó no hablar con irritación, pero fue en vano.

—A algunas personas les gustan esas cosas. El muchacho intentaba complacerla.

—Oh, ¿así que usted lo sabía? Pensé que tal vez no...

—Sí, me pidió permiso para bajar al pueblo a comprarlo.

Las palabras, como balas saliendo del cañón de un revólver, estallaron ásperamente.

—¿Y de dónde sacó el dinero, señor Brannigan? ¿Puede responderme a esto?

Ella estaba malgastando valioso tiempo telefónico, y estuvo tentado de colgar, pero si lo hacía ella volvería a llamar, una y otra vez.

—Estoy ocupado, señora Durrant. ¿No cree que podría ir al grano?

—Al grano... Oh, sí, señor Brannigan, puedo ir al grano. El grano es la cantidad de dinero que mi marido le manda a Steven... y no me manda a mí. ¿Qué intenta hacer? ¿Comprar el afecto del chico? ¿Engatusarle para que se aleje de mí?

Brannigan, indeciso, esperó. Ninguno de los dos le daba a Durrant el mínimo afecto; y menos aún por medio del dinero. Y las dádivas de su padre eran terriblemente parcas, tanto en dinero en efectivo como en interés.

Al no obtener respuesta, ella prosiguió:

—Al principio no pensé nada en particular. No estoy muy enterada de estas cosas. Entonces, uno de mis amigos la vio y leyó el nombre. ¿Le sorprendería saber que no le costó a Steven ni un penique menos de ochenta libras?

A Brannigan le sorprendió sobremanera. Aquella mujer debía de estar loca. La librería local no compraba primeras ediciones.

Habló suavemente:

—Su amigo debe de haberse equivocado. Steven se gastó menos de cinco libras.

—No en esa cámara. Mi amigo es un experto. Se ha dedicado a la fotografía de modelos para el mercado artístico de alta calidad. Si el padre de Steven le da esa cantidad de dinero para sus gastos,

entonces es que gana mucho más de lo que me dice.

Brannigan, apunto de decir que no se trataba de una cámara, se contuvo. Si ella decía que lo era, lo era. Incluso Durrant sería lo bastante prudente como para no enviarle a su madre un libro de poemas amorosos. Pero ¿por qué decirle que iba a comprar un libro de Keats cuando en realidad no fue? ¿Y de dónde sacó el dinero? Obviamente, si no de su madre, entonces de su padre. Su padre podía haber ganado en las carreras de caballos o algo así. Pero, entonces, no se lo habría mandado al muchacho. ¿O sí? Hammond tal vez lo supiera. Como profesor, era responsable del dinero de los chicos.

Le dijo a la señora Durrant que la pondría con Hammond, y luego recordó que estaba en clase.

—Mejor dicho, le pediré que la llame tan pronto como esté libre.

—También quiero hablar con Steven.

—Naturalmente. Asimismo lo dispondré.

Fue después de colgar el teléfono cuando recordó que Durrant había acudido a él para pedirle el dinero, y que le había dado seis libras. ¿Ochenta? Aquella estúpida se acostaba con un fotógrafo porno que era un cretino o estaba borracho como una cuba.

—¿De qué estabais hablando? —inquirió Alison.

—De tonterías. El compañero de cama de Lorena Durrant es un idiota rematado.

—Es una pena —dijo Alison— que no puedas usar siempre ese tono de voz.

Después de que la policía llegara y se marchase, dejándole la sensación de que podía apoyarse contra un sólido, profesional y reconfortante muro, apareció Goldthorpe y, con eficacia, lo echó de nuevo abajo. Le dijo más o menos lo que Alison le dijera, y añadió que debería ponerse en contacto con Lessing sin dilación. Incluso había usado la expresión «sin dilación». «Las pérdidas financieras importantes» se daban también a menudo. La muerte de David Fleming era una herida; la desaparición de Corley, un posible golpe mortal. Brannigan, harto de él, le dijo con sequedad que sus metáforas militares estaban completamente fuera de lugar. Había desaparecido un niño, y él estaba preocupado por la seguridad de ese niño. En aquel momento, su seguridad se centraba ahí y en ninguna otra parte.

Sorprendido, Goldthorpe se rindió un poco.

—A pesar de todo, no estaría de más que viniera Lessing, señor director. Como antiguo alumno, lleva el bienestar que le proporcionó la escuela dentro de su corazón.

—¿Y yo no? ¿Es eso lo que insinúa?

Goldthorpe se despidió malhumoradamente.

—No insinuo nada de nada. ¡Vaya tonterías que dice! Volveré a ponerme en contacto con usted en cuanto esté más tranquilo.

Brannigan acompañó a Goldthorpe a la puerta y, antes de cerrar, advirtió que Jenny se dirigía hacia la escalera. La llamó:

—Enfermera Renshaw, ¿podrías concederme un par de minutos?

—Sí, claro.

Le habían informado de la desaparición de Corley, y estaba tan preocupada como él.

—Lo lamento mucho —dijo impulsivamente—. Ya sé lo que siente.

La invitó a sentarse.

—Jenny..., ¿conoces el nombre de pila de Corley?

La pregunta le extrañó.

—Sí. ¿Usted no? Es Neville.

—Ni siquiera has tenido que pensarlo, ¿verdad?

Ella no comprendía el rumbo que tomaba el asunto y él no se lo explicaba.

—Es un chico menudo, pelirrojo, de once años, con dientes salientes y acento de Somerset; ¿estoy en lo cierto o no?

—Sí.

Había reconstruido con lentitud la cara del chiquillo en su mente, después de llevar a cabo una reconstrucción mental de todos los demás niños de la escuela; como un retrato robot compuesto poco a poco, Corley había aparecido por fin. Una fotografía escolar que Sherborne desenterró lo había confirmado. La policía trabajaba a partir de ella.

—Tú conoces bastante bien a los chicos, Jenny.

—La mayoría de ellos han pasado por mi enfermería alguna que otra vez.

—Háblame de Corley. —Rectificó—: Háblame de Neville.

La pregunta despertó un eco en su mente: «Háblame de David».

Respondió, pensativa:

—Es introvertido. Aprensivo. Dice que está bien cuando no lo está por miedo a que le digan que está peor de lo que está. —Hizo una pausa preguntándose si eso tenía sentido, y decidió que sí. Intentó aclararlo mejor—: Un día que le tomé la temperatura, le pillé metiendo el termómetro en un vaso de agua fría antes de dármelo.

—¿Y qué deducimos de eso? ¿Que no pediría ayuda a nadie..., ni siquiera a ti?

—No sé si necesitaba ayuda. Si la necesitaba no acudió a mí.

—¿Has oído algún comentario de los otros muchachos acerca de él?

—No. Era un solitario. Se guardaría lo que fuera para sí mismo.

—Ya veo. —Se arrellanó en la silla y la miró—. Y ahora háblame de Fleming. De Fleming padre.

Ella eludió su mirada.

—No sé a qué se refiere.

—Jenny... Vives en una pequeña comunidad dentro de un pueblo pequeño. La esposa de uno de los profesores me dijo que te vio en un coche azul con John Fleming la pasada noche.

Esperó que no supusiera que la esposa del profesor era Alison. Alison había seguido hablando de cuán poco recomendable era un miembro del personal que se asociara con Fleming, «puesto que es terriblemente hostil». Él la había irritado respondiéndole a la ligera que en esta época a los colaboradores no se les rapa la cabeza.

Jenny, convencida de que fue Alison, decidió no decírselo. Brannigan ya sufría bastante.

—¿Me está prohibiendo ver a John Fleming?

Él sabía que lo mismo daría que lo hiciese.

—No. Eres libre de hacer lo que gustes. Y entender tu lealtad de la forma que quieras.

—La lealtad no es una bandera que se lleva en la mano. Haría todo lo que pudiera por ayudar a Fleming. Si la escuela fuera culpable de algo, usted no lo ocultaría. Si yo pensase de diferente manera, hace tiempo que habría renunciado.

Lo tomó como el cumplido que era y se lo agradeció.

Notando que era el momento correcto de pedirlo, dijo:

—Quisiera tener tiempo libre para asistir a la encuesta mañana por la tarde.

Reparó en que ella adoptaba una actitud de defensa, como esperando una negativa.

—Por supuesto que puedes ir. Alison estará sentada a solas mientras yo presto declaración. No puedo persuadirla para que no acuda. Está extremadamente inquieta y preocupada. Que tú estés con ella la ayudará.

Sujetar la mano de Alison no había sido su intención, pero no había escapatoria.

Le comunicó que Lessing representaba a la escuela.

—Y me han dicho que habrá un jurado. —Había sido Lessing—. Siete comerciantes locales.

Lessing le dijo: «Todos apoyando la escuela. Ellos la alimentan, la reparan, la pintan y limpian sus ventanas». Ante el código moral de Lessing, Brannigan había comentado ácidamente: «No es probable que nos dejen en la estacada», y Lessing lo había tomado como una broma sin que lo fuera.

Un par de horas más tarde, a la hora de la comida, Lessing llegó a las dependencias de la escuela. Entró directamente en el comedor, encontrándose en la puerta con Alison, que se encaminaba a la cocina a buscar el café. Quiso invitarle pero él declinó la invitación.

—No puedo quedarme. Tengo una cita con un cliente dentro de veinte minutos.

Cuando ella no pudo oírles, se dirigió a Brannigan, agraviado.

—Deberías haberme informado, ¿no crees?

—¿No lo hizo Goldthorpe?

—Sí..., pero después de que lo oyese yo en el pueblo.

—¡Maldita sea! —Brannigan cerró con fuerza la mano derecha y luego desplegó lentamente los dedos. Respecto al cotilleo, la escuela era como agua pasando por un colador.

Lessing se encogió de hombros.

—El lugar es un hervidero de policías. ¿Qué esperabas...? ¿Tienes ya alguna noticia del muchacho?

—No.

Había estado llamando a la comisaría de policía cada hora, y el padre de Corley había estado llamando incluso a intervalos más frecuentes. El timbre del teléfono era como la protección de cinta aislante de los cables eléctricos. Se preguntó si encontrarían al niño antes de que su punto de ignición personal abrasara su control.

—Siéntate —dijo Lessing—. Tengo algo que decirte. Y no es agradable.

La cara de Brannigan pareció enflaquecer de una forma tan visible que los huesos se le marcaron más de lo habitual.

—Adelante.

—Creo que el niño que ha desaparecido tenía una buena razón para desaparecer... si es el niño que vi aquí el otro día.

—Describemelo.

—Alrededor de diez u once años, pequeño, pelirrojo. Estaba asustado hasta el extremo de vomitar.

Siguió contándole a Brannigan que el chico corría desde la dirección de la hondonada.

—Fui a investigar, pero no vi a nadie. No tengo ninguna duda de que había alguien allí. ¿Corresponde la descripción con el muchacho?

—Sí.

—Entonces tiene un problema entre manos; un grave problema. No te lo mencioné porque ya estás bastante preocupado con el caso Fleming. Pretendía explicártelo tras la encuesta. Ha sido un error por mi parte. Lo siento.

—Obviamente, había un motivo para su fuga —dijo Brannigan cansinamente—. No es agradable obtener la confirmación. ¿Has dicho que vomitó?

—Sí..., de miedo. Y le habían atado las manos. Intentó aflojar el nudo.

No añadió que había arrojado la corbata a los arbustos: un temporal desentenderse de una situación inquietante.

—Es algo más que un asunto normal de intimidación. Creía que estaba cargando demasiado las tintas con el accidente de Fleming. Ahora ya no estoy en absoluto seguro de que fuera un accidente. No lo diré así en la encuesta, desde luego, pero te lo digo a ti. *Praemonitus, praemunitus*. El hombre prevenido vale por dos. Ya lo ves, no he olvidado el latín. —Sonrió untuosamente, pero con genuina simpatía—. Es una escuela extraordinariamente buena.

Alison esperó que se fuera antes de regresar.

—¿Qué quería?

Decidió no contárselo.

—Se enteró de lo de Corley... a través de Goldthorpe.

—Y a juzgar por tu aspecto, te hizo ver la seriedad del asunto. El buen nombre de la escuela arruinado por un pequeño mocoso irresponsable... ¿Adónde vas?

Se dirigía hacia la puerta. A punto estuvo de decir: «A respirar, lo más lejos posible de ti».

—A mi despacho. Durrant puede telefonar a su madre desde allí.

—¿Durrant? ¿Estás preocupado por Durrant... ahora? ¿En un momento como éste?

Sí, pensó; estaba particularmente preocupado por Durrant en un momento como aquél.

Primero fue a buscar a Hammond. Le había pedido que hiciera cuanto antes la llamada.

—O ella va a saturar la línea.

No se había tomado la molestia de preguntarle el resultado. Se lo preguntó ahora.

—Está chiflada —repuso Hammond apaciblemente—. Le dije que el chico había empezado el curso con ocho libras en su cuenta, y que si le hubiera llegado más dinero me lo habría dado para que se lo guardara. Quiso saber si le abría las cartas. Le contesté que mi cometido aquí era enseñar, no encargarme de un departamento de censura.

«Imprudente», pensó Brannigan, pero no se lo reprochó.

—No le sentó muy bien. Incluso tuvo la desfachatez de hablar del deber moral de abrir sus cartas. ¡Deber moral! ¡Señora Durrant!

Era lo más divertido que le había ocurrido en muchos días.

—¿Y entonces?

—Entonces uno de los muchachos nuevos, Wilkinson, atravesó el pasillo corriendo con sus botas de fútbol, con otro persiguiéndole. Ya conoce las normas sobre este punto. Arrancó un trozo de *parquet*; el que acababan de reparar en el sitio donde se filtraba la humedad.

—Y tú terminaste con la señora Durrant y te ocupaste de ello.

—Exacto.

—¿Crees que el padre del muchacho le envió dinero?

—No, director. ¿Tú lo crees?

—No —dijo Brannigan—. No lo creo. Pero tengo intención de preguntárselo.

A Hammond le llevó casi media hora encontrar a Durrant, y en

ese tiempo Brannigan volvió a ponerse en contacto con la policía. Aún no había noticias de Corley. Minutos después, el padre de Corley llamó a Brannigan. Tampoco disponía de noticias, y su tensión se manifestaba en forma de agresividad apenas encubierta. Brannigan escuchó con fatiga sus críticas. En general, pensó, eran justas. En aquel momento le habría cedido con satisfacción la escuela invitándole a que la dirigiese..., sólo para que se diera cuenta de lo fácil que resultaba. Tuvo la visión de una finca en Escocia, situada a muchas millas de cualquier parte, sin un solo ser humano a la vista.

Durrant llamó a la puerta y entró.

—¿Quería verme, señor?

De algún modo extraño, parte del servilismo del muchacho había desaparecido. Nunca se había humillado exactamente ante Brannigan, pero había tendido a agachar la cabeza y musitar. Brannigan, captando una mirada de sus ojos, se sintió incómodo, como si le estuvieran inspeccionando y descubriéndole defectos. Era una mirada que Alison solía dedicarle —en especial durante los últimos días—, pero nunca la había advertido en Durrant.

Fue al grano sin rodeos:

—¿Cuánto dinero te gastaste en la cámara de tu madre, Durrant?

La pregunta le desconcertó visiblemente.

—¿A qué se refiere, señor? ¿Qué cámara?

—Déjate de evasivas. No tengo tiempo que perder. La cámara que le regalaste por su cumpleaños. Tenía que ser un libro de Keats. Evidentemente, cambiaste de idea.

Durrant perdió unos centímetros.

—No mucho, señor. Pretendía comprarle el libro de poemas, señor. Pero vi la cámara en Franklin's

..., la tienda de artículos usados en la esquina de la calle Brook.

—¿Cuánto pagaste por ella?

—Cuatro libras y media. —Adoptó un tono conciliador—. Y luego compré la maquinilla de afeitar, señor. La que me dijo que me comprara. —Se frotó la barbilla—. Va muy bien, señor.

—¿Tienes un recibo?

—¿De la maquinilla de afeitar? —Vio la expresión de Brannigan y continuó apresuradamente—: ¿De la cámara? Sí, señor, tenía un

recibo. Pero no los guardo, a menos que sean por mucho dinero. Lo tiré.

—¿Tienes mucho dinero? De tu padre, por ejemplo.

La sorpresa de Durrant fue auténtica. Parecía estar buscando en su mente el motivo de una pregunta tan estúpida. Al final creyó que lo había encontrado.

—Aquel dinero que me adelantó, señor. ¿Lo ha recuperado, verdad? Se lo dije al señor Hammond y le pedí que se lo devolviera.

—Sí, lo he recuperado. ¿Últimamente has recibido de alguien una suma importante de dinero?

—No he tenido esa suerte... —Advirtió de nuevo la mirada de Brannigan—. No, señor.

—Tu madre parece pensar que sí. Me llamó esta mañana y quiere hablar contigo. Podrías telefonarla ahora. —Le señaló la butaca de piel marrón—. Ve a sentarte allí y llévate el teléfono. Yo tengo que revisar estos papeles.

Supuso que Durrant le molestaría menos si no hacía la llamada en el escritorio. El muchacho vaciló. Brannigan mintió con irritación.

—No escucharé.

Cuando Durrant descolgó el teléfono y empezó a marcar, Brannigan reparó por primera vez en sus manos. Eran grandes, y huesudas, con nudillos prominentes. Las uñas, bien cortadas y pulcras. De algún modo había esperado que las tuviera roídas hasta la raíz. En conjunto, su apariencia era desastrada, pero ello se debía principalmente a la forma en que el pelo le crecía en el cuello y a las patillas que la hoja de afeitar había evitado cuidadosamente. Parecía un robusto bruto juvenil, pero un robusto bruto juvenil que se duchaba a diario sin que tuvieran que decírselo. Era un niño en el cuerpo de un hombre..., pero a veces no era un niño en absoluto.

En aquellos momentos sí era un niño.

Toda su actitud, cuando se puso en contacto con su madre, hizo que los años se desprendieran de él. Su evidente placer al oír su voz, se manifestó en el leve rubor de sus mejillas y en la relajación de su postura. Se acomodó en la butaca, meciendo el teléfono en su rodilla, acariciando distraídamente el cable con la mano izquierda.

—Muchas felicidades por el martes. ¿Te gustó mi postal? ¿Y el regalo?

Brannigan no podía oír la parte de conversación de Lorena, pero pudo ver su efecto. Fue como si un viento imprevisto y glacial hubiera pillado desnudo al muchacho. Su mano dejó de acariciar el cable.

—¿Qué quieres decir..., mi padre...? ¿Y por qué tendría que hacerlo...? ¿Qué amigo...? Creo que no lo conozco... —Ahora el hielo se había apoderado de su voz—. ¿Cómo puede saberlo tu amigo...? ¡Ochenta libras! —Genuina sorpresa—. ¿Crees que me gasté ochenta libras...? Si las tuviera, entonces me las gastaría... para ti.

Brannigan apartó la vista.

—No, no veo mucho a mi padre... —dijo Durrant, sombrío—. No, no escribe con frecuencia. Y tú tampoco... No, no estoy cambiando de tema... Si prefieres creer a tu amigo antes que a mí... —Una larga e ininteligible serie de invectivas, que pareció clavar agujas en la piel de Durrant y dejar pequeñas zonas enrojecidas de dolor en su cara—. De acuerdo, ya lo sé... No estoy criticándote... Sí, tienes que tener a alguien... Ya lo sé... No lo intentaba... Era sólo un regalo que pensé que te gustaría... Siento que no te gustara... ¿Por qué sigues aún con eso? Ya sé que el dinero es importante... Sí, se lo diré a mi padre, sí... No, no estoy mintiéndote... No tengo di... Si lo tuviera te lo dejaría...

La voz se secaba, las palabras se formaban con dificultad. Brannigan volvió a mirarle. La cara del muchacho se había endurecido, como soportando el dolor de una fresa de dentista. Fue el primero en colgar porque ya no podía soportarlo más. Se incorporó despacio y llevó el teléfono hasta el escritorio. Miró a Brannigan como si fuera una aparición al final de un largo túnel. Y entonces lo reconoció.

—Gracias, señor.

—Las mujeres —dijo Brannigan pausadamente—, madres incluidas, son criaturas caprichosas. Probablemente le gustó mucho tu regalo. Alguien la engañó con el precio, eso es todo.

Había tenido intención de interpelar a Durrant acerca de Corley, pero no pudo. Sería como darle el pisotón de gracia después de que los crueles tacones de su madre le hubieran pisoteado por completo.

Al salir del despacho de Brannigan, Durrant fue directamente hacia el almacén de accesorios del gimnasio. El sol que caía oblicuamente desde la ventana calentaba el montón de esteras de fibra nuevas, haciendo que su olor y aspecto recordaran el pan de jengibre. Eran los únicos artículos recientes del lugar. Arrastró un par de esteras hasta una esquina detrás de la puerta y se sentó. Aún no podía ver a nadie. Las últimas palabras de Brannigan eran como fuego en su pecho. Estaba más cerca de las lágrimas que nunca.

¡Al carajo con su madre, al carajo con la gilipollas de su madre! Y entonces, puesto que todo era tan insoportable, la suprimió por completo de su mente y dejó que la fuerza de su dolor y su rabia se descargaran sobre el hombre con quien estaba. Un fotógrafo. Un mariquita, bocazas, enteradillo fotógrafo de mierda. ¡Ochenta libras! Si la cámara de Corley hubiera valido ochenta libras, Corley no se la habría entregado tan fácilmente. De cualquier modo, ¿quién le daría a un niño de diez años, o los que tuviera, una cámara tan valiosa? ¿Qué clase de padres imbéciles harían semejante cosa? ¿Qué era el viejo de Corley? ¿El director de un banco? ¿O un maldito Onassis?

Ahora se arrepentía de haber acudido a Brannigan para el dinero del certificado. Si no lo hubiera hecho, no podría haber enviado el puñetero trasto. Un billete de cinco para un libro de Keats le había parecido una bonita y redonda cantidad, y además una pequeña broma. Ahora había dejado de serlo. Y lo sería mucho menos si Corley se chivaba.

Se preguntó adónde habría ido Corley. Si se dirigía a su casa, un chico con algo de inteligencia ya habría llegado. Por la noche había llovido. Si la pasó a la intemperie, el frío y la humedad probablemente le matarían. Al respirar, su pecho crepitaba... o quizá sólo se debía a que respiraba de una forma extraña. Cuando lo sujetó en la hondonada, su respiración había producido un sonido chirriante, como de fuelle oxidado, y sus labios se habían vuelto azules. Había sido asqueroso que le vomitara encima.

El recuerdo era desagradable y lo suprimió.

Empezó a construir en su mente una imagen del fotógrafo. Lo vio pequeño, gordo y asustado; al no satisfacerle esta versión, comenzó a aumentar su tamaño. Un enemigo tenía que ser digno de él. El padre de Fleming lo era. Su odio le confería tres metros de

altura. Intentó darle las mismas proporciones al fotógrafo, pero la imagen no cuajó. Lo seguía viendo pequeño, gordo y grasiento, tendido desnudo en una cama, en compañía de su madre. Liquidarlo sería como matar un cerdo. La sangre caería sobre su madre, profanándola. Su incapacidad de controlar sus fantasías le aterrorizó. Hasta ese momento, siempre pudo deambular por cualquiera de los pasadizos mentales que escogía. Su sensación de supremacía nunca se debilitó. Ahora se sentía utilizado, como si otras manos controlasen la central eléctrica y él no pudiera apartarlas.

Había alguien caminando por el gimnasio; se mantuvo inmóvil deseando que, quienquiera que fuese, se largara.

Un chico pequeño, con el pelo negro y ojos tan marrones como peniques, llegó y permaneció en la puerta. Durrant no lo había visto nunca, o si lo había visto no se había fijado en él. Tendría unos siete años.

—Perdóname...

Su voz era aflautada; denotaba sus buenos modales. Su madre se habría burlado de ella calificándola de «lechuguina».

—¡Vete al pedo!

El muchacho pareció haberlo escuchado, pero se hubiera dicho que no daba crédito a sus oídos.

—He venido a buscar una pelota de béisbol para el señor Innis. Creo que están en esa cesta de ahí.

Comenzó a pasar delicadamente por encima de la pierna extendida de Durrant. Durrant la levantó, haciéndole una zancadilla. El niño cayó cuan largo era sobre sus manos. Le temblaron los labios.

—Realmente no puedo irme sin ella.

—No, realmente no puedes, ¿verdad? Tal vez ahora que estás aquí no puedas irte de ninguna manera. —Durrant sintió que su sombrío humor mejoraba—. ¿Cómo te llamas?

El niño, tan inmóvil como una araña observada desde muy lejos por alguien con un enorme pie mortífero, tardó uno o dos minutos en contestar:

—Peter.

—Aquí no eres Peter. Has dejado de ser Peter hasta que te vayas. ¿Cuál es tu segundo nombre?

—Christopher.

—Peter Christopher, ¿qué?

—Nada. Peter Christopher. Mi padre es el dueño de Cerámicas Christopher, en Stoke.

—¿El dueño? Ah, ¿sí? ¿Y qué hace en su fábrica de cerámica? ¿Orinales?

Su piel blanca se sonrojó.

—Hace las mejores vajillas y juegos de té del mundo.

—¿Es rico tu viejo?

—Hablar de dinero era de mal gusto.

—Realmente no lo sé.

—¡Realmente no lo sabes! Realmente no eres muy listo, ¿verdad?

Durrant se inclinó sobre el niño y remangó el puño de franela gris de su muñeca derecha. Miró con disgusto el reloj Mickey Mouse.

—¿Esto es lo mejor que tu viejo puede regalarte?

Las lágrimas se aproximaban a la superficie.

—A mí me gusta.

—A eso me refiero... Eres lerdo.

—El señor Innis necesitaba la pelota... Realmente he de cogerla.

Durrant alzó la pierna como una barrera.

—Aún no he terminado de hablar contigo. ¿Qué te regaló tu viejo por tu cumpleaños? ¿Un pato de juguete para ponerlo en la bañera?

—Precisamente —lo dijo con gran dignidad— me regaló un caballo; uno auténtico.

—Vaya, vaya... ¡Casi nada! Así que la fábrica de orinales da pasta, ¿verdad?

—Ya te he dicho que mi padre hace...

—Orinales. Tiene orejas como asas de orinal, ¿no lo sabías? — Durrant se arrodilló y apretó las orejas del chico contra su cráneo—. Así es como debieran ser...: planas.

—Me haces daño.

Cuando sus orejas palidieron bajo la presión, los ojos del niño se enrojecieron por las lágrimas. Fascinado, Durrant apretó con más fuerza y las lágrimas brotaron, deslizándose hasta las comisuras de su boca firmemente cerrada. Se preguntó hasta qué punto tendría

que apretar antes de que la boca se abriera y el niño empezara a desgañitarse. Por el momento había olvidado su propio dolor y comenzó a sentirse eufórico. El polvo danzaba en el rayo de sol. La piel y el cartílago bajo sus dedos eran como las notas de un órgano: apretar más fuerte y el sonido se produciría.

Innis, desde el portal, gritó:

—¡Durrant!

Durrant, reorientándose gradualmente, aflojó la presión y sus manos cayeron a sus costados.

El niño, consciente de que la puerta de la cámara de torturas estaba abierta y de que el libertador se hallaba junto a ella, empezó a temblar suavemente de la cabeza a los pies.

—Está bien —dijo Innis, tranquilizador—. Coge la pelota y vete.

—Sí, señor.

Cuando el niño se agachó sobre la cesta de pelotas, Innis vio que sus orejas, bajo su pelo negro, eran de color escarlata. Esperó que el niño abandonara el cuarto antes de volverse hacia Durrant.

—¿Qué demonios te pasa a ti?

—No sé qué quiere decir.

—Ve a mi despacho esta noche a las siete en punto, y te diré precisamente lo que quiero decir.

Los ojos de Durrant se volvieron blandos como lapas.

—Sí, por supuesto que iré. Lo que acaba de ver podrá haberle parecido un trato algo duro, pero la actitud del muchacho... Él...

—Resérvate las excusas para más tarde. Tengo una clase de educación física afuera. Siete en punto.

—Sí.

—¡Sí, *señor!*

Durrant le miró con ligera sorpresa.

—Sí, señor. Lo que usted diga, señor.

—Y sal de aquí y vuelve a tu clase.

—Estaba a punto de ir, señor.

Pasó indolentemente junto a Innis y salió al exterior después de atravesar el gimnasio. Innis, ceñudo, le miró alejarse.

8

FLEMING PASÓ diez minutos en la funeraria, y luego intentó quitarse de encima la experiencia. El pequeño ataúd estaba sobre un caballete cubierto de terciopelo púrpura. Incluso sonaba música plastificada. No tenía en absoluto nada que ver con David. Deseó tener algo de fe en una vida espiritual. A menudo, ráfagas de conversación con David cruzaban su cabeza: «Es un puesto en París. Te habría gustado París». Y ahora, mientras caminaba por el sendero del acantilado: «A tu avión se le cayó la hélice. El aire que entraba por la ventana lo sacudió. La madera de balsa es un material muy frágil».

Terciopelo púrpura.

Brahms.

Disculpas no expresadas cargaban la atmósfera.

La separación de espíritu y cuerpo le indujo a pensar en el cuerpo físico. No creía en el espíritu, pero le hablaba. Rectificación...: hablaba con David.

O hablaba consigo mismo.

Deseó poder ver de nuevo a Shulter, pero renunció a buscarle. Un encuentro casual podía ser provechoso, pero un encuentro acordado de antemano en la rectoría se parecería demasiado a una cita profesional con un médico o un dentista. «Sus síntomas, Fleming, son los propios de esta fase de la enfermedad. Tome una dosis de fe dos veces al día y el pronóstico mejorará».

De camino a la funeraria, había atisbado el interior de la iglesia, un edificio de finales de siglo, de ladrillo rojo, situado en la esquina

de la calle Principal de Marrison. Había parecido correcto, especialmente en atención a Ruth, aceptar el ofrecimiento de Shulter de celebrar allí la misa. Era difícil racionalizar su respeto por lo que él creía que habrían sido los deseos de Ruth, cuando Ruth ya no estaba presente. Mirar al interior de la iglesia fue un poco como mirar por adelantado un espada de ejecución, para que la familiaridad redujera la conmoción de verla aquel día. No estaba seguro de poder soportar el funeral, pero hasta allí había llegado y sobrevivido. En el altar había un cuenco de primeras flores de verano, y algunos pétalos de petunia habían caído sobre el mantel blanco, formando un desaliñado charco rosa. El desaliño lo hacía más aceptable. David también dejaba las cosas por todas partes.

Lo mismo que Jenny.

Su dormitorio habría inspirado a Herrick un poema. Dulce desorden. Agreste cortesía. Era más desaliñada que un demonio.

Al volver a *The Lantern*, hizo un par de fallidos intentos de llamarla a la escuela. En cada ocasión la línea estaba ocupada. Después de comer se acercó en coche hasta su casa de la calle Nelson, y con un impulso se detuvo y tocó el timbre. No había nadie. Recordó que le había dicho que estaría trabajando. No sabía qué hacer durante el resto de la tarde. El tiempo, que hasta el momento había avanzado como una ola ascendente, pareció llegar perezosamente a su nivel límite y detenerse.

Decidió regresar a *The Lantern*, y fue allí donde se tropezó con el reportero que le explicó lo de Corley. Era el mismo que había redactado la noticia en el *Marrison Herald* sobre David. Su encuentro previo no había sido muy apacible, pero esta vez era Kenilworth quien tenía noticias que comunicar. Detuvo a Fleming en el exterior del bar.

—Un niño ha desaparecido del Caserío.

—¿Qué?

Fleming, aún demasiado inmerso en su propio mundo orientado hacia David para ser capaz de pensar en cualquier niño que no fuera él, al principio no pudo captar lo que decía Kenilworth.

—Un chiquillo, más o menos de la misma edad que su hijo, ha desaparecido de la escuela —explicó Kenilworth pacientemente—. Se ha puesto en marcha una gran operación policial de búsqueda. Brannigan no quiere hablar. Sólo he conseguido la habitual

cháchara rutinaria de las oficinas de la poli. ¿Cuál es su opinión, entre nosotros, al menos por ahora?

—Ninguna —repuso Fleming escuetamente—. ¿Qué espera que opine?

A pesar de todo, la noticia le había impactado y no podía ocultarlo. Era como una piedra arrojada a un estanque, que originase un nuevo círculo dentro de uno ya existente. Deseó que, dondequiera que estuviese, el niño se encontrara sano y salvo.

—¿No quiere hacer ningún comentario?

—¿Qué espera que diga? ¿«Bravo por el chico por haber saltado el muro a tiempo»?

—Es usted muy precavido, señor Fleming. —Los ojillos azules de Kenilworth le miraron pensativos—. No voy a ponerle en un proceso por difamación. Sé perfectamente dónde está el límite. Pero, como padre, usted sabrá lo que siente el padre del muchacho. Un comentario que no trascendiera ese límite no vendría mal.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Una declaración de solidaridad?

—Algo así.

Una concentración de padres en una masiva marcha de venganza contra la escuela.

—Lo siento —dijo Fleming—. Usted tiene un trabajo que cumplir y no es nada fácil, pero no voy a concederle ninguna declaración.

—¿Y tampoco puede hablarme de la encuesta de mañana?

—No hay nada de lo que no pueda enterarse usted mismo mientras esté allí. Usted asistirá, por supuesto.

No era una pregunta.

—Sí que asistiré. —Y añadió—: Profesionalmente, debemos parecer una pandilla de tipos duros, pero la mayoría tenemos hijos... No en el Caserío; nuestro salario no nos lo permite, y por primera vez me alegro de ello. Sé cómo se siente, y sé cómo se siente el padre de Corley. Por desgracia, mi apoyo no tiene el menor peso.

Se despidió, con una mueca de derrota. Por el momento, a Fleming no le arrancarían una palabra, pero siempre quedaba el día siguiente.

Thirza llegó a *The Lantern* unos minutos después de las cinco, y le dijeron que Fleming le había alquilado provisionalmente una

habitación. Tenía la firme intención de quedarse allí, fuera cual fuese su aspecto, tan pronto como confirmasen la reserva.

—¿Se encuentra aquí el señor Fleming?

El recepcionista le dijo que estaba tomando el té en el salón de huéspedes del primer piso, y la acompañó. El salón, en sus orígenes un dormitorio, contenía muebles oscuros de imitación piel, y el papel de pared era rojo jaspeado. Su estrecha ventana salediza miraba al mar. Fleming, con la taza de té intacta sobre la mesilla de roble que había junto a él, le daba la espalda, mirando el paisaje.

—No es que sea mi ambiente..., como dijiste —comentó ella con suavidad.

La sorpresa le sacó de su ensueño; se volvió, sonriéndole.

—Tú lo mejoras.

Ella se puso a su lado, ante la ventana.

—Hay una buena vista; es su único mérito, supongo.

—Esto y la cerveza. Ahora que lo has visto, ¿te quedarás?

—Me quedaré. —Le cogió del brazo—. ¿Por qué pides té si no tienes intención de bebértelo?

—Ya no me acordaba de él. Es la única estancia de aquí con televisión. Estoy esperando las noticias locales.

Le explicó lo de Corley.

Ella se había pasado parte del día reuniendo toda la información relevante acerca de la encuesta. Que Lessing fuera un antiguo alumno de la escuela no la había sorprendido. Robert Breddon, el juez, no lo había revelado, pero ella disponía de otras fuentes. Estaba casi segura de que el resultado de la encuesta sería una declaración de identificación —unas cuantas preguntas generales— y un veredicto de muerte accidental. Si John quería luchar para obtener una indemnización y liquidar de este modo la escuela, entonces ella se encargaría de la batalla, pero sólo si existía la más nimia posibilidad de ganarla. No le importaría renunciar a sus honorarios, pero el litigio era un asunto costoso. Nunca había creído en invertir dinero en causas perdidas. Le preguntó sobre el niño desaparecido.

—Es más o menos de la edad de David.

—¿Sabes algo más de él?

—No.

Le miró con astucia.

—¿Lo consideras un argumento más?

—Podría serlo. Esperemos que no termine como David.

La tranquilizó que él fuera capaz de asumir lo fundamental. En ocasiones, les resultaba en extremo difícil hablarse.

Se sentaron y miraron las noticias locales. A Corley no lo mencionaron en absoluto. Ella se levantó y apagó el televisor.

—Probablemente aún sea pronto. Hay montones de niños que desaparecen. Por uno o dos días no los ponen en los titulares.

Fleming le sugirió que fueran a dar una vuelta antes de cenar, y mientras ella estaba en el dormitorio cambiándose los zapatos, llamó de nuevo a la escuela. Esta vez le respondió alguien que parecía Alison Brannigan, pero podía ser una secretaria escolar, si Brannigan se hallaba en condiciones de tenerla. Le dio su nombre y preguntó por Jenny. La voz le dijo que no colgara, y al cabo de cinco minutos le comunicó que no podían localizarla. Preguntó si habían encontrado al chico desaparecido. El silencio fue casi palpable durante un par de minutos, y luego se cortó la comunicación. Un rotundo «no» habría sido más sensato. Brannigan, pensó, tenía que aguantar a una esposa estúpida.

Jenny, a quien Alison podría haber encontrado fácilmente si se hubiera molestado en buscarla, telefoneó a *The Lantern* una hora más tarde y el recepcionista le informó de que Fleming había salido, pero que tenía reservada mesa para cenar.

—¿Quiere dejarle algún mensaje?

Jenny le dijo que no.

Ella quería encontrarle. Lo tenía todo el tiempo en su mente. Aunque no contaba con autorización para ausentarse, Mollie la sustituiría por una hora. En los últimos días, Mollie mostraba un patético entusiasmo por parecer lo más eficiente posible. Le dijo que iba a salir, pero sólo un rato.

—La enfermería está vacía. Si aparece Neville y me necesitan, puedes encontrarme en *The Lantern*.

—¿Alcohol o Fleming? —preguntó Mollie con tono guasón.

—De modo que los rumores vuelan...

—¿Qué esperas que pase, querida, en esta atmósfera de invernadero? Y el menor de los dos males es el alcohol.

Jenny la perdonó. John la había zarandeado sin piedad, y su equilibrio aún era precario.

En *The Lantern* la cena se servía a partir de las siete. Jenny, todavía con su uniforme de enfermera, llegó a las siete y media. Estaban a mitad del pescado. Su pareja, quienquiera que fuese, llevaba un vestido azul oscuro, y los toques de luz en su pelo eran plateados. Oleadas de celos que bordeaban el más puro y simple odio hormiguearon por todo su cuerpo como descargas eléctricas.

—Hay una chica pelirroja con ojos asesinos que quiere verme muerta. Está en la entrada.

Fleming miró por encima del hombro y entonces, olvidando pedirle disculpas a Thirza, se levantó rápidamente y fue hacia Jenny.

La alegría que demostró al verla contuvo su deseo de marcharse.

—¡Jenny! Me he pasado el día intentando encontrarte.

Ella no le creyó.

—El teléfono de la escuela no dejaba de comunicar. Cuando cogí línea, no te encontraron.

—Pues estaba allí.

Su labio inferior sobresalía en un mohín de resentimiento, como el de una niña.

—Y ahora estás aquí. Sólo hace un momento que hemos empezado a cenar. Tienes que acompañarnos.

—¿Vestida así? Y acompañar ¿a quién?

—Es Thirza Crayshaw. Una vieja amiga de la familia; la abogada que me representa en la encuesta.

Thirza, que les estaba observando, pensó: «Así que es ésta», y se sorprendió. El dolor y la pena se habían desvanecido de él como una nube fundiéndose al sol, cuando la vio y habló con ella. Obviamente, lo único que tenía a su favor era su juventud, y esto no era siempre una ventaja. Su uniforme era ridículo; incluso tenía puños. Había trabillas para el cinturón, pero no lo llevaba. Poseía las pecas características de los pelirrojos, y no se había molestado en disimularlas. Tampoco le importaba disimular sus sentimientos. Su aspecto era el de una amante traicionada a la que se estuviera engatusando gradualmente para que recobrara la confianza.

No estaba segura de él.

Ni de ella.

Al fin y al cabo, no hacía mucho que se conocían.

El asunto se encontraba en el delicado perímetro de lo que podía

ser una profunda y definitiva curación, o sólo algo pasajero. Prescindiendo de cómo terminase, daba gusto contemplar su reacción en aquel momento.

«Yo no exijo nada —le dijo a Jenny en silencio—. Protéjele y exígele, y haz que vuelva a ser normal... si puedes. Y que tengas suerte».

Jenny había llegado a *The Lantern* creyendo que aceptaría una comida abundante si se la ofrecían, pero al sentarse a la mesa descubrió que apenas podía comer nada. Thirza, experta en finezas sociales, mantuvo en pie el nivel necesario de conversación. Siempre había sido capaz de manejar los tercetos —incluso aquel, particularmente incómodo—. Las relaciones más próximas no se le daban bien.

Fue al tomar el café cuando se hizo la primera referencia a Corley.

—¿Por qué se fue? —inquirió Fleming bruscamente.

Jenny, echándose azúcar en su taza, dijo:

—¿Neville...? No lo sé.

—No; Corley. El chico de la escuela.

—Neville Corley. Si tuviera un hermano, sería Corley el joven. Si fuera uno de tres hermanos, entonces no sé lo que sería...; tal vez Corley el subjoven.

Estaba diciendo tonterías y lo sabía. Thirza la había alterado terriblemente por el solo hecho de estar allí y mirarla de aquel modo.

—No tienes un buen concepto de la escuela privada británica —observó Thirza sin que viniera a cuento.

—No tengo buen concepto de despersonalizar a los niños.

Thirza trató de darle tema:

—Generalizando, no puede ser un mal método. Está claro que hay áreas de desastre... Es probable que el Caserío sea una de ellas. Normalmente, el defecto está en la cúspide. ¿Qué tal es el director?

Jenny dejó la taza, intacta.

—Cuidadoso.

Tras haberlo dicho, lo sopesó y llegó a la conclusión de que era cierto. A pesar de sus limitaciones personales, Brannigan era cuidadoso:

Thirza prosiguió:

—Entonces..., ¿es débil?

«Si no estuvieras peleando del lado de John, nuestra conversación acabaría ahora». Puesto que era así, consideró la pregunta unos momentos antes de responder:

—Es mucho más fácil ser duro y firme que imparcial y justo. El director que le precedió, según me han dicho, era un hombre brillante. Creo que eso significa que era estúpido como una tabla y repartía castigos como un sargento mayor del ejército.

Miró a Fleming, para ver cómo se había tomado su defensa de Brannigan.

—Firmeza y brutalidad —señaló él— son dos cosas diferentes. Si eres el capitán de un barco, das las órdenes y la tripulación las obedece. Si hay un revuelo, lo investigas y actúas en consecuencia. Tú dices que Brannigan es cuidadoso. Mantener un barco en equilibrio implica energía, no simple cuidado. Él debió haberse dado cuenta de que las cosas comenzaban a ir mal, y debió haber identificado y eliminado la causa. De haber procedido así, David podría estar vivo.

Fue consciente de que había dicho «podría estar» más que «estaría».

Jenny apuró rápidamente el café. Su hora reglamentaría ya había pasado. Fleming la acompañó al coche.

—Me alegro de que vinieras. Me gustaría que pudieses quedarte.

—Mollie Robbins está ocupando mi lugar.

—Quieres decir que está sentada en su cuarto con los auriculares puestos como un Nerón femenino mientras arde la escuela.

Le abrió la portezuela del coche.

Ella montó y bajó la ventanilla.

—¿Alguna vez has pensado qué le ocurriría si Brannigan la echara?

—No, pero ahora mismo lo pensaré. Francamente, me importa un pimiento, y tampoco debería importarle a Brannigan. Primero están los chicos.

—Serías un director espléndido —replicó ella con sequedad.

La risa le tomó por sorpresa. Ella estaba irritable, con bruscos cambios de humor, y él sabía el porqué. Levantó su mano del volante y la sujetó entre las suyas.

—Lamento que Thirza nos echara a perder la cena. Lamento que

no comieras casi nada. Es una mujer elegante, simpática y amable. Ruth la apreciaba y yo también. Mañana hará lo que pueda en la encuesta. Esta noche dormiremos en camas separadas.

Le besó los dedos con ternura y dejó su mano de nuevo en el volante. Se le ocurrió que aquél sería su último encuentro antes de la encuesta, pero no lo mencionó. Su actitud respecto a la escuela era ambivalente, como cabía esperar.

Jenny condujo hacia el Caserío en un estado de creciente depresión. Le resultaba tan difícil sacudirse sus celos de Thirza como de una persistente invasión de sanguijuelas. Él podía no acostarse con ella esa noche, pero habría otras noches. Cualquier danza sexual con Thirza sería una lenta y elegante pavana, seguida por un frío y prolongado desnudarse; no un demencial arrebatado de lágrimas y rabia, seguido por un exquisito y orgásmico estallido de placer, que, habiéndolo sentido una vez, su cuerpo no podría olvidar. Ella seguía necesitándole. Ella le necesitaba ahora.

Subió a la sala de asistencia, donde había dejado a Mollie, y la encontró tirando al cubo de la basura bolas de algodón empapado de sangre.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué ha pasado?

Mollie, sudando ligeramente, forzó una sonrisa.

—El pequeño Carson tropezó y se golpeó la nariz contra el borde de su cama. Ya me las he arreglado. Se encuentra bien. —Y añadió innecesariamente—: Todo quedó hecho un asco de sangre.

—Ya lo veo. ¿Le dejó quedarse en la enfermería?

—No. Está otra vez en el dormitorio.

—Es mejor darle un vistazo; al menos un momento. Por la pinta que tiene esto, es reciente.

—No tan reciente; lo que pasa es que no he tenido tiempo de limpiarlo.

Sus rollizas mejillas se hincharon en una repentina sonrisa que dio a su cara un inesperado aspecto de auténtico placer.

—Corley está a salvo.

La moral de Jenny subió.

—¿Cuándo?

—Esta tarde, no sé exactamente a qué hora. ¡A Bridgwater pasando por Birmingham! Necesita empollar más geografía... O tal vez no tuvo suerte con el autoestop. Según Hammond, Brannigan se

enteró de la noticia por la policía.

—¿No por su padre?

—No... Sólo te cuento lo que Hammond me contó. Según él, el señor Corley está organizando un escándalo de miedo. No se pondrá en contacto con la escuela hasta que obtenga de su hijo una historia coherente. No habrá ninguna marcha de penitentes..., al menos por ahora.

Distraída, Jenny cogió una botella de alcohol y humedeció un trozo de algodón con ella. Había manchas de sangre en la mesa.

—¿Él está bien?

—Sí, por lo que sabemos. La policía no dijo que no lo estuviera.

Después de que Mollie abandonara la sala, Jenny llamó a Fleming. Estuvo contento y sorprendido de volver a oír su voz tan pronto.

—¿Me llamas para decirme que tienes la noche libre, después de todo?

—No. Te llamo para decirte que Neville Corley está en su casa, a salvo.

—Ya. Me alegro.

Ella supo que sus palabras procedían de un hondo sentimiento.

—Sabía que te alegrarías. No podía pasar la noche sin decírtelo.

—¿Por qué se marchó? ¿Lo sabes ahora?

—No. Todo lo que sé es que está en su casa.

«Y David —pensó él— ya nunca lo estará».

Por primera vez aquella tarde, la ternura de Jenny se abrió camino a través de la protectora corteza de agresividad.

—John... Me importas... muchísimo.

Temerosa de un silencio que podía crecer, o de una respuesta forzada y artificial, colgó el teléfono.

Ya había experimentado la dificultad de comunicarse con ella, así que no intentó llamarla de nuevo. Tenía mucho que decirle. O tal vez no tanto; sólo una o dos palabras importantes. Importar. Una palabra blanda y decepcionante. Él podía pensar en otras.

9

EL JUZGADO SE HALLABA en una sala de la comisaría local de policía. El edificio, de apenas diez años de antigüedad, tenía una recepción que no habría avergonzado a un hotel de cuatro estrellas. El suelo era de terrazo y estaba decorado con tiestos de flores. El mostrador de información, atendido por el sargento, era de madera de teca de la mejor calidad.

Robert Breddon pensaba con cierta nostalgia en la sala del ayuntamiento donde se habían desarrollado las anteriores encuestas. La nueva sede, producto de la opulenta década de los sesenta, le traía a la mente un *pub* frívolo. El suelo era también endiabladamente resbaladizo; siempre le parecía que debía andar por él con extremo cuidado. Había sido juez durante veinte años, pero se mostraba incapaz de cogerle gusto al trabajo. Una parte de éste consistía en la visión de cuerpos muertos, y la mayoría de ellos le revolvió el estómago. Se producían un montón de ahogamientos a lo largo de la costa, y un gran número de cadáveres habían permanecido en el mar mucho tiempo. La identificación —otra parte esencial del trabajo— no siempre les resultaba fácil a los parientes. Los accidentes de carretera eran casi peores. Nunca dejaba de afectarle lo que un volante o un parabrisas astillado podían hacerle a la carne humana. El caso de aquel día le inspiraba tristeza, igual que todos los que afectaban a niños. El hijo de Fleming casi no mostraba señales. Su vida se había extinguido sin brutalidad visible. En el depósito parecía dormir.

Según su costumbre, se mantuvo alejado del tribunal hasta el

último momento. En un pueblo pequeño como Marristone Port, todo el mundo se conocía, y no era fácil trazar la línea de demarcación entre amistad y formalidad. Él había jugado al golf y tomado copas con algunos miembros del jurado, y sería imposible convocar un tribunal a cuyos componentes no conociera. Lessing, creía, era lo bastante profesional en su actuación, y lo mismo pasaba con la policía; sin embargo, no podía responder por nadie más. A las dos menos diez, la sala de justicia estaba casi llena. Por norma, el público tendía a ignorar esa clase de entretenimiento, pero la encuesta de aquel día se apartaba lo bastante de lo ordinario como para atraerles. El papel más importante lo interpretaría Fleming. Lessing lo manejaría lo mejor que pudiera, pero los nervios jugaban malas pasadas a la gente. La venda era un factor que complicaba las cosas. La representante de Fleming, aparte de una breve llamada de cortesía, era una incógnita, y había oído que Fleming iba en busca de sangre. Antes de dar paso a los procedimientos, pidió a Lessing que le hiciera el favor de identificar a Fleming, y entonces le dijo unas palabras de pésame.

Él se las agradeció con una inclinación de cabeza. No sabía qué esperar; desde luego, no una sala como aquélla. Había altos ventanales, del suelo hasta el techo, que dominaban un reducido patio. La temperatura se había vuelto de pronto muy cálida, y el sol excesivo quedaba parcialmente cubierto por largos cortinajes verdes que proyectaban un brillo verdoso sobre cada uno. Incluso la blanca mata de pelo del juez parecía verde, como un trabajo de teñido con desastrosos resultados. Tomó asiento en el estrado, con su escribano a una mesa enfrente de él. El jurado estaba a su derecha y los testigos a su izquierda. El sol verde lo bañaba todo. Era como el plato de una película. Fleming no podía creer en nada de lo que veía. En un momento, las cámaras comenzarían a rodar y sonaría la música. Empezó a tener serias dudas acerca de su cordura. No era capaz de recordar en absoluto a David. Ni siquiera podía evocar sus rasgos.

—Te encuentras bien —le dijo Thirza suavemente.

Era una orden.

—Es como algo rodado en un maldito escenario. No puedo sentir a David.

Ella comprendió su pánico.

—Es probable que te formarás una idea bastante diferente de este lugar. Es tan real como todo lo que imaginaste.

Fue consciente de que Breddon le daba un vistazo, intentando valorar su potencial. Esperaba que fuera lo más profesionalmente objetivo posible. Esperar tal cosa del jurado sería como esperarle de la luna. En cuanto a Lessing..., le desagradó a simple vista. Estaba desnudándola mentalmente, los ojos atareados con sus pechos...

Los procedimientos comenzaron con la identidad del difunto. «No tú, David —pensó Fleming cuando pronunció las breves palabras necesarias—; el difunto». El lugar de la muerte vino después. La bodega del *Mariana*. Fleming trató de evocar su recuerdo, y la vio perfectamente nítida, como la ilustración de un libro. No podía percibirla, ni olería, ni sentirse aterrado por ella. Era la bodega de un barco; sin ningún sentido.

El testimonio de la policía fue un rápido catálogo de sucesos, como un horario de ferrocarril. Llegaron. Vieron. Actuaron. Se fueron. Se mencionó la venda, pero no se insistió en ella.

El patólogo precedió a la policía en la tribuna de los testigos. Se identificó como Edward Blane, y prestó juramento con aguda voz de *staccato*. Dijo que él había llevado a cabo la autopsia. El juez le pidió que leyera su informe.

—Los únicos descubrimientos relevantes en la autopsia fueron una contusión en la parte izquierda de la frente, sin fractura asociada con el cráneo. En la piel no había huellas importantes de sangre, lo cual sugiere que la contusión se produjo en el momento de la muerte. La causa de la muerte fue una dislocación con fracturas de la segunda y tercera vértebras cervicales, con compresión de la médula espinal.

El juez levantó la vista de su copia del informe.

—En términos profanos: ¿un cuello roto?

—Eso es.

—Prosiga.

—No había ninguna otra prueba de lesión o enfermedad, aparte los descubrimientos que ya he descrito.

—¿Tiene algo que añadir a su informe, doctor Blane?

—No. El cuello del niño se rompió por la caída. Antes de ésta, su estado de salud era bueno.

El juez se dirigió a Lessing:

—¿Desea interpelar al testigo?

Lessing sacudió la cabeza.

—Señorita Crayshaw, ¿desea formular alguna pregunta en nombre del señor Fleming?

Thirza se levantó.

—Con la venia, si me lo permite. Doctor Blane, ¿incluye su frase «ninguna otra prueba de lesión» el ataque sexual?

—Sí.

—¿Recibió la petición de examinar al niño teniendo esto presente?

—Mi examen lo habría incluido sin que mediara petición alguna.

—Pero ¿se dio la petición?

—Sí; la formuló el doctor Preston.

—¿No había ninguna prueba de violación?

—Como he indicado en mi informe, no.

Thirza se volvió hacia el juez.

—Creo que el doctor Preston ha sido convocado como testigo.

—Sí, inmediatamente después del doctor Blane.

—Entonces, eso es todo lo que deseaba preguntar a este testigo.

Gracias.

El intercambio de preguntas y respuestas le recordaba a Fleming el rápido rebote de una pelota de

ping-pong

de un lado a otro de la mesa. Aún no podía asociarlo con David. Que las manos del patólogo realmente hubieran tocado y explorado la carne de David era un hecho que podía aceptar intelectual pero no emocionalmente. La autopsia le había parecido más real cuando estuvo con Shulter en *The Lantern* e intentó, expulsarla de su mente. Aquel hombre alto con voz de *staccato* estaba tan alejado de David como David lo estaba ahora de ese circo iluminado de verde.

Le tomaron juramento al doctor Preston. Declaró que había visto el cuerpo en la bodega y había confirmado la muerte del niño. A continuación, dispuso el traslado del cuerpo al depósito.

El juez se dirigió nuevamente a Thirza.

—¿Tiene alguna pregunta para este testigo?

—Sí, señor.

Thirza sacó el dibujo de su cartera y rogó que se lo entregaran al doctor Preston.

El juez estuvo de acuerdo.

—Pero si lo veo yo primero, y luego el señor Lessing y el jurado, comprenderemos cuál es el objetivo de sus preguntas.

El dibujo pasó de mano en mano. Uno de los miembros del jurado se rió con disimulo; los demás, junto con el juez, parecían perplejos. La ojeada de Lessing fue breve y desinteresada; parecía ligeramente divertido.

—¿Ha visto antes este dibujo, doctor Preston? —preguntó Thirza.

—Sí. En mi consulta. El padre del niño me lo enseñó.

El juez intervino.

—Por favor, doctor Preston, describa el dibujo al resto del tribunal, y después explique su significado.

El doctor Preston miró el dibujo y luego levantó los ojos hacia Fleming. Él se lo agradeció brevemente con una leve inclinación de cabeza.

—Es un dibujo de un ciempiés, un ciempiés enormemente desproporcionado, sobre una cama. Debajo hay escrito «Oso veyudo (velludo, con un error infantil de ortografía) en esta cama». Su significado reside en el hecho de que es regresivo. Con ello quiero decir que David Fleming, a la edad de doce años —aproximadamente una semana antes de su muerte—, dibujó una imagen sintomática de un período de angustia por el que pasó cuando tenía seis años. A esa edad despertó solo en una habitación extraña, de noche, y fue presa del terror; el ciempiés estaba sobre su cara. Desde entonces en adelante, por un período de unos dos años, sufrió pesadillas. El ciempiés era la proyección de su miedo. Lo dibujaba para demostrar su estado mental, y luego dejaba los dibujos donde sus padres pudieran encontrarlos y romperlos... Era la representación gráfica de algo sobre lo cual le resultaba imposible hablar. —Hizo una pausa y miró a Fleming—. El padre del niño podría expresarlo mejor que yo, pero es más o menos así como me lo contó.

Thirza se apresuró a intervenir:

—No creo que sea preciso pedirle al señor Fleming que agregue nada. Usted lo ha explicado con mucha claridad. David hizo el dibujo como lo haría un niño de seis años. Escribió las palabras como las escribiría un niño de seis. Él tenía doce años, y una

inteligencia acorde con su edad. Sus otros trabajos no mostraban ningún signo de regresión. Una conmoción, ya sea ataque sexual, el cual ha sido descartado, o alguna forma de intimidación intolerable, tal vez derivaría en este dibujo. Pudo haber sido un grito de ayuda. ¿Está usted de acuerdo, doctor?

—Es posible.

—¿No diría probable?

—No soy psiquiatra. El dibujo me pareció inquietante. Tanto, que se lo mencioné al patólogo. Fuera de esto, cualquier cosa que diga serán conjeturas.

El juez, consciente del cariz imprevisto y complejo que estaba adoptando una situación que debiera haber sido un rápido y comprensivo paseo entre dos puntos, pidió más aclaraciones.

—¿Intenta decir que hubo algo que desequilibró de manera repentina el estado mental del muchacho, y que su caída pudo ser deliberada?

—Esta mañana vi la escotilla de la bodega —dijo Thirza—. Él no podía haber tropezado y caído. El borde de la escotilla quedaba demasiado alto. El hecho de que llevara los ojos vendados es extremadamente preocupante.

—¿Acaso se refiere al suicidio?

—Soy imparcial. El doctor reconoce que el dibujo le preocupa.

Lessing se puso de pie.

—Doctor Preston, tengo un gran respeto por su competencia como facultativo general, pero según usted mismo ha admitido, sus conocimientos de psiquiatría son escasos. ¿No le parece que sólo un testigo experto en el campo de la psiquiatría estaría capacitado para dar una opinión?

Preston miró de nuevo a Fleming.

—Por desgracia, los padres del niño no recurrieron a un psiquiatra durante los primeros años, cuando los síntomas se dieron con más frecuencia. Este último dibujo fue posterior a un período de tiempo durante el cual el muchacho no tuvo pesadillas. Algo lo desencadenó.

Lessing miró al jurado, y luego al público de la sala de justicia.

—Uno de los miembros del jurado vio el dibujo y se rió; con toda franqueza, es un dibujo divertido. Del tipo que un chico habría dibujado como una broma. No soy más psiquiatra que el doctor

Preston. Cuando lo he visto ahora mismo, no me ha producido ninguna impresión siniestra. Al doctor Preston tampoco le habría parecido siniestro si el padre del chico, quien se encontraba naturalmente sobreexcitado, no lo hubiera respaldado con remotas historias fantásticas...

La cólera de Fleming, hasta entonces bajo control, afloró súbitamente a la superficie:

—¿Qué demonios insinúa? ¿Que soy un mentiroso?

—¡Por favor! —exclamó Thirza angustiada.

La voz del juez se impuso sobre la suya.

—Señor Fleming, la señorita Crayshaw es quien le representa aquí. Existen reglas a las que hay que ceñirse, y no puedo permitir que las infrinja. La expresión del señor Lessing ha sido desafortunada. Estoy seguro de que a partir de ahora escogerá sus palabras con más cuidado.

Lessing, que había manifestado su opinión, se encogió ligeramente de hombros y sonrió.

—Todos los padres presentes sienten la mayor solidaridad con el señor Fleming. La aflicción surge de forma súbita y terrible, tiende a nublar el juicio. No podemos pensar con claridad. Vemos sombras donde no existen.

«¡Y ahora, Dios santo —pensó Fleming, fuera de sí—, está insinuando que estoy loco!». Los ojos de Thirza se clavaron en los suyos a modo de advertencia, y él, haciéndole caso, guardó silencio.

El juez sugirió fríamente que el señor Lessing podría tener que formular alguna pregunta al doctor. Lessing lo confirmó.

—¿En alguna ocasión trató usted profesionalmente a David Fleming, doctor Preston?

—Sí. Recientemente tuvo paperas.

—Aparte del malestar físico, ¿parecía por lo demás normal?

—Sí.

—¿Ni visiblemente deprimido o asustado?

—En los períodos de mis visitas, no.

—De forma retrospectiva, ¿usted no se preocupó por él de ninguna manera especial hasta que su padre presentó ese absurdo dibujo? —Se corrigió, echando un cómico vistazo al juez con el rabillo del ojo, pretendiendo que todos lo vieran—. Le pido disculpas, no he elegido el adjetivo correcto; permítame repetirlo...:

ese inquietante dibujo.

El mismo miembro del jurado volvió a reírse entre dientes. El juez maldijo mentalmente a Lessing por tomárselo como se lo estaba tomando. Un niño había muerto. Su padre se encontraba a pocos metros de distancia. En una situación como aquella, la risa era obscena.

El doctor pensó lo mismo. Respondió con irreflexiva hostilidad, pero honestamente.

—No tenía motivo alguno para sentir la menor preocupación respecto a su estado emocional.

El juez, perceptiblemente aliviado por la respuesta, estaba a punto de permitir que se retirara, cuando Thirza señaló que tenía otra pregunta que formularle.

—¿Es cierto, doctor, que según las estadísticas el número de suicidios infantiles se ha incrementado dramáticamente en los últimos años?

El juez protestó antes de que Lessing pudiera hacerlo.

—Eso es una generalización, señorita Crayshaw. No es relevante.

Como Lessing hiciera antes, ella había manifestado su opinión y estaba preparada para retirarse con elegancia.

—Lo siento. A mí me parecía relevante.

—No puedo citar estadísticas —respondió el doctor Preston—. Usted podría tener razón. El teléfono de la esperanza ha recibido más llamadas de ayuda de niños en estos últimos años.

El juez cogió de nuevo las riendas.

—Tenemos que ocuparnos de hechos, no de conjeturas. Sabemos que el niño se cayó. Conocemos la naturaleza de las lesiones que le causaron la muerte. Ignoramos su estado mental. Usted presentó el dibujo, señorita Crayshaw, pero no nos ha explicado cómo llegó a manos del señor Fleming. ¿Nos lo puede explicar ahora?

—David se lo entregó a la enfermera de la escuela. —El apellido de Jenny había desaparecido de su mente—. La enfermera se lo dio al señor Fleming.

El juez sabía que la enfermera de la escuela no figuraba en la lista de testigos. Podía verla al fondo de la sala, sentada con la señora Brannigan. Alison Brannigan parecía severa y circunspecta. No había coincidido con ella en reuniones sociales desde hacía varios meses, pero parecía haber envejecido mucho. La muchacha

de su lado tampoco tenía muy buen aspecto. Cualquier cosa que tuviera que decir acerca de la entrega del dibujo, probablemente no afectaría de ningún modo al veredicto. Era mejor no remover las cosas.

Ahora que el testimonio médico había concluido, Brannigan fue el siguiente testigo.

Pronunció el juramento con firmeza. El hecho de encontrarse entre amigos era tranquilizador. Tuvo cuidado de no mirar a Fleming, y también de no mirar a su esposa. Se acordó de que no debía responder al juez con excesiva familiaridad; era Bob Breddon en el campo de golf y en el Rotary Club, pero no allí. Los miembros del jurado, como Lessing había dicho, le resultaban asimismo muy conocidos. Tras la primera ojeada fugaz que les lanzó, desvió rápidamente la mirada. Había una intensa predisposición a su favor, y Fleming estaría ciego si no lo advertía.

La primera pregunta del juez fue una amable introducción:

—Como director con muchos años de experiencia, señor Brannigan, conoce la mentalidad infantil mucho mejor que la mayoría de nosotros. ¿Usted diría que David Fleming se había adaptado favorablemente al Caserío?

—Yo diría que sí; sí.

—¿Cuál es su opinión acerca del dibujo?

Brannigan vaciló. La respuesta más sincera sería decir que le preocupaba en grado sumo. Pero ¿de qué serviría? Breddon llevaría sus riendas con extrema facilidad y los obstáculos serían tan pequeños como él pudiera ponérselos. Si ahora daba la respuesta incorrecta, el obstáculo sería uno de los muchos que podrían hundir la escuela. El precio que uno podía pagar por una conciencia limpia era muy alto. Se formó una imagen mental de Alison y de un par de los miembros más viejos del personal saliendo a rastras por debajo. El niño estaba muerto; ¿por qué hacerles daño sin necesidad?

—Me inquietó. Podía significar mucho o podía no significar nada. No lo rechacé sin tenerlo en consideración, pero igualmente pensé que sería ridículo leer demasiado en él. En el magisterio nos alimentan con una dieta de psicología prácticamente indigerible. Somos propensos a ver la Mente Infantil con mayúsculas. Incluso creemos comprenderla. Los niños son criaturas muy diversas, pero por lo general se comportan con bastante lógica. Creo que si el

dibujo hubiera sido un grito de ayuda, le habría seguido una más práctica y comprensible petición verbal de ayuda. El chico habría acudido a alguien del personal para exponerle su caso.

—¿Y se le habría escuchado comprensivamente?

—Desde luego.

—¿Usted o algún miembro del personal notó recientemente algún cambio en el estado de ánimo del muchacho? —No.

—¿Por qué supone que se vendó los ojos antes de la caída?

Estuvo a punto de decir el accidente, pero se detuvo a tiempo.

—No lo sé.

—¿Era un niño imaginativo?

—Sí. Tenía una aptitud especial para visualizar escenas. Sugirió algunas buenas ideas para la obra de teatro de la escuela. Pudo haber estado interpretando una fantasía en el momento de la caída.

Reparó en la mirada de Lessing. Parecía satisfecho. El juez no mostraba ninguna emoción, pero su apoyo era como una fuerte corriente que le impulsara hacia la playa en un mar peligroso.

«Muy bien —pensó Fleming—; hunde tu conciencia en el fango, ¡Dios te maldiga!». Un respeto por Brannigan que, a su pesar, había estado creciendo durante los días anteriores, se disipó y se convirtió en desprecio. Deseó que Thirza se levantara y dijera algo, e intentó incitarla a la acción; pero ella siguió mirando hacia otro lado.

El juez continuó sosegadamente:

—Es una explicación que me parece bastante verosímil, pero aún estamos en la esfera de las conjeturas. Creo que deberíamos proceder a examinar los hechos del caso según los conocemos. Como director, ¿autorizó la visita de los muchachos al Museo Marítimo?

—Sí; la responsabilidad es mía. Los chicos estaban trabajando en un proyecto sobre barcos. El año pasado, se realizaron en la escuela trabajos basados en la biología marina. Tengo por sistema utilizar el medio ambiente de la escuela tanto como sea posible.

—¿Inspeccionó el Museo Marítimo antes de disponer la visita de los muchachos?

—Sí. No se me antojó menos arriesgado que nuestras visitas a las cuevas y a las playas el año pasado. Siempre hay algún peligro.

—En efecto. Es el grado de atención razonable lo que cuenta en un caso de este tipo. ¿Cuántos muchachos estaban a cargo de cada

profesor?

—Ocho. Su edad iba de los ocho a los dieciséis años. Su maestro, el señor Hammond, es un hombre sumamente responsable. Nunca he tenido la menor duda.

El juez se arrellanó en la silla, satisfecho.

—El señor Hammond será nuestro próximo testigo. Antes de llamarle, ¿tiene algo que preguntarle a este testigo?

Se había dirigido tanto a Lessing como a Thirza. Lessing dijo que no. Brannigan, hasta ese punto, lo estaba haciendo extremadamente bien. Su suegro habría estado orgulloso de él.

—Sí... —dijo Thirza—. Cuando usted inspeccionó el *Mariana*, señor Brannigan, ¿advirtió que una de las escotillas estaba descubierta?

La confianza de Brannigan flaqueó un poco. No lo había advertido. Su inspección había sido superficial.

—En aquel momento no me pareció peligroso.

—Así que lo advirtió y no tomó ninguna medida para que la cubrieran.

Brannigan guardó silencio.

—Estará de acuerdo, señor Brannigan, en que era peligroso. De haber estado cubierta, ahora David Fleming seguiría vivo.

Sin una petición formal de palabra, Lessing intervino a toda prisa:

—No necesariamente. El accidente pudo haber ocurrido en cualquier parte: al caer del muelle, al caer de la pasarela... Igualmente pudo haber ocurrido al cruzar la calle. No se puede encerrar a los niños tras un cristal blindado. Todo lo que tiene vida está en peligro. La escuela siempre ha dispensado a los niños todas las atenciones posibles. Su grado de custodia contractual ha sido siempre de los más altos.

El juez le paró los pies:

—Estamos tratando de discernir por qué el niño murió de esa forma particular. —Se dirigió a Thirza—. Hemos podido comprobar que la escotilla descubierta era peligrosa. ¿Quiere que el señor Brannigan le responda, o ha sido una pregunta retórica?

—Siento haber indicado lo obvio —dijo Thirza secamente—. Había peligro. Un niño murió.

—¿Tiene alguna otra pregunta para este testigo?

—No, señor.

Brannigan se retiró y Hammond ocupó su sitio en la tribuna. Bajo presión, Brannigan se había convertido en un director con una conciencia anestesiada. Ahora que la presión se había aflojado, sintió que su sangre se aceleraba. No podía valorar el grado de su propia responsabilidad. En aquel momento parecía total. Las palabras *un niño murió* tamborileaban en su mente cómo el incesante latir del pulso.

Bajo presión, Hammond estaba mucho menos calmado. Sus puños cerrados se apoyaban sobre la baranda de la tribuna, poniendo freno a su agresividad.

El juez le manejó con cuidado.

—La función principal de una interpelación de este tipo no consiste en distribuir la culpa, sino en establecer hechos. Relátenos con sus propias palabras lo que ocurrió desde el momento en que subió a bordo del *Mariana* hasta que se dio cuenta de la caída del niño.

A través de las cortinas verdes, el cálido sol de la tarde destacaba el brillo del sudor en la frente de Hammond. Su mirada recorrió la sala y vio a Fleming. Hizo su declaración mirándole.

—Subí a bordo del *Mariana* con ocho muchachos. Los tres pequeños se quedaron conmigo todo el tiempo; nunca estuvieron fuera de mi vista. A los cinco mayores —incluyendo a David Fleming— se les encomendaron tareas en diferentes partes del carguero. Quedaba sobreentendido que permanecerían en sus puestos y llevarían a cabo el trabajo. El barco no era un patio de recreo. Soy exigente en cuestión disciplina. David Fleming debió haber permanecido en la cubierta de popa y dibujado los mecanismos del timón. Me pareció razonable que se quedara allí sin que yo montase guardia ante él. Los otros chiquillos de ocho años posiblemente podrían haber tonteado alrededor de la escotilla y haberse caído. Creía que un muchacho de doce años tenía más sentido común.

Fleming se incorporó colérico y volvió a sentarse cuando el juez se interpuso rápidamente.

—Limítese a los hechos, señor Hammond, y le agradecería que me mirase mientras habla.

—Lo siento.

—Continúe.

—Más o menos una hora antes del accidente, llevé a los tres chicos más pequeños al puente y les supervisé mientras dibujaban un poco. Durante ese período, les llevé a la sala de máquinas. Stonley, uno de los mayores, estaba allí y yo quería ver cómo se las arreglaba con su trabajo de los motores. La suya era la tarea más complicada, y supuse que necesitaba ayuda. Entonces regresé a la cubierta superior con los tres pequeños. Querían ver el interior de un bote salvavidas; acababa de levantarles en brazos para que entraran en uno de ellos, cuando... —Miró al otro lado de la sala, a Fleming, y parte de la brusquedad abandonó su voz—: Oí gritar a David. —De pronto sintió un sudor desagradable en sus axilas, y se removió incómodo—. No sabía lo que había ocurrido, ni lo grave que era. No podía dejar a los tres pequeños en el bote salvavidas, así que tuve que bajarles antes de ir a investigar... —Miró hacia la ventana—. La ventilación es muy mala aquí dentro.

El juez se mostró comprensivo:

—Fue una terrible experiencia. Ya sé lo doloroso que es para usted revivirlo todo. ¿Se siente indispuerto?

—No; estoy perfectamente bien. Hace un día de junio muy caluroso, y esas cortinas no impiden que entre el sol; nada más.

El juez hizo una seña a uno de los oficiales de policía, el cual abrió las hojas de la ventana. Si entró aire fresco, no fue perceptible.

Fleming pensó furiosamente: «Traedle las sales y un reclinatorio; mimadle; decidle lo bueno y fiable que es; vendad su sangrante conciencia y mandadle a casa».

Experimentaba un intenso sentimiento de derrota. Ante él, Hammond estaba libre de culpa.

El juez le invitó a continuar:

—Oyó gritar al muchacho. Bajó a los tres pequeños del bote salvavidas. ¿Y luego...?

—Otro de los mayores, Masters, estaba cerca de allí, en el camarote del capitán. Le dije que vigilara a los pequeños mientras yo iba a investigar. Masters no había oído nada. El único que oyó el grito fue Durrant. Estaba en el exterior, en el castillo de proa. Llegó a la escotilla un segundo antes que yo.

—¿Cuál fue el lapso transcurrido entre el grito y su llegada al

lugar de los hechos?

—Cuestión de minutos; tres o cuatro... Puede que cinco.

El juez se dirigió a Thirza:

—En su mayor parte, el testimonio acerca del dibujo se fundó en suposiciones. A estas alturas de la encuesta nos atenemos a los hechos. Como la representante legal del señor Fleming, no quiero que se sienta limitada de ningún modo. Si desea interrogar al señor Fleming acerca de algún punto por favor, hágalo.

—Gracias, señor, pero el señor Fleming y yo mantuvimos una extensa conversación antes de venir al tribunal.

—¿Tiene alguna pregunta que formularle a este testigo?

—Se lo ruego. Señor Hammond, ¿no diría que cinco minutos fue un espacio de tiempo irrazonablemente largo antes de que fuera a investigar?

La adrenalina de Hammond fluyó aún más deprisa ante la presencia de un nuevo enemigo. Una guapa, zalamera y elegante perra.

—No controlé el tiempo con un cronómetro. Pudo ser menos.

—Cuando lo oyó gritar, ¿cómo supo de qué niño se trataba?

—Sólo había un niño en la zona de popa.

—¿Dónde estaba la escotilla abierta?

—Cerca de donde estaba la escotilla abierta.

—Cuando usted llegó, ¿fue directamente hacia la cubierta de popa o miró por la escotilla al interior de la bodega?

—Miré por la escotilla al interior de la bodega.

—¿Pensó que era probable que David hubiera caído a ella?

Hammond, consciente de las trampas tendidas bajo la blanda maleza, pisó con cautela.

—Durrant, el mayor de los muchachos, ya estaba allí. Me indicó que David se había caído.

—¿Se lo indicó? ¿Podría explicar más claramente a qué se refiere? Dijo: «David se ha caído a la bodega», o «He visto a David caerse a la bodega»...

—No me acuerdo. No veo que tenga importancia lo que dijera o lo que no dijera.

—Usted ordenó a David que permaneciera junto a los mecanismos del timón, que están en la cubierta de popa, de modo que lo lógico es que usted hubiera acudido directamente a ese

lugar. En cambio, usted se dirigió a mirar a la bodega, que estaba a oscuras. ¿Qué motivo le indujo a ello? Si Durrant le llamó, el motivo es justificado. Pero si se encaminó allí por su propia iniciativa, es que creyó en la posibilidad de un accidente. Si lo creyó, se debe a que pensó que la escotilla abierta podía constituir un peligro. Y puesto que se abstuvo de tomar medida alguna para prevenirlo, incurrió en negligencia y faltó a su deber de custodia contractual.

Lessing se había levantado.

—No me gustan sus acusaciones.

Al juez, a quien tampoco le gustaban, le gustó aún menos la interrupción de Lessing. Le dijo que volviera a sentarse.

—Responda la pregunta de la señorita Crayshaw, señor Hammond. ¿Era usted consciente del peligro que suponía la escotilla abierta?

—No, señor. Si lo hubiera sido, no le habría asignado al muchacho una tarea tan cerca de ella.

—¿Habría ido directamente hacia la escotilla si el joven Durrant no le hubiera indicado que el niño se había caído allí?

—No.

—¿Y no puede acordarse de las palabras de Durrant?

—No.

—Es comprensible. ¿Qué hizo cuando se dio cuenta de que el niño se había caído por la escotilla a la bodega?

Hammond sintió el sudor salado en sus labios. Se condensaba en las comisuras de su boca. No quería recordar la bodega ni su descenso a ella. Intentó desvincular la imagen mental de las palabras, pero fue en vano. Las palabras surgieron dolorosamente:

—Él estaba tendido boca abajo. Nunca había visto a alguien con el cuello roto. No lo toqué. Pude ver que estaba muerto. Salí de la bodega. Pensé que iba a vomitar. Fui hacia la borda.

La voz del coronel fue átona:

—¿Reparó en que sus ojos estaban vendados?

—Sí.

—¿Sus manos estaban libres?

—Sí.

—¿No lo tocó en absoluto?

—No.

—¿Qué ocurrió después?

—El señor Sherborne llegó desde el barco que estaba anclado muy cerca. Llamaron al médico y a la policía.

—Ya disponemos de su testimonio. Señor Hammond, ¿tiene alguna idea acerca de cómo pudo llegar a caer el niño?

—No.

—¿Estaba en su escuela, en el colegio?

—Sí.

—Así que lo conocía muy bien.

—Tanto como uno puede conocer a cualquier niño.

—Se ha sugerido —nos remitimos de nuevo a la esfera de las conjeturas— que pudo haber estado interpretando un juego, tal vez un juego de piratas; de cualquier modo, alguna clase de fantasía que incluyera una venda. ¿Equivale esto a lo que usted sabía del niño?

—Es posible. Le gustaba actuar. Pudo ocurrir así.

El juez se dirigió a Lessing.

—Y ahora, señor Lessing, ¿tiene algo que preguntar?

La reprensión estaba implícita.

Lessing la esquivó limpiamente:

—Sí. Señor Hammond, ¿ha sufrido algún niño a su cargo un accidente en alguna ocasión previa?

—No.

—Usted es un hombre concienzudo y goza de excelente reputación, tanto en el colegio como aquí, en el pueblo, donde mantenemos un estrecho vínculo con él. Creo que el grado de custodia demostrado es ejemplar. No podría haber hecho más. —Miró a Thirza—. Algunas de las preguntas de la señorita Crayshaw eran difíciles y perturbadoras, pero usted las ha respondido honestamente. La única pregunta que quiero formularle es muy sencilla: ¿tiene la conciencia limpia en este asunto?

—Sí.

—Así pues —concluyó Lessing—, eso es suficiente para mí.

«Y muy bien expuesto, —pensó el juez— si fuera preciso convencer al jurado...». Lo cual no era el caso. El veredicto de muerte accidental era ya un resultado inevitable. No obstante, la justicia necesitaba exhibirse para que funcionase. El padre del muchacho estaba allí sentado, como si presenciara un juego de dados fraudulento y fuera incapaz de actuar. Si no sintiera que

debía hacer todo lo posible por darle un trato equitativo, no habría llamado al último testigo. No le gustaba convocar a menores para que prestasen testimonio, pero Durrant había sido el primero en el lugar de los hechos. Fue Durrant quien indicó a Hammond dónde se había caído el muchacho. (¡Condenada insistencia la de señorita Crayshaw respecto a la interpretación de aquella circunstancia!).

Le dio las gracias a Hammond por su testimonio, y le dijo que podía sentarse.

Durrant subió al estrado.

Parecía un hombre y estaba en todas sus glorias. La máquina de su mente funcionaba a plena potencia y estaba controlada por completo. Veía la sala de justicia como una estancia repleta de alienígenas retardados procedentes de un satélite inferior; una pandilla de pusilánimes y cretinos observadores. El único de cierta consideración era Fleming. Se atrevió a mirarle, y luego se atrevió a sonreírle. La sonrisa, comprobó con satisfacción, se le clavó como un dardo envenenado.

Se preguntó si debería solicitar que le permitiesen declarar solemnemente antes que prestar juramento, y luego decidió que no. Shulter estaba sentado a medio camino del pasillo izquierdo, y si ahora declaraba solemnemente, más tarde habría que soportar interminables sesiones de examen de conciencia con él. El día anterior había renegado de Dios al igual que de su madre; aquel Dios nunca había destacado mucho.

Leyó el juramento y después dirigió su atención al juez.

Breddon, que no había experimentado la menor alegría anticipada por tener que interrogar a un nervioso y probablemente susceptible quinceañero, quedó un poco desconcertado por lo que vio. El muchacho era alto para su edad y permanecía muy erguido, con los hombros hacia atrás, casi una postura militar. Brannigan no se lo había descrito así. Su descripción había sido compasiva: comentó algo sobre un desdichado historial familiar, falta de confianza y demás. La actitud de aquel muchacho era ahora desdeñosa, como si tratara con una pandilla de imbéciles.

A pesar de todo, era un niño. Breddon se corrigió; un niño de más de catorce años, un joven entre los catorce y los diecisiete. Era un joven de edad relativamente tierna y debía ser tratado como tal. Había decidido ya usar su nombre de pila, pero descubrió que tenía

dificultades para recordarlo.

—Siento que hayan tenido que llamarte hoy, Steven, pero ¿te das cuenta de lo importante que es esta interpelación?

Durrant le miró con sumo desprecio.

—Sí, señor.

—¿Conocías bien al joven David Fleming?

—No, señor.

—¿Pero él estaba en tu escuela, en el colegio?

—Sí, señor.

—No vaciles en ampliar tus respuestas, Steven. Lo que nos proponemos en esta encuesta es comprender las circunstancias de la caída de David.

—Sí, señor.

—Dices que no lo conocías bien; ¿podría ser a causa de la diferencia de edad entre vosotros?

—Sí, señor.

—Yo suponía que en el ambiente de un internado, con sus escuelas separadas, habría una atmósfera familiar.

—No, señor.

Bredden, receloso de que las respuestas monosilábicas fueran deliberadamente insolentes, preguntó con aspereza:

—¿Por qué no?

Durrant tuvo una instantánea visión de su madre en la cama con el fotógrafo. ¿Por qué aquel hombre insistía en nombrar a la familia?

—Un colegio es un colegio.

—¿Qué significa eso?

—No hay atmósfera familiar.

Bredden tuvo que aceptarlo.

—Comprendo. —Abandonó su intento de conseguir conocer a David a través de los ojos de otro muchacho—. Te han llamado para que prestes testimonio, Steven, puesto que fuiste el primero en llegar al lugar del accidente.

—Sí, señor.

—Cuéntanoslo.

Durrant, obligado a un discurso de más de una frase, se tomó su tiempo en responder. Miró como de pasada a Brannigan, sin verle apenas, y luego otra vez al padre de David. La central eléctrica de

su mente sufrió una súbita descarga que se ramificó a través de todo su sistema nervioso. Como Hammond lo hiciera antes, habló sólo para Fleming:

—Estaba dibujando en el castillo de proa, cuando oí un grito. Provino del otro extremo del barco, de la cubierta de popa. Fui a ver lo que había pasado. Miré por la escotilla y vi a David tendido en la bodega. Estaba muerto.

Se explayó en la palabra «muerto». La pronunció suavemente. Breddon, con idéntica suavidad, preguntó:

—¿Por qué miraste en la bodega?

—Vi que no había nadie en la cubierta de popa. Tenía que rebasar la escotilla para llegar allí. Era el lugar evidente donde mirar.

—¿No le viste caer?

—No, señor.

—¿Te has enterado de que tenía los ojos vendados?

—Sí, señor.

—¿Se te ha ocurrido algo respecto a ello?

—Los niños hacen cosas ridículas, señor. Sólo tenía doce años.

Fleming percibió las palabras —sólo doce años— como un golpe deliberado. La burla en los ojos de Durrant había ido y venido. Ahora ya no le miraba a él, sino al juez.

Breddon, en modo alguno insensible, había reparado en el matiz, pero no sabía cómo interpretarlo. Cuanto antes le hiciera retirarse del estrado, mejor.

—Señor Lessing, ¿tiene alguna pregunta que formularle a este testigo?

—No. Creo que el muchacho ha prestado muy bien su testimonio.

—¿Señorita Crayshaw?

Thirza sacudió la cabeza. Tenía la impresión de caminar por un brumoso paisaje en una noche oscura. El muchacho le daba escalofríos, pero no podía culparle.

El juez le dijo que se sentara.

Pronunció su discurso al jurado con toda la brevedad posible:

—No sabemos por qué cayó David Fleming. De haber estado atadas sus manos, su muerte podría haber cobrado tintes más siniestros. Afortunadamente, no lo estaban. Se vendó los ojos por

una razón que nunca conoceremos. Es posible que estuviera jugando a alguna clase de juego. El dibujo que se les ha mostrado pudiera indicar un estado mental alterado, pero no disponemos de testigos expertos para confirmarlo. Debe considerarse la posibilidad del suicidio pero no hay ninguna prueba consistente que la apoye. El muchacho vino al Caserío de Marristone hace casi un año, después de la muerte de su madre. No hay ninguna razón para suponer que no se adaptó favorablemente a la vida de la escuela. La escuela tiene una gran reputación en el pueblo. Se podría pensar que el *Mariana* era peligroso —resultó serlo, en efecto—, pero la custodia prestada a los niños me parece razonable. La cubierta de popa era una zona segura; si el niño hubiera permanecido allí, todo habría ido bien. Les pido que ahora se retiren, reflexionen detenidamente sobre la cuestión, y vuelvan con su veredicto.

El jurado tardó menos de cinco minutos.

Los siete leales comerciantes fueron unánimes: la escuela continuaría siendo pintada y reparada y lavada y alimentada. Su buen nombre había quedado intacto.

El presidente del jurado, que era también el carnicero local, pronunció el veredicto:

—Muerte accidental... ¿Y podemos testimoniar nuestro pésame al padre del muchacho?

Fleming ya estaba de pie y dirigiéndose a la salida. Por primera vez aquella tarde, vio a David: sus rasgos, la línea de sus cejas, la serena mirada de sus ojos castaños.

Experimentaba una terrible sensación de fracaso.

La encuesta había sido una impostura.

«Estás muerto —le dijo a David en su mente—. Mis brazos rodean tus hombros, estás aquí conmigo bajo el sol; y la condenada justicia no existe en ninguna parte».

Jenny había ido tras él. Estaba a punto de poner su mano en la suya, pero la dejó caer. No era consciente ni de ella ni de nadie. Su aislamiento era completo. No veía a nadie excepto a su hijo.

10

UNA BOTELLA DE CHAMPÁN —dijo Lessing—. La he comprado de camino hacia el tribunal como muestra de confianza.

La colocó en la mesa georgiana de Alison, apartando su colección de pisapapeles antiguos.

Se dio cuenta de que ella estaba recobrando sus colores, como una flor mustia sumergida en agua fresca. El veredicto había constituido un tónico suficiente sin el champán. El champán era un suplemento extra.

Sabía que Brannigan consideraría indecoroso celebrarlo demasiado abiertamente. Allí, en las dependencias de la escuela una hora después del veredicto, podían ser tan indecorosos como se les antojara.

Alison, sonriente, fue a buscar las copas.

Brannigan habría preferido *whisky* escocés, pero bebió el champán para complacerla. Durante el viaje de regreso a la escuela, le cubrió de elogios. Había prestado testimonio perfectamente. No podía haberlo hecho mejor. Él era la roca donde se sustentaba la escuela. «San Pedro —había replicado Brannigan con cierto humor— también tuvo su momento de negación; tres momentos, de hecho». Se preguntó si se habría sentido tres veces tan mal.

Ella le miró con evidente perplejidad.

—¿Qué quieres decir?

Le pareció cruel estropearle la fiesta.

—Nada. El veredicto ha sido justo, supongo.

—¿Lo supones? Deberías dar saltos de alegría. Hoy se ha hecho

justicia a la escuela. Es una buena escuela y tú lo sabes; todo el pueblo lo sabe. Nadie ha salido perjudicado.

Se abstuvo de manifestar lo obvio. Había visto la expresión de Fleming mientras permanecía en el exterior del tribunal. Ni siquiera Jenny llegó a ninguna parte con él. Pasó entre el gentío como si caminara por un desierto.

Lessing bebió dos copas de champán antes de despedirse. Se preguntó si vería de nuevo a la Crayshaw. El pájaro de Fleming tenía un hermoso plumaje. En la encuesta había aleteado sin mucho efecto. De haber volado en una región menos extraña podía haber conseguido un veredicto distinto, aunque lo dudaba. Su percepción interna era nula. Sus propias sospechas eran un capítulo aparte, pero habrían de esperar Un día más. Que Alison gozara de su momento de gloria. Más tarde, una esmerada y sutil reparación de las grietas restauraría la estructura de la escuela. El veredicto le había proporcionado un futuro al *alma mater*. En la encuesta había visto a dos de los miembros de la junta directiva: el coronel Goldthorpe y la señora Telford. Al finalizar fueron a decirle unas palabras al juez. Nada de chanchullos, por supuesto. A Breddon no se le podía comprar. En el campo de golf eran compinches. La señora Telford era capitana aquel año y la señora Breddon, vicecapitana. Ello no significaba nada, pero todo ayudaba. Si la escuela se hubiera hundido, se habría producido una brutal pérdida financiera.

Alison le acompañó a la puerta y le saludó mientras se alejaba por los terrenos de la escuela. Normalmente no le gustaba. Aquel día, sí. Cuando regresó a la sala de estar, vio que Malcolm se había sentado de espaldas a la ventana abierta. Ahora corría una ligera brisa, aunque el calor seguía siendo sofocante. Le agitaba el pelo cada vez más escaso y ella se acercó y se lo alisó.

—Te has sentado en medio de una corriente. Vas a resfriarte.

Era la primera vez que le tocaba después de muchos días, y le sonrió con afecto. El vino había adormecido su inquietud y permitido que el optimismo se infiltrara en su ánimo. Se alegraba de haber hecho lo que hizo, no sólo en beneficio de Alison, sino de toda la escuela. En el aire se oían las voces de los chicos. Criquet en un día de verano. Aquel año los resultados académicos no habían ido mal, atendiendo a lo reducido del sexto curso. Se habían

producido varios brillantes ingresos en Oxford y Cambridge. El potencial del año venidero era aún mejor. Le gustaba enseñar. Si pudiera obtener más ayuda en la administración, podría pasar más tiempo en las aulas. Necesitaba adoptar una actitud más abierta. En lo sucesivo, intentaría ver las cosas con ojos nuevos. No reflexionaría acerca del fracaso. Deseó poder librarse del rostro de Fleming.

El padre de Corley llegó a la escuela a las cinco menos veinte. Había tenido intención de llegar a tiempo a la encuesta, pero una reticencia natural le disuadió de apretar con más fuerza el acelerador. La rabia, unida a la ansiedad, hicieron que todo pareciese posible cuando emprendió el viaje, pero a medida que transcurría el tiempo, supo que no iba a conseguirlo. No le habían llamado como testigo. Un dramático desenlace desde el fondo de una repleta sala de justicia sólo era factible en la imaginación, no en la realidad. No sabía nada en absoluto de los procedimientos judiciales. En su vida había asistido a una encuesta. Si hacía una declaración fuera de turno, podrían acusarle de desacato al juez. Neville, agotado y lloroso, estaba a salvo. Los aspavientos dramáticos, atractivos como podían resultar, eran para los extravertidos, no para los apacibles directores de banco.

Se detuvo en el pueblo el tiempo suficiente para comprar un paquete de cigarrillos y enterarse de cuál había sido el veredicto. Sin sorprenderse por él, condujo directamente hacia la escuela. La hora de juegos concluía en esos momentos, y los muchachos se encaminaban al edificio principal. Permaneció un rato mirándoles, y luego subió las agrietadas escaleras hacia la puerta de las dependencias de la escuela y pulsó el timbre. Su rabia se mantenía clausurada en su interior.

Al abrirle, Alison vio a un hombre corpulento de mediana edad, que vestía un traje gris bien cortado. Había coincidido con él en una ocasión, pero era uno de los padres cuyo rostro se desvanecía retrospectivamente. A su esposa, de voz estridente, delgada y entusiasta, la habría recordado con toda claridad, pero de aquel hombre no se acordaba en absoluto. Pensó que tal vez fuera el primero de los periodistas —siempre se demoraban cuando había buenas noticias—, y ya tenía un discurso preparado. Su sonrisa fue cordial.

—¿Si?

Se acordó de ella.

—Quisiera hablar con su marido, señora Brannigan.

Alison sabía que Malcolm no manejaría la entrevista ni la mitad de bien que ella. La prensa olfatearía su incertidumbre y le sacaría partido.

—En este momento está ocupado. ¿Si puedo servirle en algo?

—No lo creo. No se acuerda de mí, ¿verdad? Soy el padre de Neville Corley.

Su sonrisa se volvió tensa y helada antes de que sus labios se cerrasen. Se hizo a un lado y le invitó a pasar.

Reparó en que Brannigan no estaba en modo alguno ocupado. Se encontraba hundido en su sillón y parecía amodorrado. Había una botella de champán en la mesa.

—¿Celebrándolo? —preguntó suavemente.

Brannigan se incorporó. Carente de la intensa autoconfianza de Alison, no había ninguna euforia que mitigar. Experimentó un fugaz dolor de aprensión. Le tendió la mano.

—Señor Corley, me alegra que haya venido.

Corley la ignoró.

—¿Puedo sentarme?

—Se lo ruego.

Alison, con desacostumbrada voz de falsete, le preguntó como estaba Neville.

—Vivo —respondió él con sequedad.

Brannigan, consciente de la hostilidad deliberadamente explícita y que no admitía evasivas, se puso tenso.

—La policía nos dijo que se encontraba en casa a salvo. Estábamos extremadamente preocupados. Traté de telefonarle varias veces.

—Dejé el receptor descolgado. El chico tenía muchas cosas que contarme.

—¿Lo ha traído? ¿Dónde está ahora? ¿En el coche?

—No. —Corley cogió una copa de champán vacía, la examinó y volvió a dejarla—. Muerte accidental, ¿verdad? Un motivo de celebración.

Brannigan no contestó. Alison, que había permanecido junto a la puerta, sintió que ya no se tenía en pie. Se sentó en una pequeña

silla de alto respaldo junto a la vitrina de la porcelana. Sentarse con naturalidad en presencia de aquel hombre sería como intentar sentarse al lado de una bomba de tiempo. Un presentimiento de catástrofe la invadió como una nube oscura.

Brannigan aguardó lo que se avecinaba.

—Ha sido un veredicto erróneo —sentenció Corley.

Brannigan le pidió que se lo explicara.

Corley se tomó su tiempo, y las palabras fueron enlazándose con cólera contenida.

—Mi hijo y David eran amigos. Iban a diferentes escuelas, pero se veían en clase. Los dos se habían aficionado a comunicarse por señas, como aprendieron al estudiar la vida a bordo de los barcos. Por casualidad, a Neville le asignaron su tarea en la cubierta de popa del barco adyacente al que se encontraba David. Estaban lo bastante cerca para verse. En lugar de llevar a cabo su trabajo, jugaron a hacerse señales. Su alumno psicópata, Durrant, abandonó su puesto por alguna razón que sólo él conocía. Si el joven Fleming hubiera necesitado que le castigaran por no efectuar su trabajo, no le correspondía hacerlo a un adolescente retorcido. Arrastró al muchacho hasta la zona donde se encontraba la escotilla abierta, le ató las manos y le vendó los ojos. Todo podría haber terminado allí, pero David le provocó con acusaciones acerca de una relación homosexual con Innis, el profesor de deportes, apodado Oso. «Oso velludo en esta cama»: en la de Durrant. Durrant le asestó un revés, y luego otro que le arrojó por encima del borde de la escotilla a la bodega. Durrant bajó tras él. Cuando volvió a subir, llevaba la corbata con la que le había atado las muñecas. Probablemente le habría quitado la venda si hubiera tenido tiempo; pero no lo tuvo. El veredicto de hoy debiera haber sido asesinato.

Brannigan no experimentó la menor sorpresa. Se sentía enfermo y maltrecho, pero no sorprendido. La posibilidad le había rondado por la cabeza durante días.

—«Oso velludo en esta cama» —repitió rígidamente—, no en la cama de Durrant. Su hijo lo entendió un poco mal.

—Ésta, la de Durrant. Pero la consecuencia es la misma.

—Puede parecerlo, pero no lo es. —Así debió parecérselo a Durrant, pensó, para que hubiera reaccionado de forma tan violenta—. Me cuesta trabajo creer que Innis...

El final de la frase se desvaneció. Innis, apodado Oso. Oso, Oso velludo. Todo encajaba.

Alison rompió con furia su silencio:

—¡Es la mentira más espantosa! ¡Por Dios, no vas a permanecer aquí sentado y aceptarlo!

Brannigan y Corley la miraron, y luego se miraron entre sí.

—Y hay más —dijo Corley rígidamente—. Y me temo que no son mentiras, sino la repugnante verdad. Tal vez la señora Brannigan debiera dejarnos.

Ella respondió por su cuenta antes de que Brannigan pudiera hacerlo:

—¡No! No me echará. Alguien tiene que estar aquí para...

No terminó.

Brannigan lo terminó en su mente: «... defender el honor de la escuela». Sufrió una visión momentánea del padre de Alison declamando en los Campos Elíseos acerca de los pecados de la carne mortal, antes de castrar a Innis y patear a Durrant a las profundidades del infierno.

«¡Pobre Alison!», pensó. Parecía despojada hasta los huesos. Sintió mucha lástima por ella.

Corley continuó:

—Como testigo, mi hijo era el siguiente de la lista. —Interpretó mal la expresión de Brannigan—. No, no estoy dramatizando. Le doy hechos. Durrant intentó sacarle lo que había visto. Hubo una sesión en el soto de la escuela, interrumpida por alguien, un tío gordo con voz pastosa: así fue como Neville lo describió. Cuando corrió hacia él, Neville había vomitado, después de estar a punto de asfixiarse.

«Lessing», pensó Brannigan.

—La noche que mi hijo huyó a casa, Durrant le acorraló en el guardarropa. Su lenguaje fue asqueroso; no me atrevo a imaginar hasta qué punto mi hijo lo comprendió. Hubiera podido someterle a alguna violencia si el guardarropa hubiera estado más apartado. Durrant no le puso las manos encima. Le amenazó. Con las amenazas hubo suficiente. Neville tardó una noche y parte del día siguiente en llegar a casa. Tiene bronquitis, pero está acostado en una cama segura. Ignoro la importancia de sus heridas emocionales. Cuando le dije que debía contarle a usted exactamente lo que me

explicó a mí, me miró como si le hubiera enseñado la cabeza de un cadáver. Está muerto de miedo, pero se lo contará a usted y a quien sea preciso.

Brannigan se reanimó un poco. Su instinto le inclinaba a creer que todo eran imaginaciones del chico, pero los hechos encajaban bien. Y entonces recordó otra vez el dibujo. Después de hacerlo, se lo había entregado inmediatamente a Jenny. Oso velludo. Un síntoma de angustia. Innis alias Oso. El joven Corley no tenía una mente tortuosa. No lo habría preparado. Lessing dijo que había sufrido un susto de muerte.

Corley interrumpió sus pensamientos:

—He acudido a usted antes de ir a la policía. Es a usted a quien ahora le corresponde informar a las autoridades. Le aconsejo que lo haga cuanto antes.

—El muchacho tiene quince años.

Corley se encogió de hombros.

—Es un psicópata.

—Entonces necesita ayuda médica.

—Que su médico local no puede proporcionarle. El resto de los muchachos de la escuela están bajo su responsabilidad. ¿A cuántos de ellos está dispuesto a poner en peligro antes de hacer algo?

Brannigan se sintió muy viejo, muy cansado. Caminó lentamente hacia la puerta.

—Tiene razón, por supuesto. A ninguno. Pero él merece que le escuchen. Le veré en mi despacho del edificio principal. Sería mejor que me acompañase.

Alison intentó un último esfuerzo:

—Si lo que dice es cierto —y no puedo creer que lo sea—, entonces dejemos que se lo lleven sin alborotos. Avisemos a sus padres. Que se ocupen ellos. No es asunto nuestro.

—¡Oh, sí que lo es! —replicó Brannigan sosegado—. Del todo nuestro. —Y agregó—: Lo siento.

No supo por qué se disculpaba. Por empeñarse en cumplir con su deber ahora que era demasiado tarde. Por dirigir la escuela lejana y cómodamente en lugar de participar activamente en ella. Por ser amable con los incompetentes. Por no sospechar de Innis. Por mostrarse débil.

Durrant, llamado al despacho del Director, fue hacia allí con

paso rápido y optimista. Después de la encuesta, seguía jubiloso. Su papel había sido más breve de lo que habría deseado. No se había producido ningún auténtico enfrentamiento de inteligencias. El juez, tan flojo como una medusa, había rezumado preocupación por los procedimientos. La única roca había sido Fleming, pero no llegó a decir palabra. Enfrentar su inteligencia contra Fleming habría sido magnífico.

—¿Sí, señor director?

Reparó en Corley, sentado en el sillón de cuero, el mismo en el que se había sentado cuando habló con su madre por teléfono. La asociación le causó una mezcla de conmoción y sufrimiento. Hizo una mueca de dolor.

Brannigan se dio cuenta.

—Pasa, Durrant, y cierra la puerta.

Se preguntó cómo habría reconocido a Corley. Hizo las presentaciones como si no lo hubiera notado.

—Éste es el señor Corley, el padre de Neville.

—Ya lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Estaban juntos el día de los deportes.

«Y ni tu padre ni tu madre estaban aquí —pensó Brannigan—. En todos los actos de la escuela andabas solo». Estaba muy bien intentar librarse de la compasión cuando el chico no estaba allí. Ahora sí estaba. No el Durrant de la sala de justicia, cínico como un soldado nazi, sino el desgarrado y torpe muchacho que pugnaba por encogerse y desaparecer en la oscuridad.

—¿Sabes por qué está aquí el señor Corley?

—Sí.

En los momentos lúcidos, comprendió que aquella reunión era inevitable. Desde que Neville Corley se fue, supo que sólo podía haber un resultado. Cuando su mente se entregaba a los juegos que él quería, la ansiedad estaba programada. Corley no llegaría a casa. Llegaría a casa y no diría nada.

Ahora, momentáneamente lúcido, aceptó la situación como se presentaba.

—Cuéntanoslo —dijo Brannigan con cierta amabilidad. Se levantó y le acercó una silla—. No tengas miedo. Sólo cuéntanoslo.

La amabilidad era desconcertante. Durrant no quiso sentarse.

Sujetó el respaldo de la silla. Si pretendías atrapar un tigre le ponías un cebo de carne, no le llamabas con ruiditos cariñosos. ¿Quién pensaba ese viejo idiota que era, el tonto del pueblo? Ahora que la conmoción estaba disminuyendo, empezaba de nuevo a sentirse mejor. Examinó a Corley con cierta atención. No había hecho nada con las verrugas del dorso de su mano izquierda. El día de los deportes le estuvo enseñando a su hijo cómo sujetar la pala, y las verrugas saltaron a la vista. A Innis eso no podía haberle gustado mucho. Enseñar al niño a sujetar la pala era asunto suyo. Innis. Oso. Nunca le había llamado Oso en su cara. La noche pasada había sido señor. La conversación se reconstruyó en su mente: «Durrant, eres un bruto sádico; ¿qué demonios intentabas hacerle a aquel pequeño mocoso?». «Nada». «Nada, señor... Estás enfermo, Durrant, ¿no lo sabes?». «Entonces cúreme, señor; usted sabe cómo hacerlo, señor. Hay tiempo, señor. Antes del timbre, señor...». «¡Lárgate!».

Se volvió hacia Brannigan.

—David Fleming andaba en sueños.

—¿Y...?

—Se despertó dos veces; junto a mi dormitorio.

—Sigue.

—Vio a Oso. Oso no le vio. Yo no se lo dije.

—¿Oso? ¿El señor Innis?

—Sí. Pensé que Fleming aún estaba dormido cuando entró en mi cuarto. Entró y salió muy silenciosamente. En el *Mariana* gritó *Oso velludo en esta cama*. Mi cama. Yo le maté.

Una razón perfectamente válida, pensó Durrant.

Miró a los dos hombres y se preguntó por qué le mirarían de aquel modo. Nunca tuvo intención de delatar a Innis. Innis había sido su único consuelo durante mucho tiempo. La noche anterior, después de dejarle, había ido a la hondonada al fondo del soto y se había tendido boca abajo y llorado. Sus lágrimas vertidas también fueron por su madre. Era duro cortar los lazos con la gente. En la encuesta se había sentido liberado. Había estado solo y lleno de poder. Ahora ya no experimentaba ese poder. Le invadió un intenso deseo de Innis. Su rechazo la noche anterior había parecido definitivo. No podía serlo. No podía haber perdido a su madre y a Innis en un día. En su cráneo sonaba un sordo retumbar metálico. Se apretó las sienes con los dedos, intentando detenerlo. La

máquina estaba de nuevo en marcha, pero iba demasiado rápida.

—Perdóneme, señor director —dijo cortésmente—. Creo que voy a vomitar.

Abandonó la sala antes de que pudieran impedirselo y corrió por el vestíbulo principal. El camino más directo al gimnasio era a través del huerto de la cocina. Esquivó hileras de coles y dejó un rastro de hojas. Con un súbito estallido de risa, pateó una erguida cebolla y la mandó rodando por tierra. La horrible comida de la escuela. El horrible huerto de la escuela. La horrible escuela. Cuando llegó al gimnasio, reía y lloraba al mismo tiempo. Seis chiquillos estaban en fila para saltar el potro de madera. Innis, velludo con su suéter y sus pantalones cortos, estaba apoyado contra las espalderas, observándoles.

—Se acabó —dijo Durrant—. Te van a echar.

No pudo mirar a Innis mientras lo decía. Un chiquillo con el pelo rojo muy rizado se estaba preparando para saltar. Durrant lo agarró por el cabello y los fondillos de los pantalones.

—¡Ale, hop! ¡Pista!

El chico protestó a gritos cuando Durrant lo arrojó sobre la estera. Cayó pesadamente, gimoteando. Innis fue a ayudarlo. Lo levantó, lo hizo andar y luego se volvió hacia los otros.

—Fuera; todos fuera.

Su cara estaba lívida.

Los niños, asustados como ovejas con un lobo entre ellas, se apiñaron en una masa compacta.

Innis dirigió al niño que había caído hacia la puerta.

—En fila detrás de Sibley. Rápido;

uno-dos

,

uno-dos

. Regresad a los vestuarios y quedaos allí. ¡Ya!

La fila salió poco a poco del gimnasio y, una vez fuera, se rompió. Echaron a correr en silencio.

Durrant, respirando aceleradamente, se apoyó contra el potro.

—Yo no quería delatarte. Siempre puedes decir que no era cierto.

—¿El qué no era cierto?

La palidez de Innis estaba acribillada de pecas marrones.

—Que tú y yo...

—Que tú y yo, ¿qué?

—David Fleming sabía lo nuestro; él nos vio. Por eso le maté. Le maté por ti.

El gesto supremo, pensó: «¿Qué más podía hacer por ti? Él te insultó —Oso *velludo*—, y yo cerré su jodida boca para siempre. Sé bueno conmigo, Oso. Quiero que estés satisfecho».

Se preguntó por qué Innis tardaba tanto tiempo en contestar.

Por fin habló, muy suavemente:

—¡Estúpido y pequeño bastardo! ¡Maldito estúpido y pequeño bastardo! Estás fuera de tus cabales.

Sentía un sabor amargo en la lengua, y las palabras surgían de él impregnadas de disgusto. El muchacho estaba loco. Desde hacía algún tiempo, suponía que estaba desequilibrado. Y, por su parte, también debía de estar loco para dejar que las cosas llegaran tan lejos. Había empezado sintiendo lástima por él. Había algo de perruno en Durrant en los primeros días de su relación. Una palmadita. Una palabra de elogio. O, mejor dicho, una inversión de la secuencia. Una palabra de elogio. Una palmadita. Una caricia. Y después, todo. Se preguntó hasta qué punto Brannigan lo creería. ¿La palabra de un muchacho que se había vuelto loco contra la suya?

—Te quiero —dijo Durrant con voz muy normal.

—¡Mierda!

—Por favor...

Durrant dio un par de pasos hacia él.

—¡Apártate de mí!

Extendió la mano para impedir que Durrant se acercara más. Sus dedos tocaron su frente y los retiró como si el contacto le hubiera vuelto inhumano.

El gesto ya no podía ser más definitivo e hiriente.

—De acuerdo —dijo Durrant—. Me apartaré de ti. Tan lejos como una persona puede apartarse de otra.

Sentía el estómago como un nido de escorpiones y sus extremidades parecían de plomo. Dudó que pudiera moverse.

La relación que existía entre ambos bastaba para que Innis notara la profundidad de su dolor. Eso le traía sin cuidado. El hecho de que Durrant hubiera cometido un asesinato tenía menos

importancia que el motivo que le impulsó a perpetrarlo. Durrant podía acabar tanto con su reputación como con su carrera. Eso sí importaba.

—Te encerrarán durante años —le dijo con crueldad.

—Y a ti, *Osito*..., y a ti.

«Veneno —pensó Durrant—. Nos lo escupimos el uno al otro. No hay nada más».

Descubrió que ya podía andar; tenía los muslos fríos y pesados, pero se movían.

Horrorizado, Innis observó cómo se encaminaba hacia las espalderas situadas bajo la ventana este, y empezaba a trepar. Cerca del travesaño superior, se sostuvo con una mano y se inclinó para agarrar la cuerda que colgaba del techo. Sujetándola con cuidado, se encaramó sobre el alféizar de la ventana. Acomodándose allí, preparó un lazo corredizo con la cuerda y se lo pasó por el cuello. Sus ojos brillaban como diamantes y tenía la cara encendida.

«¡Dios mío, no!», pensó Innis; pero las palabras permanecieron en su mente.

Brannigan, al abrir a su espalda las puertas batientes, le golpeó de costado el hombro, pero no se dio cuenta. Gritó la protesta que Innis no pudo articular. Que Durrant iría a refugiarse al gimnasio no había sido muy difícil de determinar. Él y Corley habían atravesado el edificio principal para llegar lo más rápido posible, pero no lo bastante.

Corley, a su lado, habló serenamente:

—Calma y tranquilidad; no levante la voz.

Brannigan, a punto de lanzarse hacia las espalderas, se detuvo apenas a unos pasos del interior de la sala.

—Durrant... Neville...

Comprendió que, bajo los efectos del pánico, se había confundido de nombre.

Durrant se rió.

—Usted no es muy bueno en esto, ¿verdad?

La risa, aguda, melodiosa y lunática, cubrió de sudor helado el espinazo de Brannigan.

—¿En qué?

—En ser humano.

—¿Qué quieres decir, Steven?

«Cálmale, pensó. Hazle hablar. Si ha de haber un salto impulsivo, ahora es el momento de que ocurra».

—Correcto; esta vez le ha salido bien. ¿Cuál es el nombre de Lambert?

—¿Qué Lambert?

Los nombres de todos los muchachos se habían desvanecido de su mente. Ni siquiera sabía que hubiera un Lambert...

—Sólo hay uno. En la escuela de Sherborne. El señor Innis lo recuerda, ¿verdad, señor Innis?

A Innis le costó mucho trabajo hablar. Al cabo de un rato le salió.

—Michael.

—Correcto. El señor Innis es humano. A veces. También solía usar mi nombre, a veces. Ahora ya no lo usa.

—Lo hará si quieres que lo haga —le animó Brannigan.

Avanzó un par de pasos por la sala, y Durrant se encorvó de inmediato en el alféizar de la ventana, con el cuello doblado hacia delante.

—Saltaré si se acerca más.

Brannigan se quedó inmóvil.

—Haré lo que quieras. Y nada de lo que no quieras que haga. Sólo quítate esa cuerda del cuello y baja.

—Es Rampton, ¿verdad? —preguntó Durrant con tono familiar.

—¿El qué?

—El lugar adonde mandan a los criminales dementes. —Miró a Innis—. A los que están fuera de sus cabales.

Brannigan le tranquilizó.

—Eres un niño enfermo. Si bajas no te ocurrirá nada horrible. Te llevarán a un hospital y te curarán.

—Ruiditos cariñosos.

—¿Cómo?

—Pruebe con la carne.

—¿Cómo?

—O es sordo o increíblemente estúpido.

—Sólo dime lo que he de hacer —dijo Brannigan, humilde.

Durrant pensó: «Eres mío. Mientras esté aquí sentado con esta cuerda en torno a mi cuello, eres mío». El viejo generador de su mente, tras un par de sacudidas iniciales en la dirección incorrecta,

empezaba a cobrar una maravillosa velocidad. El poder, como una bebida fuerte, era un río en sus venas.

—Quítese la chaqueta.

—¿La chaqueta?

—Ya me ha oído.

Brannigan se desabrochó su chaqueta gris, se la quitó y la sostuvo en la mano izquierda.

—Póngala en el suelo.

Brannigan la dejó caer.

—Ahora póngase de pie encima.

Brannigan se puso de pie encima.

—Lleva tirantes.

—Sí.

—Muy pasado de moda por su parte. Oso lleva cinturón.

—Oso está... al día.

—No intente salvar el hueco generacional, viejo. Emplee su propio vocabulario.

—Lo siento.

—No lo sienta. Actúe según su edad. Le fallan las fuerzas, ya lo sabe. Tendría que haberse retirado hace mucho tiempo.

Brannigan susurró un sincero amén a esto. Volvió un poco la cabeza y vio que Corley se había ido; probablemente a dar la alarma. Esperó que la diera con precaución. Innis seguía allí.

—Ahora quítese los pantalones.

Brannigan vaciló. Durrant manoseó la cuerda de su cuello y se aproximó al borde del alféizar.

Brannigan se desprendió de los pantalones. El día de junio aún era muy caluroso, pero se irguió y se estremeció, vestido tan sólo con los calzoncillos y la camisa. Esperaba que Durrant no le hiciera desnudarse del todo.

Durrant le contempló con ojo crítico.

—Como le he dicho..., viejo. Arroje sus pantalones sobre la chaqueta y póngase encima.

Brannigan lo hizo.

—Ahora cánteme.

—Cantarte, ¿qué?

—No, no me cante qué; sólo cante. Cante el himno de la escuela.

Brannigan se devanó los sesos.

—¿El himno de la escuela?

No tenían ningún himno de la escuela. En las asambleas cantaban cualquier himno que Laxby escogiera del libro de himnos. Intentó tararear algunas notas de un salmo.

Durrant comenzó a reír.

—Es usted un imbécil; un imbécil todopoderoso.

Esta vez la risa era normal.

Brannigan sintió crecer su cólera. El chico le estaba tomando el pelo. No estaba fuera de sus cabales. Estaba sádicamente cuerdo.

—Ahora fíjate...

Avanzó.

La cara de Durrant se deformó. Su voz surgió como un bramido:

—¡Quédese quieto!

Brannigan se detuvo.

—Eso está mejor. ¿Usted no quiere matarme, verdad?

Su tono fue lastimero.

—Te pido que bajes.

—Pídalo, hijito, pídale. ¿Sabe que mi madre es una puta?

Brannigan no supo qué responderle. Negarlo parecía cortés; así lo hizo.

—Y mi padre es un idiota.

También le dijo que no.

—No me contradiga. Les conozco. Usted no. Deme una buena razón para seguir viviendo.

Brannigan lo pensó un par de minutos:

—Tu individualidad. Tú eres tú; no tus padres.

—¿Qué tiene de bueno ser yo?

—Hay algo bueno en todo el mundo.

—¿Qué tengo yo de bueno?

Le pareció una idea luminosa.

—Tu capacidad de amar.

Durrant empezó a llorar. Lloraba con los ojos abiertos, calladamente.

—Steven... —dijo Brannigan con serenidad.

—La única razón para no vivir.

Lo dijo furioso. Volvió, a manosear la cuerda.

—Steven...

—Y no me llame Steven; el nombre es Durrant. Es usted blando.

Aquí todos son blandos. —Tras un silencio de varios minutos, dijo —: Usted me aburre. Todos me aburren. Vaya a buscar a Fleming.

—¿Fleming?

—F-l-e-m-i-n-g. El padre de David. Lo quiero a él.

Las palabras surgieron antes de que Brannigan pudiera detenerlas:

—Pero tú mataste a su hijo.

—Correcto —dijo Durrant lacónicamente—. Deje que Oso le vaya a buscar, y usted quédese aquí. Dígale que vaya.

11

FLEMING ESTABA tendido en la cama, con la mente vacía, contemplando el trémulo reflejo del sol en el techo. Thirza, consciente de que habitaba en un limbo adonde ella no tenía acceso, hizo las maletas y se marchó. Antes, deslizó una nota por debajo de la puerta; una disculpa por su poco brillante actuación en la encuesta y el ruego de que la llamase al día siguiente. Vio la nota tirada allí y no se molestó en abrirla. Su mente se negaba a funcionar en absoluto. La cólera, la decepción y el pesar se habían depositado sobre él como la espuma sobre el agua estancada. La fatiga lo había destilado todo en un estado que se aproximaba a la paz.

La llamada en la puerta de su dormitorio era algo que debía ignorarse. Observó la elevación de las desvaídas cortinas en la brisa. El movimiento fragmentaba el sol en pétalos de luz.

—Ábreme, por favor —dijo Jenny.

Su primera reacción fue el resentimiento. Sólo había una persona que pudiera mover las barras de acero alrededor de David y él. Si ella conseguía entrar, él sentiría y pensaría de nuevo. No estaba preparado para ella. Todavía no.

—John..., tengo que verte.

—¡Maldita seas, Jenny! Vete.

No supo si lo dijo o lo pensó.

—Por favor.

El flujo de dolor retrocedía. Bajó de la cama y fue a abrir la puerta. El sol de su habitación se vertió en el oscuro rellano,

impregnándola, haciendo brillar su pelo. Su vitalidad, la contrapartida de David muerto, era casi una ofensa.

Pasó junto a él y entró en la habitación.

Se había resistido a ir. Durante días, él había considerado la encuesta como una especie de cumbre en su búsqueda de justicia, y al final no había resultado ser nada de eso. La nueva cumbre que estaba a punto de mostrarle era tan horrible que no sabía cómo empezar.

Advirtió el sobre en el suelo y se lo tendió.

—Ya sé que quieres estar solo.

Él lo abrió y leyó la nota.

—Una disculpa de Thirza. No era necesaria. Hizo lo que pudo.

Era un comienzo, pero ella no podía aceptarlo.

Arrugó la nota y la puso sobre el tocador.

Se miraron en silencio. Y entonces anduvieron el uno hacia el otro y él la abrazó. Pudo percibir el calor de su cuerpo a través del ligero algodón de su vestido, y el endurecerse de sus pezones bajo su mano.

Ella le apartó.

—No he venido para acostarme contigo.

La vehemencia de su rechazo le desconcertó. Antes no la había necesitado, pero ahora sí. Los períodos de aislamiento iban y venían. Eran necesarios. Pero cuando terminaban, ella tenía que estar allí. El dolor, pensó, era una concesión egoísta. Comenzó a pensar en ella.

Tenía un aspecto tenso, casi furtivo.

—¿Qué pasa?

La preocupación de su voz encerraba cierta ternura.

Aún no podía decírselo. Fue a sentarse en el borde de la cama.

—¿Jenny?

Una embajadora de la escuela. Las palabras que Brannigan le dijera varios días atrás volvieron a ella. Una hora antes, Brannigan, todavía bajo la vigilancia de Durrant, había sido bastante más conciso:

—Quiere a Fleming. Tráelo. Vendrá si tú se lo pides.

La conmoción le había impedido discutir o pensar.

Cogió una punta del edredón y empezó a doblarla. Él se sentó a su lado y se lo quitó de la mano. Se lo preguntó de nuevo:

—¿Qué pasa?

Y entonces salió todo, brutal y escuetamente. Al concluir, dijo:

—Durrant amenaza con suicidarse. Ha trepado al alféizar de una ventana del gimnasio. Se ha atado una cuerda al cuello. Dice que va a saltar. Quiere que vayas.

Las palabras fueron como una sucesión de puñetazos contra su cabeza. Fleming sintió que le hacían tambalearse. Se levantó de la cama y fue hasta el lavabo. Llenó un vaso de agua, pero no pudo sostenerlo firme. El agua le salpicó las muñecas. Bebió un poco y tiró el resto.

La voz de Jenny, como si llegara de lejos, siguió martilleando con nítida precisión:

—Está loco. El padre de Corley usó la palabra psicópata. La policía está en la escuela. Shulter también está allí. Trató de hablar con Durrant, pero es un inepto total. Han llamado al doctor Preston, pero no sé qué puede hacer de bueno. No consiguen localizar a los padres de Durrant. De todas formas, dudo que Durrant los quiera. No deja de llamarte a gritos.

Miró su espalda, preguntándose si contestaría siquiera. Había permanecido varios minutos en el lavabo, con la cabeza agachada.

—A Durrant puede ocurrírsele saltar en cualquier momento —le dijo al silencio—. Creo que podrías detenerle.

Fleming habló por fin. Su voz ardía con intenso odio:

—¿Por qué habría de detenerle?

—Porque tiene quince años.

—David tenía doce.

—Está enfermo. No es responsable.

—Enfermo, tal vez. David está muerto.

Al principio, ella comprendió que la misión era inútil, pero no podía levantarse e irse. Una vacilante compasión por Durrant la mantenía allí.

—La muerte de dos niños no hará que uno regrese.

—No le llares niño. En la encuesta no era un niño. ¡Dios le maldiga! ¡Me miró y sonrió!

Recordó su conversación con Hammond, cuando ella también se había negado a llamarle niño.

—Está enfermo. Incluso en los malos tiempos de la horca le habrían encerrado para ponerle bajo tratamiento.

Se volvió hacia ella; tenía vividas manchas de color en las mejillas.

—¿Me estás pidiendo que me preocupe por él?

—Te estoy pidiendo que vuelvas conmigo a la escuela.

—¿Para que pueda presenciar su salto?

—El desquite. Eso te gustaría. David está muerto. Ahora ve y sé el verdugo.

Él hizo una mueca de dolor. Jenny se dio cuenta y su estallido de furia se extinguió.

—Le da cierta importancia al hecho de que estés allí. Si tienes ese tipo de influencia sobre su mente, puedes detenerle.

—O provocarle.

—Ese riesgo existe, claro.

—Riesgo... o esperanza.

—No hablas en serio.

—Oh, por supuesto que sí. Hablo en serio.

Quería estar otra vez a solas con sus pensamientos. Ella le exigía que interviniera en una nueva crisis, y todo lo que podía sentir era disgusto y odio.

—Vete, Jenny. No insistas más. Baja al coche y espera. Si no me reúno contigo dentro de media hora, regresa a la escuela, puesto que no iré.

Ella sintió cierta esperanza, pero fue lo bastante sensata para no demostrarlo. Le dejó sin añadir palabra.

Cuando se hubo marchado, cogió su cartera y sacó la carpeta de David, como si el contacto con ella pudiera aclarar lo que debía hacer. Si no iba a la escuela, Durrant podía saltar. O no. De cualquier modo, su ausencia sería una forma de desentenderse. ¿Por qué Durrant le cargaba con el muerto? ¿Qué le impedía seguir adelante sin más? Había matado a David y ahora quería suicidarse. Muy bien. Que se hiciera justicia.

Quince años.

Los puñeteros quince años.

¿Cuál era el atenuante de los quince años? La mentalidad infantil se convierte en mentalidad adolescente, y luego en la mentalidad de un hombre. No hay líneas de demarcación definidas.

Abrió la carpeta en una página de banderas. Estaban hechas con tintas de colores. A David le habían ocasionado muchos dolores de

cabeza. No había sido un mal dibujante. Una bandera inconclusa, con un triángulo aún sin pintar, recordaba una horca.

Las palabras de Jenny, ásperas y desdenosas: «Ve y sé el verdugo».

Cerró la carpeta y la devolvió a la cartera.

Sería fácil hacer las maletas y regresar a Londres. Podría librarse de Jenny y de sus exigencias. Podría lavar su conciencia y dejarla tan blanca como la nieve, y leer en el periódico acerca del salto mortal de Durrant.

¿Por qué tenía Jenny que preocuparse por Durrant y esperar que él hiciera lo mismo?

Quería ver muerto a Durrant.

Analizó este pensamiento con detalle y frialdad, y no pudo desterrarlo.

Si iba a la escuela, la confrontación había de ser definitiva; de una forma o de otra.

Quince años.

Si no era una mentalidad infantil, ¿era entonces una mentalidad enferma?

Según Jenny. Según la dulce, cuerda, exigente y acusadora Jenny, que lo sabía todo sobre el tema. O sobre él. ¿No tenía ni idea de lo peligroso del papel que estaba imponiéndole? ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Jugar a ser Dios con una comparación digna de un dios? ¿No comprendía lo que implicaba educar a un niño, amara un niño, perder a un niño?

¿No le comprendía en absoluto?

No habría confrontación con Durrant. Se desentendería y mantendría intacta la piel de su conciencia.

Pero no pudo.

Casi había pasado la media hora cuando se reunió con Jenny en el coche. La expresión de los ojos de Fleming apagó su inmediata sonrisa de alivio cuando le vio. Su aspecto no auguraba nada más, excepto que iría con ella.

Circularon en silencio en la tarde de junio. Sobre el mar, nubes abigarradas teñidas de rosa y oro formaban una labor de encaje contra el pálido azul del cielo. El aire estaba cargado de sal y de humo de madera. El edificio de la escuela, amarillo bajo la luz de la tarde, parecía benigno. Todas las actividades al aire libre se habían

paralizado y los chicos estaban confinados en el ala Oeste. Los campos de deporte vacíos, anormalmente silenciosos, recordaban los jardines del pasado. Un coche de policía aparcado junto a los arbustos desmentía la apariencia de paz.

El inspector Grant fue el primero en saludarles:

—Ha sido muy amable al venir; especialmente en estas circunstancias. —Siguió explicando que, aun cuando era posible entrar por la ventana del gimnasio mediante una escalera apoyada en la pared exterior y coger a Durrant por sorpresa, el riesgo era excesivo—. Cualquier esfuerzo práctico por llegar a él le inducirá a saltar. No pretende intimidarnos. Hemos conseguido ponernos en contacto con el doctor Preston, y pronto estará aquí con alguien de Blenfield, el hospital psiquiátrico. Mientras tanto, el muchacho sigue reclamándole a usted. Haga lo que pueda.

Shulter, que llegó a tiempo de oír las últimas palabras, se llevó a Fleming a un lado.

Habló de modo terminante:

—Si espera una confesión de culpa, aflicción y penitencia, márchese por donde ha venido. He tratado de razonar con él. Está fuera de razón. Su mente está enferma a causa de una aberración psíquica; la de usted lo está a causa del pesar. No entre si pretende arriesgar aún más su vida.

—No sé lo que pretendo.

—Entonces no entre.

—Tengo que hacerlo.

No podía explicar semejante urgencia. Desvió los ojos de la tensa y pálida cara de Jenny hacia la preocupada expresión de Shulter. Ahora que le tenía allí, permanecía a la expectativa, insegura. Si Durrant moría, iba a perderla. Era algo que percibía.

Había esperado que Brannigan se reuniera con él en el pasillo exterior del gimnasio, pero a quien encontró fue a Hammond. Innis, a quien le habían advertido que estuviera disponible por si Durrant le llamaba, esperaba, enfermo de aprensión, en uno de los vestuarios. No tenía el menor deseo de ver a Fleming. Su propia culpa en el asunto era como un cáncer que de pronto hubiera roto su encierro y comenzado a extenderse.

El sentimiento de culpa de Hammond había disminuido considerablemente. Nadie podía haber previsto una cosa así. La

costra de su belicosidad se había suavizado, convirtiéndose en una ansiedad normal. Incluso había tomado el mando, hasta cierto punto. Fue obra suya que los chicos hubieran despejado la zona. Fue su persuasión la que logró mandar a una semihistórica Alison de vuelta a las dependencias de la escuela acompañada por Mollie. Esperaba que esta última tuviera la suficiente fuerza de carácter para retenerla allí.

Señaló la doble puerta cerrada del gimnasio y habló con serenidad:

—El auténtico veredicto de la encuesta está aquí dentro. Homicidio por locura. Lamento todo lo ocurrido. Lamento que una parte del asunto sea culpa mía.

Fleming pensó que el asesinato —el homicidio— reducía la responsabilidad; el virus iba atenuándose más y más. Con el tiempo se transformaría en benigno. Le preguntó bruscamente dónde estaba Brannigan.

—Ahí dentro. Vigilado por Durrant. No le permite moverse.

Fleming abrió la puerta y permaneció en el umbral.

Brannigan estaba sentado en el suelo, en mitad de la sala. A su alrededor, formando un círculo perfecto, había un juego de pesas cuidadosamente colocadas; reliquias de los primeros días de la escuela, que normalmente colgaban a lo largo de las paredes. Sus brazos delgados mostraban la carne de gallina, y sus prominentes omoplatos estaban azules por el frío. Se mantenía inmóvil, como un gurú inmerso en la meditación. Durrant, con las piernas cruzadas y apoyándose contra el cristal de la ventana, le contemplaba absorto. El viejo imbécil le había implorado un descanso. Él le dejaba descansar. El hombre envejecía por momentos. Cuando le puso a prueba con las pesas, le faltó el aliento y su cara adquirió un tono malva. Durrant se había preguntado quién moriría en primer lugar, manoseando especulativamente la cuerda. No tenía intención de saltar hasta que llegara Fleming.

Y ahora Fleming estaba allí.

Fleming, que a modo de preparación había intentado hacerse una escueta idea mental de la escena, no daba crédito a lo que estaba viendo.

Brannigan, reparando en su presencia, volvió ligeramente la cabeza.

—No se mueva —le ordenó Durrant, con débil voz de falsete—. No le he dado permiso para moverse. Me pidió descansar y descansará.

Fleming se acercó a Brannigan. Los ojos de éste le suplicaron que tuviera cuidado. Fleming, ajeno a todo excepto a su cólera, que aumentaba fríamente, habló con sequedad.

—Levántese.

—No puedo... Él...

—No saltará. Me ha mandado llamar. Tenemos cosas que discutir. Si salta, saltará después. —Se encaró bruscamente a Durrant—. ¿De acuerdo?

La máquina en el cerebro de Durrant adquirió, con una sacudida gozosa, la máxima potencia. Allí estaba el enemigo, alguien de su talla.

Quince años. Tres años mayor que David.

No podía matarle.

No podía dejar que se suicidara.

No era momento para el autoanálisis, pero advirtió que respiraba con mayor facilidad y que los latidos de su corazón se habían apaciguado. La cólera fue sustituida por la calma. Cogió una silla que había juntó a la pared y la colocó bruscamente en el lugar donde Brannigan se sentara. Sacó un pitillo y lo encendió.

—¿Demasiado cursi para ti?

Durrant manoseó la cuerda. Había esperado que se arrojaran hacia él, y estaba decepcionado. ¿Era también débil aquel enemigo?

—Estás tan acojonado como los otros.

—¿Y por qué?

—Podrías haberme tirado.

Fleming aspiró, y luego exhaló el humo despacio.

—Fácilmente. Pero he venido para hablar. No puedes mantener una conversación con un cadáver.

Durrant lo aceptó. No era débil. Esperaba el momento propicio.

Movió la cuerda hasta sentirse más a gusto.

—Yo maté a David.

—Ya lo sé.

—Le arrojé por la escotilla a la bodega.

—Sí.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Tú hablas. Yo escucho.

—Eso es todo. Yo le maté.

Fleming sintió una momentánea pérdida de control y no habló durante unos momentos. Cuando lo hizo, la pregunta surgió en tono neutro:

—¿Por qué?

La máquina de Durrant comenzó a funcionar irregularmente, por lo que sus pensamientos empezaron a escapársele como conejos corriendo por oscuros caminos forestales. No sabía por qué. Tenía algo que ver con Innis y un fotógrafo.

—Realmente no lo sé —dijo con cierta alegría. Prosiguió—: Realmente esto..., realmente aquello... La cosa es bastante idiota... Su viejo fabrica orinales. —Miró a Fleming y comenzó a reír—. Tú no haces orinales. Christopher sí. En Stoke.

Hasta entonces, Fleming no había estado seguro de la clase de mentalidad con la que se enfrentaba. Ahora empezaba a saberlo. Hasta aquel momento todo lo había hecho por instinto. Se dio cuenta de que él muchacho necesitaba una voluntad más fuerte que la suya.

—Saltaré cuando me lo mandes —dijo Durrant.

—¿Por qué tengo que mandártelo?

—Nos lo ordenan todo. Vivimos en una sociedad con órdenes que cumplir. ¿No lo sabías?

—Nadie me da órdenes. Hago las cosas a mi manera.

—Me parece muy bien que me des órdenes. Yo maté a tu hijo. Eres mi enemigo.

—¿Por qué obedecer una orden de tu enemigo?

Durrant guardó silencio. Al cabo de un rato dijo:

—Yo fumo.

—¿Me pides un cigarrillo?

—Sí.

—Pues quítate la cuerda, baja y coge uno.

Los ojos de Durrant se inundaron de desprecio.

—Otra vez ruiditos cariñosos.

Fleming se encogió de hombros.

—Me importa un bledo lo que hagas. Te los tiraré si es eso lo que quieres.

—Entonces, tíralos.

—Quítate la cuerda, déjala en alguna parte a tu alcance. Si te inclinas para cogerlos podrías resbalar.

—Muerte accidental.

—No. Suicidio en el momento oportuno. No es eso lo que quieres, ¿verdad?

Durrant lo pensó. No quería eso. Saltaría cuando estuviera preparado; después de haberse fumado un cigarrillo.

Se quitó la cuerda y la puso en el alféizar de la ventana, junto a él. Si Fleming o algún otro hacía un movimiento, la recuperaría en un par de segundos.

Fleming consideró varias probabilidades y las descartó. El factor tiempo no era propicio. Le lanzó el paquete de cigarrillos. Rebotó contra el cristal de la ventana y eludió por poco la mano extendida de Durrant.

—Serías un pésimo defensa en un campo de críquet.

—Eso es lo que dice Oso.

Volvió a lanzar el paquete y esta vez Durrant lo cogió.

—¿Quién es Oso?

—Bruin. *Oso velludo*. Si David no lo hubiese visto, yo no le habría matado.

—¿Haber visto a quién? —preguntó Fleming precavidamente.

—A Oso, en mi cuarto, aquella noche.

Miró su cigarrillo, luchando por contener las lágrimas.

—Ahí van las cerillas. ¿Preparado?

—Sí.

Apuntó con cuidado y cayeron sobre la rodilla derecha de Durrant. Sus lágrimas estaban controladas. Encendió tranquilamente el cigarrillo.

—David —explicó Fleming— solía tener pesadillas acerca de un ciempiés. Lo llamaba Oso velludo.

Ahora la conversación tomaba derroteros más complejos, y pensó que no sería aconsejable continuar. La reacción emocional de Durrant no se le había escapado.

Durrant trató de encontrar la relación, y no tuvo éxito. ¿Por qué demonios hablaban de ciempiés? Él estaba allí arriba, controlando una máquina mortífera, y el enemigo le sonreía efusivamente. Poco después, la máquina mortífera apuntaría al enemigo. Un puntapié en la garganta de Fleming cuando cayera. Partirían los dos juntos.

Midió el ángulo del salto. No era fácil de calcular.

Fleming le preguntó cuándo había comido por última vez.

—No lo sé. No puedo acordarme.

—Voy a pedir que me traigan café. ¿Quieres un poco?

—No.

Fleming llamó por encima del hombro.

—Hagan el favor de traer café. Una taza.

Después de unos breves minutos, Brannigan, de nuevo completamente vestido, abrió la puerta y entró con una de las gruesas tazas de la escuela llena de café de intenso aroma. Fleming la cogió sin una palabra.

Brannigan intentó pasarle una nota. Fleming, advirtiéndolo que Durrant lo había visto, la rompió con simulado enojo antes que Durrant pudiera exigirselo.

—Lo que tenga que decir, dígallo en voz alta y clara, ¿de acuerdo?

Durrant asintió con aprobación.

—Y sea lo que sea —continuó Fleming—, puede esperar... hasta que Durrant y yo estemos preparados para oírlo. —Esta vez a Durrant—: ¿Te parece bien?

—Sí.

—Lo siento —se excusó Brannigan débilmente.

La nota decía que el coche de Preston se había averiado. Él y el psiquiatra de Blenfield llegarían tan pronto como pudieran.

Cuando estuvieron de nuevo solos, se produjo un período de silencio durante el cual Fleming bebió el café y Durrant fumó. El cigarrillo no le apetecía particularmente. Tenía hambre y sed.

—De todas formas —dijo en voz alta—, contendría una droga.

Fleming le leyó el pensamiento.

—Nadie me drogaria. Y nadie te drogaria a ti estando ahí sentado. Personalmente, me importa un bledo lo que te ocurra, como ya te he dicho, pero a la gente de afuera sí que le importa.

—¿A la gente de afuera? Estás loco.

—¿A tus padres, entonces?

Terreno muy peligroso.

—Mi madre ha muerto.

Pensó en la afirmación que acababa de hacer y decidió que tenía que ser cierta. No le importaba mucho.

—Sabes estar solo —comentó Fleming con naturalidad—. Yo también. Reconozco tu fuerza.

—No me sueltes esa clase de mierda. No puedes tragarme.

—Por supuesto. Pero a pesar de todo reconozco tu fuerza...; por eso no te comprendo.

—¿El qué no comprendes?

—Que tengas que estar ahí arriba sentado, con un miedo atroz a bajar. ¿Te asusta la forma en que te mataría?

—¿Me matarías?

—¿No esperarías que lo hiciera? Tú mataste a David.

Durrant apuró el cigarrillo y luego lo apagó.

—¿Cómo me matarías?

—Seguro que no te colgaría, ni aplaudiría si te ahorcases; y no llevo ninguna pistola. —Dejó la taza de café y extendió las manos—. Con lo cual sólo quedan éstas.

—¿De esa forma?

—No hay ninguna otra.

Durrant lo meditó. Afuera, un pájaro se posó en el antepecho de la ventana. Lo contempló distraído. Era pequeño y marrón. Él se movió y el pájaro se fue con un aleteo, sin dejar de piar. Alguien por quien afligirse. Los pájaros eran los espíritus de los muertos. Era David muerto que acudía a burlarse de él.

Espació las palabras:

—No... te... tengo... miedo.

—Entonces baja y demuéstalo.

—Es una trampa; la clase de trampa que emplearían los de afuera.

—Los de afuera no tienen nuestra muy particular relación.

—¿De odio?

—De odio.

—Y —no muy convencido—, ¿respeto?

—Sí.

Puso la cuerda más cerca.

—No lo sé.

—Tardaré tres o cuatro minutos en beberme el resto del café. Entonces bajarás y te enfrentarás a mí. O no tendrás el valor y no te moverás de ahí mismo. No pienso quedarme para verte saltar. Saltarás tú solo. Y mi respeto por ti se acabará contigo.

Tuvo un momento de lucidez.

—¿Y esperas que me crea eso?

—Haz lo que te dé la gana. Busca la solución más fácil. Te incumbe a ti.

La cabeza de Durrant empezó a latir con incertidumbre. Examinó el lazo y lo apretó. Si colocaba el nudo estratégicamente, sería rápido. Si no, sería lento y humillante.

Fleming bebía su café sin mirarle. Estaba repantigado con indolencia en la silla, largo y delgado y robusto. Innis también era robusto, robusto y tierno.

Si el enemigo hablaba en serio, ésa era la mejor solución. Tenía que haber una solución. Su sufrimiento era como gusanos que royeran su carne. Estaba harto de vivir. Miró a Fleming, tratando de penetrar en su mente.

Fleming levantó los ojos de la taza y sostuvo su mirada fijamente.

—¿Decidido?

—Sí.

Fleming dejó la taza en el suelo.

—Entonces, ven.

Durrant miró hacia la puerta y vio las sombras a través del cristal.

—Echa el cerrojo.

Fleming vaciló. Los espectadores del exterior le refrenarían en caso de que fuera necesario refrenarle. La puerta sin el cerrojo había sido una válvula de seguridad y ahora debía actuar sin ella.

Tenía que hacerlo.

No había opción.

Fue hasta la puerta y corrió el cerrojo interior.

Brannigan, aterrado, miró a los demás en silencio. Jenny, pálida, evitó su mirada.

—Lo matará —dijo Hammond llanamente.

Y empezó a empujar la puerta sin resultado.

Durrant, limitado por su posición, se movió torpemente hasta el travesaño superior, y luego miró hacia abajo, por encima de su hombro, a Fleming.

—No lo hagas antes de que llegue al suelo.

—No.

Fleming permanecía con los brazos cruzados observándole. El muchacho descendía por las espalderas con movimientos lentos y desgarrados. Parecía una araña en una tela. Feo. Frágil.

David bajo el sol. Menudo. Hermoso.

David en la bodega del barco. Inimaginable.

Durrant había llegado al suelo. Volvió la espalda a las barras, y luego dio un paso en dirección a Fleming. Se lamió los labios, con ojos brillantes de anticipación.

—Ahora.

«Y ahora te entrego —pensó Fleming—. No te toco. Mando al infierno cualquier resto de fe que tengas en alguien. Te la pego, chico, puesto que no me fío un pelo de mí mismo». Vio la expresión de Durrant cuando se apartó un paso de él. Aquello era una traición de la peor especie. El asesinato final de la confianza en un mundo ajeno a él. Los quince años de experiencia de Durrant se transformaron en quince años de desilusión. De cualquier cosa que le reservara el espantoso futuro, aquél era el momento más espantoso de todos.

Los labios de Durrant se movían, pero no podía articular las palabras. Sus ojos eran brillantes puntos de lágrimas y odio mientras seguía ahí, esperando. La ignominia del momento sería un recuerdo con el que tendría que cargar hasta el fin de sus días.

Fleming, sobreponiéndose a su momentánea debilidad, habló bruscamente:

—Te lo prometí. Yo cumplo mis promesas. Y defiéndete como buenamente puedas.

Durrant, viejo por un instante, recobró una vez más su juventud. La alegría, teñida de miedo, le inundó. Se puso en situación, esgrimiendo los puños. Fleming, que podía haber acabado con él en cuestión de segundos, le concedió tres minutos. Le golpeó duro, pero con la mitad de su fuerza. Le golpeó por David, y le golpeó por sí mismo, pero principalmente le golpeó por Durrant. Ésa era la verdad de Durrant. La fe de Durrant en la humanidad, si su mente se curaba alguna vez lo bastante para comprenderlo.

Durrant, con la nariz sangrando y los pómulos magullados, sintió el violento ruido sordo del puño de Fleming contra su mandíbula. El gimnasio empezó a dar vueltas como una cápsula espacial fuera de control, y sus rodillas cedieron. Vio la cara de

Hammond a lo lejos, a través del cristal, y la cara de Brannigan. Estaban astillando la puerta con el empeño de echarla abajo.

Y entonces, aproximándose e inclinándose sobre él, la cara de Fleming.

Por fin había llegado. El momento de la muerte.

Lo aguardó.

—Eres bueno —dijo Fleming con frialdad—. Dentro de unos años, cuando seas más pesado y más fuerte, serás mejor. —Sacó su pañuelo y le limpió algo de sangre. Comprendió la inexpresada pregunta de Durrant y la respondió—. No... Quería matarte, pero no puedo. Comprenderás por qué cuando te pongas bien.

Ayudó a Durrant a sentarse apoyado contra la pared. Tenía un aspecto repulsivo, y la compasión invadió de pronto a Fleming.

Durrant murmuraba entre sus labios endurecidos por la sangre:

—La energía de mi cabeza es baja. Cobrará impulso.

—Sin duda.

—Acércate más. Quiero tocarte.

—¿Con rayos mortales en los dedos?

Durrant pareció levemente sorprendido. Ahora su lucidez era completa.

—No; sólo tocarte.

Alargó los dedos y los apoyó sobre la frente de Fleming, quién se obligó a no retroceder. Durrant se acordó de Innis y empezó a llorar. Deseó que aquel hombre fuera su padre; su amante; su enemigo; su amigo. Deseó que Fleming le hubiera matado. Se alegraba de que estuviera vivo.

Fleming retiró sus dedos.

—Te cuidarán personas adecuadas.

—Quédate conmigo.

—No puedo. Tienes tu propia fuerza. No necesitas la mía.

Se acercó a la puerta y descorrió el cerrojo. Uno de los paneles había saltado. Le habían creído capaz de cometer un asesinato como desquite; incluso Jenny, tal vez, lo hubiera creído. No culpaba a ninguno de ellos.

Primero se dirigió a Brannigan.

—Ahora llévele café. —Y después a Jenny—. Y agua y una esponja. Necesita lavarse.

Comenzó a alejarse. No podía mirar de nuevo a Durrant. Era

como un perro abandonado en una autopista; un perro rabioso en busca de un hogar. Dios sabía lo que iba a ocurrirle.

Jenny le alcanzó en la puerta de salida.

—Hiciste lo que tenías que hacer.

—¿Violencia física?

—Una promesa cumplida.

—¿Oíste lo que siguió?

—Sí. Antes de que cerraras la puerta.

Que un acto de bondad pudiera ser brutal era un concepto que ella sólo había empezado a comprender.

—Fuiste lo bastante fuerte para empezar, y lo bastante fuerte para detenerte.

No quería hablar más de ello.

—Está sangrando —dijo bruscamente—. Ocúpate de él.

Permaneció en el portal y sintió el aire nocturno en su cara. Era limpio y fragante, con el olor del verano. Jenny tocó sus nudillos lastimados y luego le dejó. Posiblemente, lo que había hecho estaba fuera de la ley. No lo sabía, ni le importaba. Las heridas que había infligido a Durrant eran mínimas. No había nada de que arrepentirse. Tenía también la impresión de haber perdido sangre, y que la herida ya estaba lavada y limpia.

12

A D

AVID LE ENTERRARON en medio de un huracán de publicidad. Fleming, en el centro del revuelo, no veía la multitud de mirones, las cámaras, el despliegue de los medios de comunicación. Veía a David. No a David muerto; él y David juntos en un extraño y anormal silencio. Había plegarias, himnos, palabras con sentido místico que susurraban en su mente sin consecuencias. En el cementerio, vio cómo descendía el ataúd y no pudo relacionar a David con nada de aquello. Había decidido no encargar ninguna corona. Una corona para David no tenía sentido. El coche fúnebre estaba repleto de ellas. Enormes pilas de color, caras y pretenciosas. Se preguntó si Jenny habría añadido un ramillete de flores al montón. Si lo había hecho, estaba oculto bajo una masa de lirios y rosas. Una vez, David tuvo un álbum de flores prensadas, del cual se había deshecho al considerarlo propio de mariquitas. El interés por la entomología fue lo siguiente; lo que Ruth calificaba de horrores embotellados. ¿Un investigador científico? Eso aún no lo había mandado a rodar. Y ahora nunca lo haría.

Jenny, a su lado, dijo serenamente:

—Si nos vamos ahora, mientras la policía contiene a la gente, podemos llegar a mi coche.

Tenía los ojos secos, pero llenos de una compasión casi maternal por él. En el cementerio, él era su hijo, su protector, su protegido, su amor. Mientras caminaban por el sendero que llevaba a la puerta del camposanto, las cámaras runrunearon y un reportero se

descolgó con:

—Sólo una palabra acerca de su hijo asesinado, señor Fleming; ¿cuáles son sus sentimientos hacia el asesino del niño?

Furiosamente, Jenny lo empujó a un lado. Condujo a Fleming hasta el coche y lo hizo montar en él. El coche arrancó a sacudidas, como si compartiera su rabia, y se internó entre la multitud, dispersándola.

No le llevó a casa. La calle Nelson debía conservarse inviolada por los sabuesos de la prensa. Durante días, habían montado un cerco en torno a *The Lantern*, y él los había soportado inexorablemente, hablando poco. Recorrió el pueblo y luego cinco millas a lo largo de la carretera de la costa, hacia la vieja atalaya del guardacostas. Podían quedarse allí una hora o más, hasta que el gentío se dispersara. Era un lugar de extensos y elevados panoramas y de soledad. En el pasado, en momentos de tensión, le había proporcionado paz. Ahora se lo ofreció a él, silenciosamente.

Fleming se apeó del coche y miró a su alrededor. El Mar del Norte tenía la textura de un crespón gris, pero con hebras de plata. Marristone Port, inusitadamente nítido en la distancia, formaba un diseño geométrico por encima del puerto. El Museo Marítimo, con sus brillantes y antiguas embarcaciones, era un punto de dolor que sólo le produjo una breve punzada cuando sus ojos se detuvieron en él. Pudo contemplar con cierta frialdad la escuela, medio oculta en el cinturón de árboles. Cuando uno atravesaba el infierno, había una etapa en la que uno tenía que emerger o no emerger nunca más. La muerte de David —quien en su mente seguía vivo— la aceptaría con el tiempo. Hasta que tal cosa ocurriera, él le hablaría en su pensamiento. Rechazaría aquel cementerio como algo absurdo. Consideraría aquel momento, allí arriba con Jenny, como la única realidad aceptable.

Sacó de la cartera el dibujo del ciempiés de David y se lo entregó.

—Rómpelo.

Jenny lo cogió, recordando la furia de ambos la primera vez que ella quiso verlo destruido; una furia que se había transformado en un acto de amor, violento y después tierno.

Recordó las palabras de Shulter: una mente enferma a causa de la aflicción. Algún día, cuando se hubiera curado, ¿le importaría

ella lo más mínimo?

Miró el dibujo. *Oso Veyudo*. Las palabras, plegadas a lo largo del doblez, estaban sucias y deformadas. Pensó fugazmente en Innis. Había hecho las maletas y partido. Daba la sensación de que a Brannigan le gustaría hacer lo mismo, pero estaba tan sujeto a la escuela como un prisionero inmovilizado en los cepos. Su semidesnudez en el gimnasio tuvo más dignidad que patetismo; algo que posiblemente nunca sabría, y algo que nadie encontraría las palabras para describir. Si la escuela sobrevivía, él merecía sobrevivir con ella. Tuvo el valor de asistir al funeral, y permaneció sólo en el cementerio, apartado unos pasos de los otros miembros masculinos del personal.

El ciempiés, con ojos dementes como Durrant, le sonreía impudicamente. Con bruscos y sañudos movimientos lo rompió en trocitos y los arrojó al aire. La brisa los atrapó, esparciéndolos.

Juntos, contemplaron cómo desaparecían.

«Paz para ti, David —pensó Fleming—. Ya no más pesadillas. Ahora, duerme tranquilo».

Ruth siempre había soltado un suspiro de alivio tras el ritual de la destrucción, pero Jenny permanecía inmóvil y tensa.

Él le sonrió.

—Éste siempre fue el punto decisivo: romperlo. Después mejoró.

Ella habló convencida:

—Y mejorará otra vez.

Deseó que las arrugas de tensión desaparecieran de su rostro. Lamentó la carga de dolor que había depositado sobre ella. La amaba, pero no podía encontrar las palabras para decírselo.

Le preguntó súbitamente si le gustaba París.

—¿De qué estás hablando?

«De la vida —pensó— y de seguir adelante. Pero sobre todo estoy hablando de ti».

Intentó decírselo, torpe y desmañadamente, y la sonrisa de Jenny fue dibujándose mientras le escuchaba.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. *¿ QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?,*
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



BARBARA MARGARET TRIMBLE

(1921-1995)

fue una escritora británica de novelas de crimen y suspense.

Nació en Holyhead, Anglesey, Gales y escribió bajo los seudónimos B. M. Gill y Margaret Blake.

Empezó a escribir desde muy joven, sin embargo, no fue hasta que su último marido la convenció para hacer algo al respecto, que se puso a escribir en serio. Se convirtió en poco tiempo en una de las más celebradas autoras británicas.

Ganadora con su novela *El jurado número 12* (*The Twelfth Juror*) del premio Gold Dagger en 1984, y nominada en dos ocasiones para el premio Edgar de los Mystery Writers of America, raro privilegio para un autor británico, ha publicado en español, entre otras: *Crímenes infantiles*, las atroces perversidades de una peligrosa mente infantil, *El club del crimen*, una magnífica lección magistral de deducción en el más puro estilo británico y *Me muero por conocerte*.